

Integran este volumen seis relatos de Isaac Asimov, en los que brillan las características del excepcional narrador de ciencia ficción, hoy sin duda una de las figuras más destacadas dentro de este género. Su gusto por la paradoja, el juego de humor con que desvela las contradicciones de lo que llamamos sentido común y, sobre todo, la ausencia de lirismo trasnochado o de vocación profética —taras tan frecuentes en otros narradores de anticipación— hacen de Asimov un autor singular, que llega en algún caso al borde de la genialidad, con recursos próximos a Chesterton, con una punzante ironía en la que se transparentan alusiones a hechos y circunstancias muy de nuestro mundo y de nuestra época. El relato que da título al volumen, y que se centra en la creación de una máquina capaz de dirigir la marcha de una guerra, infundiéndole en ella el talento y la petulancia de un estratega genial, es característico del estilo de Asimov.

Lectulandia

Isaac Asimov

La máquina que ganó la guerra

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 9

ePub r1.0

viejo_oso 26.12.14

Título original: *Nightfall and Other Stories*

Isaac Asimov, 1969

Traducción: Antonio Prometeo Moya

Cubierta: Néstor Goldar

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Contenido

La máquina que ganó la guerra (The Machine That Won the War, 1961)

Lunares verdes (Green Patches, 1950)

Historia bélica (C-Chute, 1951)

Por Dios y por la Patria (In a Good Cause, 1951)

Rompehuelgas (Strikebreaker, 1957)

Mi hijo, el físico (My Son, the Physicist, 1962)

LA MÁQUINA QUE GANÓ LA GUERRA

PRESENTACIÓN

Hacia el final de la década de los 50, tuvieron lugar en mi vida algunos cambios inesperados. Mi carrera literaria había permanecido en constante expansión. Me había dejado llevar por mi compulsión y por la cooperación editorial aceptando más y más tareas de variedad creciente, y aproximadamente en 1958 advertí que no podía seguir escribiendo en la medida que yo quería, y mantener al mismo tiempo una ocupación académica.

La Escuela Médica y yo llegamos a un amistoso acuerdo. Conservé mi título (profesor agregado de Bioquímica, por si le interesa) y seguí ejerciendo curiosos trabajos, como dar conferencias, asistir a reuniones, etc. Sin embargo, obtuvimos algunos beneficios, pues yo me dediqué de lleno a la tarea de escribir y ellos se libraron de tener que pagarme un salario.

Durante un tiempo creí que sin deberes académicos y con plenas jornadas de trabajo ante mí, sería capaz de llevar a cabo cuanto me había propuesto, sobrándome además algún que otro rato para mi diversión y entretenimiento.

Pero no fue así. Una de las leyes de Parkinson dice: “La función tiende a llenar todo el tiempo disponible.” Y así ocurrió en mi caso. Andando el tiempo, me di cuenta de que me pasaba escribiendo todo mi tiempo disponible, de manera que descubrí el corolario asimoviano para la ley de Parkinson: “En diez horas al día uno tiene tiempo para hacer dos veces lo que antes realizaba en cinco horas al día.”

Lo peor de todo fue que por aquel entonces en que yo deseaba hacer de mí mismo un escritor plenamente atareado, la Unión Soviética lanzaba su Sputnik y los Estados Unidos quedaban en ridículo y yo con ellos.

Comenzaba a sentirme arrastrado por el ardiente deseo de popularizar temas científicos para una América que podía verse en grandes peligros precisamente por su negligencia respecto de las ciencias, y un cierto número de editores participaron igualmente de ese deseo de popularizar esos mismos temas por las mismas razones. Como resultado de la combinación de ambos deseos, me encontré metido en un mar sin riberas, en el que todavía estoy inmerso.

El problema es... que todo esto no es ficción. En los últimos diez años he hecho un par de novelas, algunas antologías, aproximadamente una docena de relatos, lo que a fin de cuentas no es nada.

Por las afligidas cartas que envió, cualquiera podría pensar que lo hago a propósito. Pero no es así. Intento desesperadamente no perder el contacto con la ciencia ficción. Está de tal manera dentro de mi vida que ninguna otra cosa podría satisfacerme tanto. Tengo mi artículo mensual en F & SF, claro, pero no se trata de lo mismo.

De manera que cada pequeño relato de ficción que puedo arrancar hoy día a mi máquina de escribir, me resulta mucho más grato en este actual declive mío que en mis viejos tiempos en que elaboraba una docena o más cada año.

La máquina que ganó la guerra es uno de esos relatos y puede servir ante el mundo aficionado como prueba de que todavía estoy vivo.

La celebración se mantenía alejada pero hasta en las silenciosas cámaras subterráneas de Multivac agitaba el aire.

Por si fuera poco, estaba el mero hecho de la soledad y el silencio. Por vez primera en diez años, los técnicos no se habían dejado caer por entre los mecanismos del gigantesco computador, las luces no habían oscilado errantemente sobre las pantallas y el flujo informativo permanecía muerto.

No sería una muerte muy larga, claro, pues las necesidades de paz presionarían. Pero ahora, por un día, tal vez por una semana, incluso Multivac podía celebrar la gran ocasión y descansar.

Lamar Swift se quitó la gorra militar con que se tocaba y echó una mirada al vacío y más largo pasillo del enorme computador. Se sentó o más bien se dejó caer en uno de los asientos destinados a los técnicos y su uniforme, en el que nunca se había encontrado a gusto, adoptó una pesada y arrugada apariencia.

—Lo echo todo de menos en cierto modo que no deja de ser espeluznante —dijo—. Es difícil recordar cuándo no estuvimos en guerra con Deneb y parece contra natura estar en paz y poder contemplar las estrellas sin ansiedad.

Los dos hombres que permanecían con el Director Ejecutivo de la Federación Solar eran más jóvenes que Swift. Ninguno tenía sus canas. Tampoco parecía ninguno tan cansado.

John Henderson, intentando contener el alivio que sentía en pleno triunfo, dijo:

—¡Han sido destruidos! ¡Han sido destruidos! Esto es lo que me he estado diciendo una y otra vez sin poder creérmelo. Hemos hablado tantas cosas y tanto tiempo sobre la amenaza que pendía sobre la Tierra y sus mundos satélites, sobre cada ser humano, y eran tan ciertas todas las palabras que pronunciábamos... Y ahora permanecemos con vida y son los denebianos los destruidos. Ya no serán nunca más una amenaza.

—Gracias a Multivac —dijo Swift, lanzando una tranquila mirada al imperturbable Jablonsky, que durante toda la guerra había ejercido de Jefe de Intérpretes del oráculo científico—. ¿No es cierto, Max?

Jablonsky se encogió de hombros. Automáticamente buscó un cigarrillo y luego desistió de su ademán. Sólo a él, de entre todos los miles que habían vivido en los túneles de y con Multivac, le había sido permitido fumar, pero hacia el declive de la contienda había hecho definitivos esfuerzos por impedir el ejercicio de tal privilegio.

—Bien —dijo—, eso es lo que se dice. —Su pulgar se movió hacia su hombro derecho, pero señalando por encima de él.

—¿Celoso, Max?

—¿Porque siempre hablan de Multivac? ¿Porque Multivac es el gran héroe de esta guerra? —El rostro de Jablonsky adoptó un aire de comedimiento y contención—. ¿Qué es eso para mí? Que Multivac sea la máquina que ganó la guerra, si es esto lo que place a la gente.

Henderson observó a los otros dos con el rabillo del ojo. En el corto interludio

que los tres habían guardado instintivamente en este pacífico rincón de una ciudad que se había vuelto loca, en el entreacto abierto entre los peligros de la guerra y las dificultades de la paz, cuando, por un momento, todos debían de alguna manera ocuparse de acomodar sus vidas a las nuevas circunstancias, él tan sólo sentía sobre su conciencia el peso de la culpa.

De pronto sucedía como si ese peso fuera excesivamente grande para ser sobrellevado por más tiempo. Lo había soportado durante toda la guerra y seguía soportándolo ahora.

—Multivac no se entera de la victoria —dijo Henderson—. Es sólo una máquina.

—Una gran máquina —dijo Swift.

—Entonces sólo una gran máquina. No mejor que los datos que consume —dijo, pero se detuvo repentinamente enervado por lo que estaba diciendo.

Jablonsky lo miró, sus gordezuelos dedos buscaron nuevamente un cigarrillo y nuevamente desistieron.

—Tú lo sabrás. Eres quien le proporciona los datos. ¿O es que te estás atribuyendo sus méritos?

—No —dijo Henderson agriamente—. No hay méritos. ¿Qué sabes tú acerca de los datos que consume Multivac? Primero tienen que pasar por computadores subsidiarios de aquí, de la Tierra, de la Luna, de Marte, incluso de Titán. Con los de Titán siempre hay retrasos, y también siempre el eterno sentimiento de que introducirán un cariz insospechado.

—Volvería loco a cualquiera —dijo Swift con amable simpatía.

—No era eso exactamente —dijo Henderson sacudiendo la cabeza—. Debo admitir que, cuando hace ocho años reemplacé a Lepont como Jefe de Programación, yo estaba nervioso. Pero todavía eran días de júbilo. La guerra aún no se divisaba en lontananza; era como una aventura exenta de peligros. Aún no habíamos llegado al extremo de entregar el mando a las fuerzas armadas. Pero luego, cuando las dificultades reales comenzaron...

Con irritación (pues finalmente tuvo que permitirse el acceso de la ira), añadió:

—No sabéis nada sobre eso.

—Muy bien —dijo Swift—. Dínoslo. La guerra ha terminado. La hemos ganado.

—Sí —asintió Henderson. No lo había olvidado. La Tierra había ganado, de modo que todo había salido a pedir de boca—. Bien, los datos llegaron a ser algo sin sentido.

—¿Sin sentido? —dijo Jablonsky—. ¿Lo dices literalmente?

—Literalmente. ¿Qué esperabas? Lo que ocurre es que vosotros dos nunca salisteis de aquí. Tú nunca dejaste Multivac, Max, y tú, Director, nunca abandonaste la Mansión, excepto para las visitas políticas que tenían por misión dejarte ver justo donde se te quería ver.

—No me coge tan de sorpresa —dijo Swift— como seguramente piensas.

—¿Sabías —dijo Henderson— hasta qué punto los datos relativos a nuestra

capacidad de producción, nuestro potencial de abastecimiento, nuestro poder efectivo (todas las cosas, de hecho, que tienen importancia en una guerra) se habían convertido en inconfiables e infidedignos durante la segunda mitad de la guerra? Los líderes, tanto civiles como militares, intentaban realzar sus propias imágenes, por decirlo así, ocultando lo malo y glorificando lo bueno. Por doquiera las máquinas tenían que hacerlo y los hombres que las programaban e interpretaban sus resultados se jugaban la piel con ello. No había manera de detener esto. Yo lo intenté y fracasé.

—Claro —dijo Swift con ánimo consolador—. Comprendo que lo intentarás.

En esta ocasión Jablonsky decidió encender su cigarrillo.

—No obstante, supongo que suministraste datos a los programas de Multivac. No nos dijiste nada sobre esa inconfiabilidad.

—¿Cómo podía decíroslo? Y si lo hubiera hecho, ¿cómo asegurarme de que ibais a creerme? —preguntó Henderson salvajemente—. El esfuerzo total de la guerra recaía sobre Multivac. Era nuestra única gran arma, pues los denebianos no tenían nada igual. ¿Qué otra cosa podría elevar más la moral que la seguridad de saber que Multivac estaría siempre prediciendo y cercando cualquier movimiento denebiano y que dirigiría siempre y siempre prevería la infalibilidad de nuestras propias maniobras? Por el Gran Espacio, desde que nuestra red de espionaje fue arrojada del hiperespacio no pudimos ya obtener ningún dato fiable acerca de los denebianos para seguir alimentando Multivac, y eso era algo que no podíamos arriesgarnos a hacer público.

—Tienes razón —dijo Swift.

—Perfecto —prosiguió Henderson—. Entonces, si os hubiera dicho que los datos no eran dignos de crédito, ¿qué hubierais hecho sino reemplazarme y negarme vuestra confianza? No podía permitir eso.

—¿Qué hiciste? —dijo Jablonsky.

—Puesto que hemos ganado la guerra, puedo decirte lo que hice. Corregir los datos.

—¿Cómo?

—Por intuición, imagino. Los alteraba hasta que me parecían correctos. Al principio casi ni me atrevía. Cambiaba un poco de aquí y otro poco de allá, rectificando lo que me parecía obviamente imposible. Cuando el cielo no se hundió sobre nuestras cabezas, me volví más audaz. Hacia el final, ya ni me tomaba el menor cuidado. Suministraba los datos necesarios como si fueran realmente necesarios. Tenía incluso el Anexo de Multivac para la preparación de datos, según un modelo de programación privada que yo había dispuesto para ese propósito.

—¿Figuras al azar? —dijo Jablonsky.

—De ningún modo. Siempre introducía una serie de bases necesarias.

—Por tres veces —dijo Jablonsky sonriendo sin que nadie lo esperase— recibí informes sobre el uso del Anexo sin autorización, y por tres veces no hice el menor caso. Si hubiera sido importante, habría seguido la pista y descubierto lo que andabas

haciendo. Pero, claro, en aquellos días nada relativo a Multivac era importante, de modo que pudiste proseguir.

—¿Qué quieres decir con eso de que no era importante? —preguntó Henderson con suspicacia.

—Lo que he dicho. Supongo que si por entonces te hubiera dicho esto, te habría ahorrado tu agonía, aunque si tú por tu parte me hubieras comunicado lo que te traías entre manos también me la habrías ahorrado a mí. ¿Qué te hacía pensar que Multivac estaba funcionando a las mil maravillas, a pesar de ser suministrada por tu cuenta y riesgo?

—¿Acaso no funcionaba correctamente? —dijo Swift.

—Por supuesto que no. No era de fiar. Después de todo, ¿dónde estaban mis técnicos en los últimos años de la guerra? Te lo diré: estaban alimentando computadores en mil diferentes artefactos espaciales. ¡Se habían ido! Tenía que trabajar con críos en los que no podía confiar y con veteranos pasados de moda. Además, ¿crees que podía confiar en los componentes que salían de los Criogénicos en los últimos años? Por lo que concierne al personal, los Criogénicos no estaban mejor situados que yo. Para mí no era importante si los datos suministrados a Multivac eran fiables o no. Los *resultados* no eran fiables. Eso es lo que importaba.

—¿Qué hiciste? —preguntó Henderson.

—Hice lo que tú hiciste, John. Apelé al factor más loco. Ajusté las materias según mi intuición... y he aquí que la máquina ganó la guerra.

Swift se echó hacia atrás en la silla y enderezó las piernas.

—Qué revelaciones. Resulta que el material que se me proporcionaba para guiar mis decisiones se debía a manos humanas a partir de datos proporcionados por humanos. ¿No fue así?

—Así parece —dijo Jablonsky.

—Advierto entonces que no hice del todo mal al no conceder demasiado crédito al material que se me enviaba —dijo Swift.

—¿Qué? —dijo Jablonsky, que parecía profesionalmente insultado a pesar de cuanto había dicho hasta ahora.

—Me temo que fue así. Multivac podía haberse limitado a decir: atiza aquí y no allí, haz esto y no lo otro, espera y no actúes. Pero el caso era que yo nunca estaba del todo seguro de lo que Multivac pretendía informar, si es que realmente informaba algo, o qué quería decir este algo en caso de ser emitido. Nunca tuve la certeza.

—Sin embargo, el informe final era siempre bastante claro —dijo Jablonsky.

—Quizá para aquellos que no tenían que tomar decisiones. Pero no para mí. El horror ante la responsabilidad de tener que tomar tales decisiones era inaguantable y ni siquiera Multivac bastaba para liberar ese peso. Pero la cuestión es que yo estaba justificado al dudar, con lo que me siento sumamente aliviado.

Caído ya en la conspiración de la confesión mutua, Jablonsky desechó sus habituales defensas:

—¿Qué hiciste entonces, Lamar? A fin de cuentas, tomaste decisiones. ¿Cómo fue?

—Bueno, ya no podemos volvernos atrás, pero... te lo diré. ¿Por qué no? Hice uso de un computador, Max, pero era más antiguo que Multivac, mucho más viejo y antiguo.

Introdujo la mano en el bolsillo en busca de cigarrillos y sacó un paquete al tiempo que algunas monedas le caían al suelo; la antigua moneda de antes de los años en que el metal escaseara habíase convertido en un sistema de crédito dependiente de una compleja medición.

—Todavía necesito esto para que el dinero me parezca sustancial —dijo Swift, sonriendo casi como una excusa—. Un viejo encuentra siempre arduo abandonar los hábitos que tenía cuando joven. —Puso un cigarrillo entre sus labios y recogió las monedas una a una, devolviéndolas a continuación a su bolsillo. Aún sostuvo la última moneda entre sus dedos, contemplándola absortamente.

—Multivac —dijo— no es el principal computador, compañeros, ni el más listo, ni siquiera el único capaz de aliviar del peso de las decisiones los hombros del ejecutivo. Una máquina ganó la guerra, John; al menos una computadora elemental lo hizo; una que utilicé cuantas veces tuve que tomar alguna difícil decisión.

Con una sonrisa rememorante, lanzó la moneda al aire. Volteó y lanzó destellos mientras subía y regresaba de nuevo a la palma de Swift. Cerró la mano y la puso sobre el dorso de la otra, ocultando la moneda.

—¿Cara o cruz, caballeros?

LUNARES VERDES

PRESENTACIÓN

Una mañana de 1948, leí en el neoyorquino Times que Street and Smith Publications había interrumpido la emisión de todas sus revistas populares^[1].

Dado que Astounding Science Fiction era una de tales publicaciones de Street and Smith, el futuro se volvió negro para mí. Compréndanme, durante el período hexanual que transcurrió desde 1943 hasta 1948, inclusive, yo había vendido y publicado trece relatos de ciencia ficción y todos ellos para Astounding. En el curso de ese período, yo había trabajado constantemente con el sentimiento de no ser, a fin de cuentas, un verdadero escritor, sino meramente una persona cuya actividad había encontrado resonancia en un mercado particular y que podía considerarse acabada si algo le sucedía a Astounding o a Mr. Campbell, su editor.

Acabe de leer el artículo del Times con verdadera dificultad y encontré, cerca del final, la consoladora declaración (casi una retractación parcial) de que precisamente Astounding constituía la única excepción. Era la única publicación popular de Street and Smith que seguiría lanzándose.

Me sentí aliviado, aunque con la sensación de encontrarme todavía en una situación frágil. Sin duda, algo debía haber ocurrido a Astounding o a Mr. Campbell. (¡Nada después de todo! En el momento de escribir estas líneas, a veinte años de distancia del suceso, Astounding todavía sigue en pie, aunque ha cambiado su formato y se llama ahora Analog. Y el denodado Mr. Campbell es aún el editor.)

En 1949 y 1950, sin que se le hubiera terminado la cuerda, vendí cuatro historias más a Astounding. Luego, en 1950, una nueva revista de ciencia ficción apareció en el panorama del género con repentina y vigorosa vida bajo la enérgica dirección de su editor, Horace L. Gold.

Mr. Gold estuvo buscando relatos mientras la nueva revista se ponía en marcha y me preguntó si podía enviarle alguno. Dudé, pues no estaba seguro de que mi producción fuera del agrado de Mr. Gold, y comencé a preguntarme si me atrevería a jugar la baza del rechazo que, a fin de cuentas, vendría a demostrarme si yo era realmente un escritor o un folletinista de encargo.

Los términos de Mr. Gold eran, no obstante, persuasivos. Escribí dos historias y ambas fueron aceptadas. Reconozco que la primera debió ser comprada sin mucha convicción, pero la necesidad de romper el virgo a una publicación todavía núbil estaba tamizada por la urgencia. En cuanto a la segunda, que apareció en el número siguiente, también tuve mis dudas. Acepté la venta que se le dispensó y la agonía y las dudas arrastradas durante más de siete años comenzaron a desaparecer. Esa segunda historia es la que va a leerse a continuación.

Hay algo más: los editores suelen tener la desgraciada megalomanía de cambiar los títulos de las historias que publican. El cielo y su psiquiatra sabrán por qué. Algunos editores sufren esta enfermedad más que otros, y Mr. Gold era un caso de atar.

La fe de bautismo extendida por mí afirmaba que la historia se llamaba Lunares verdes, por razones que fácilmente se comprenderán una vez se haya emprendido su lectura. Por alguna oscura razón, aquello no concordaba con el gusto particular de Mr. Gold y cuando la historia vio la luz tenía el jactancioso título de «Misionero espurio». Excepción hecha de una cretina metáfora de dudosa calidad, no pude ver la razón por la que el nuevo título pudiera llamar mejor la atención de cualquier bípedo dotado de alma racional y libre.

De manera que aprovecho la ocasión que se me presenta para devolver al relato lo que tan espuriamente le fue arrancado. Al hacerlo, no creo obrar bajo los efectos de impulsos coléricos. He esperado la ocasión durante dieciocho años.

Aterrizó a bordo de la nave. Había ya docenas esperando allende la barrera energética, cuando comenzó a sentirse intranquilo por la espera. En aquel momento, la barrera se debilitó por espacio de dos minutos (lo cual demostraba la superioridad de los organismos unificados sobre los fragmentos de vida) y él se lanzó.

Ninguno de los otros se había movido lo bastante rápido como para aprovechar el intervalo. Pero no importaba ahora. Ya era bastante. Ninguno de los otros era necesario.

Sus pensamientos se desplazaron desde la satisfacción hasta el sentimiento de la soledad. Era algo desdichado y *contra natura* sentirse separado del resto del organismo unitario, ser un fragmento de vida aislado. ¿Cómo podían aquellos extraños soportar su fragmentación?

Esto aumentó su simpatía por los extraños. Ahora que había experimentado la fragmentación por sí mismo, pudo sentir, como a través del crisol de la distancia, el terrible aislamiento que propiciaba el pánico. Aislamiento que provocaba el miedo, miedo que dirigía los actos. Pues, ¿qué otra cosa sino el miedo demente nacido de la condición de aquellos extraños pudo haberles inducido a arrasar un área de una milla de diámetro antes de que su nave tomara tierra? Hasta la vida organizada, que se ubicaba a diez pies bajo tierra, había sido destruida en aquella operación devastadora.

Se aprestó a la recepción escuchando con ardiente celo, dejándose saturar por el medio espiritual alienígena que le rodeaba. Recibió con alegría aquel toque de vida sobre su conciencia. Sin embargo, tendría que racionalizar tales efusiones. No debía olvidarse de sí mismo.

Aunque escuchar pensamientos no tenía por qué ser perjudicial. Algunos de los fragmentos de vida que había en la nave pensaban con envidiable nitidez, reflexionando sobre su primitivismo y su condición de criaturas incompletas. Los pensamientos de aquellos seres parecían diminutos sonajeros.

—Me siento contaminado —dijo Roger Oldenn—. ¿Sabes lo que quiero decir? Como si te lavarás las manos y no pudieras desprenderte de la suciedad.

Jerry Thorn odiaba el melodramatismo y no se molestó en levantar la vista. Todavía estaban en la estratosfera del planeta Saybrook y él prefería concentrarse en los diales de mando.

—No hay razón para sentirse contaminado —dijo—. No ocurrió nada que justifique esos temores.

—Así lo espero —dijo Oldenn—. Al menos se ha procedido a la desinfección de los trajes espaciales y a someter a baños de radiación a todo el que viene del exterior. *Supongo* que, en efecto, nada ocurrió.

—¿Por qué estás nervioso, entonces?

—Lo ignoro. Sólo deseo que la barrera no se haya estropeado.

—¿Y quién no? Pero fue un accidente.

—No estoy seguro —dijo Oldenn con vehemencia—. Yo estaba aquí cuando sucedió. Mi turno, ya sabes. No había razón para sobrecargar los índices de fuerza.

Había aparatos conectados que no tenían la menor función. Ninguna en absoluto.

—De acuerdo. Siempre hay imbéciles.

—Pero no con esa clase de imbecilidad. Estaba haraganeando, cuando el Viejo se puso a hacer comprobaciones. Ninguno tenía excusas aceptables. Los circuitos, capaces de proporcionar hasta dos mil watios, habían sido exprimidos hasta el máximo y alcanzado el límite de la barrera. Durante una semana se usaron fuentes subsidiarias de energía. ¿Por qué no en esta ocasión? Nadie pudo dar ninguna explicación.

—¿Puedes darla tú?

—Por supuesto que no, pero me estaba preguntando si el personal no fue — pareció rebuscar la palabra— hipnotizado. Por las cosas del exterior.

Thorn levantó la vista y se encontró con la mirada del otro.

—No querría repetir esto a nadie más. La barrera fue bajada tan sólo por dos minutos. Si algo ha ocurrido, si incluso una brizna de hierba la ha atravesado, no dudes que se manifestará en nuestros cultivos de bacterias en menos de media hora y en las colonias de moscas fruteras en cuestión de días. Antes que estemos de vuelta, se habrá delatado en las ratas, los conejos, y quizá en las cabras. Pero métete en la cabeza, Oldenn, que no ha ocurrido nada. Nada.

Oldenn giró sobre sus talones y salió. Al salir, su pie pasó a escasos centímetros de un objeto situado en el rincón de la sala. Pero no lo vio.

* * *

Desconectó los centros de recepción y dejó que los pensamientos fluyeran estérilmente. Aquellos fragmentos de vida no eran de ningún modo importantes, puesto que no servían para la propagación de la vida. Incluso, en tanto que fragmentos, se evidenciaba su falta de totalidad.

Ahora bien, los otros tipos de fragmentos eran diferentes. Tenía que tener cuidado. La tentación sería grande, pero no debía dar la menor señal de su existencia a bordo de la nave, mientras ésta no aterrizara en el planeta de procedencia.

Fijó su atención en otras facciones de la nave, maravillándose ante la diversidad de los seres existentes. Cada cual, sin importar su tamaño, se bastaba a sí mismo. Se esforzó en no apartar su atención de ellos hasta que el desplacer del pensamiento se le hizo insoportable y deseó con esperanza regresar a la normalidad.

Como era de esperar, muchos de los pensamientos que recibió de los más pequeños fragmentos eran vagos y veloces. No había mucho que sacar de allí, lo que indicaba que sus necesidades de totalidad se dirigían hacia todo lo más grande. Aquello le despertó cierto sentido de la perspicacia.

Había un fragmento sentado sobre sus ancas, que manoseaba la red de alambre que lo envolvía. Sus pensamientos eran nítidos aunque limitados. Principalmente, estaban dedicados al fruto amarillo que un fragmento anejo estaba comiendo.

Deseaba el fruto con todas sus fuerzas. Sólo el alambre enredado, que separaba ambos fragmentos, impedía que se disputaran el fruto por la fuerza.

Desechó la recepción de pensamientos en un momento de revulsión profunda. *¡Los fragmentos competían por la comida!*

Intentó calmarse pensando en la paz y armonía del hogar, pero ya se encontraba alejado por una inmensa distancia. Al parecer, sólo podría encontrar alivio en la nada que lo separaba de la cordura.

Hasta suspiró un momento al sentir el terreno estéril ubicado entre la barrera y la nave. La última noche había reptado sobre él. La vida había dejado de existir allí, pero se trataba del suelo materno; además, al otro lado de la barrera, había experimentado la confortante sensación de la presencia del resto de la vida organizada.

Pudo recordar el momento exacto y se localizó a sí mismo sobre la superficie de la nave, luchando contra la desesperación hasta que la esclusa del aire fue abierta. Había penetrado y se había movido con precaución a lo largo del umbral. Luego, se había internado por un estrecho conducto. Y ahora yacía aquí, un fragmento de vida también, inerte e inadvertido.

Con cuidado volvió a graduar la conexión receptora. El fragmento de vida acuclillado arrastraba furiosamente la red de alambre. Aunque era el menos hambriento de los dos, deseaba todavía la comida del otro.

* * *

—No come la muy marrana —dijo Larsen—. No tiene hambre. Lo que le pasa es que está resentida porque Tillie está dándole al diente antes de que a ella se le permita atracarse. ¡Mono glotón! Sólo deseo regresar a casa para no tener que soportar ningún otro animal.

Con el ceño fruncido, observó al más viejo de los chimpancés hembra y éste, como muestra de reciprocidad, le devolvió la mueca.

—Venga, venga —dijo Rizzo—. No hacemos nada haraganeando por aquí. Ya es hora de comer. Salgamos.

Pasaron frente a los rediles caprunos, las madrigueras de los conejos, las jaulas de las ratas.

—Voluntario para un viaje de exploración —dijo Larsen agriamente—. Un héroe, chico. Te despiden con largos discursos y acaban montándote un zoológico del que te nombran vigilante.

—Te dan paga doble.

—Oh, perfecto, perfecto. Pero no me enrolé por el dinero. Al principio, dijeron que no había seguridades de regreso, que podíamos incluso perecer en Saybrook. Me alisté porque quería hacer algo importante.

—Fabuloso y sangriento héroe, lleno de aventuras.

—No soy una niñera para animalitos.

Rizzo se detuvo, cogió una rata campestre de su jaula y la acarició con suavidad.

—Tú —dijo—, ¿no se te ha ocurrido pensar que cualquiera de estas ratas puede estar gestando en su interior alguna pequeña ratita?

—¡Sabelotodo! Cada día ganas más escaños en el emporio de los ilustrados.

—Claro, claro. —Rizzo acercó la mano al hocico del animal, que comenzó a olisquearle la palma—. Pero suponte que vienes una mañana por aquí y te encuentras con todo esto lleno de ratitas. Una colección entera mirándote con blandos lunares de pellejo verde en lugar de ojos.

—Cállate, bestezuela —gruñó Larsen.

—Suavecitos y verdes lunares de resplandeciente pellejo —dijo Rizzo, dejando la rata en la jaula con una repentina sensación de asco.

* * *

De nuevo estableció la conexión. No había especie fragmentada de vida en el planeta madre que no tuviera su copia aproximada a bordo del navío espacial.

Podía captar las distintas variedades de lo que corría, nadaba y volaba. Algunos voladores eran lo bastante grandes como para emitir pensamientos; otros eran excesivamente pequeños, apenas dignos del nombre de criaturas. Estos últimos tan sólo transmitían esquemas de percepción sensorial, esquemas además imperfectos, y sin la menor prueba de participación inteligente.

También captó a los inmóviles, a los inertes, los cuales, al igual que los inmóviles e inertes del planeta madre, eran verdes y vivían en el aire, en el agua y en la tierra. Sus receptáculos mentales eran como pantallas en blanco. Sólo tenían noción de lo mínimo, mínima conciencia de la luz, de la humedad, del peso.

Y cada fragmento, móvil e inmóvil, constituía una parodia de la vida.

Todavía no. Todavía no...

Contuvo a duras penas sus sentimientos. Tiempo atrás, ocurrió que aquellos fragmentos se dieron a conocer y el resto de las criaturas del planeta madre intentaron ayudarlos... demasiado rápidamente. La fortuna no había acompañado el intento. En esta ocasión debían esperar.

Si al menos aquellos fragmentos no le descubrieran...

Hasta ahora no lo habían hecho. No habían advertido que yacía inmóvil en la esquina de la sala de pilotaje. Ninguno había hecho además de inclinarse para cogerle y quitarle de en medio. Lo que significaba que no podía correr el riesgo de moverse. Alguien podía pasar por allí y quedarse mirando aquella brizna agusanada de menos de seis pulgadas de longitud. Evidentemente, no podía correr riesgos.

Ahora, le parecía haber esperado ya demasiado tiempo. El despegue se había efectuado mucho antes. Los controles estaban cerrados. La sala de pilotaje estaba vacía.

No le costó encontrar la grieta que le permitiría colarse por la alambrada. Los alambres eran criaturas muertas.

El extremo norte de su cuerpo era una escofina capaz de cortar en dos un alambre de normales dimensiones. Entró en acción. Luego, seis pulgadas más allá, realizó una operación idéntica. Empujó la parte cortada y la arrastró hasta una esquina invisible de la juntura. Las otras capas de aquel blindaje parecían ser de un pardo material elástico cuyo núcleo era de metal rojizo. Evidentemente no podía emular el metal, pero tampoco era necesario. Bastaba con que la película que le cubría se pareciera a la superficie del alambre.

Situó sus dos extremos en el vacío que había dejado el pedazo de alambre partido y se adhirió a los apéndices mediante una pequeña succión. No se notaba la menor costura.

Ahora jamás lo encontrarían. Podían mirar hacia él todo lo que quisieran, que sólo verían una impecable red de alambre.

A menos que se detuvieran en exceso y advirtieran que, en un segmento del alambre, había dos diminutos lunares de blando y brillante pellejo verde.

—Es notable —dijo el Dr. Weiss— que aquellos pelos verdes pudieran hacer tanto.

El capitán Loring apuró el brandy con negligente paladar. En cierto sentido, se trataba de una celebración. Estaban preparados para adentrarse en el hiperespacio, tardarían a lo sumo dos horas y luego avistarían la Tierra en dos días escasos.

—Así, pues, está usted convencido de que el pellejo verde es el órgano sensorial, ¿no? —preguntó.

—Así es —dijo Weiss. El brandy se le hacía pesado, pero era consciente de la necesidad de aquella celebración... demasiado consciente—. Los experimentos se llevaron a cabo con dificultades, por cierto, bastante significativas.

—«Con dificultades» —dijo el capitán sonriendo levemente— es sólo una forma de decirlo. Jamás habría optado por sufrirlas voluntariamente.

—Absurdo. En esta nave todos somos unos héroes, aceptamos voluntariamente, somos como grandes hombres rodeados de estandartes, oriflamas y pendones. Usted también aceptó el riesgo de venir.

—Pero usted fue el primero en salir más allá de la barrera.

—No había ningún peligro implícito —dijo Weiss—. A medida que avanzaba, iba calcinando el suelo, por no hablar de la barrera manual que me rodeaba. Le repito que es absurdo, capitán. Aceptemos todas las medallas que nos concedan a la vuelta; debemos aceptarlas sin establecer jerarquías en los peligros sufridos. Por otra parte, soy varón.

—Pero se llenó usted de bacterias hasta aquí —dijo el capitán, llevando la mano algunos centímetros por encima de su cabeza—. ¿Qué le hace a usted tan vulnerable como una hembra?

Se permitieron una pausa para controlar la bebida.

—¿Se lo vuelvo a llenar? —preguntó el capitán.

—No, gracias. Ya he sobrepasado mi dosis.

—Entonces, un último brindis por el viaje que nos aguarda. —Alzó el vaso en dirección, más o menos exacta, al planeta Saybrook, ahora invisible, cuyo astro solar era una brillante estrella destacada contra los paneles de visualización—. Fueron los pequeños pelos verdes los que dieron a Saybrook la primera señal.

—¡Qué cosas! —dijo Weiss moviendo la cabeza—. Pondremos el planeta en cuarentena, naturalmente.

—No me parece bastante con eso —dijo el capitán—. Cualquiera día, alguien puede aterrizar por accidente y no tener la agudeza o las agallas de Saybrook. Suponga que ese alguien no destruye su nave como hizo Saybrook. Suponga que le da por volver a cualquier lugar habitado.

El capitán había hablado sombríamente.

—¿Supone usted que puedan desarrollar los viajes interestelares por sí mismos?

—Lo dudo. No definitivamente, claro. Pero su orientación ofrece horizontes muy distintos. Su entera organización existencial hace innecesarias las herramientas. Por lo que sabemos, ni siquiera hay una sola hacha de piedra en todo el planeta.

—Espero que no se equivoque. Ah, este... Weiss, ¿le importaría pasar un rato con Drake?

—¿El de la Prensa Galáctica?

—Sí. Una vez estemos de vuelta, la historia del planeta de Saybrook se dará a conocer al público y no creo muy prudente supervalorarla, ni organizar ningún escándalo. He acordado con Drake que le consultará a usted sobre la forma definitiva que habrá que dar a la historia. Usted es biólogo y poco menos que una autoridad capaz de sobrellevar la responsabilidad. ¿Lo haría?

—Será un placer.

El capitán cerró los ojos con cansancio y movió la cabeza.

—¿Jaqueca, capitán?

—No. Estaba pensando en el pobre Saybrook.

* * *

Estaba ya hastiado de la nave. Momentos antes había experimentado una curiosa sensación, como si hubiera emprendido el regreso a casa. Fue algo alarmante y se lanzó a la busca del pensamiento de los agudopensantes más cercanos. Al parecer, la nave se había internado en las vastas zonas del espacio vacío, rasgando algo que ellos conocían como «hiperespacio». Los agudopensantes eran realmente ingeniosos.

Pero... estaba ya cansado de la nave. ¡Era un fenómeno tan infructuoso! ¡Tan inútil! Los fragmentos de vida eran apelmazadamente delicados en sus construcciones, un índice refractor de sus desdichas, a pesar de todo. Esperaban hallar en el control de la naturaleza muerta lo que no eran capaces de descubrir en su

interior. En su inconsciencia anhelaban la totalidad, construían máquinas y se aventuraban en el espacio, siempre buscando y buscando...

Pero tales criaturas, él lo sabía, en cuanto a la verdadera naturaleza de las cosas, jamás encontrarían lo que tan desesperadamente anhelaban. Se dejó tentar por la especulación abstracta.

¡La totalidad!

Los fragmentos no tenían una verdadera noción de ello. «Totalidad» era una palabra flaca.

En su ignorancia, ni siquiera evitaban la pelea. Si no, que vieran la anterior escalada que hicieron con otra nave. La primera nave había transportado muchos fragmentos agudopensantes. Los había de dos especies: los reproductores de vida y los estériles. (Cuán diferente de esta segunda nave. Los agudopensantes eran todos estériles, mientras que los velludopensantes y los nopensantes eran todos productores de vida. Extraño como la eternidad.)

¡Y cuán esplendorosamente había recibido el planeta entero la primera nave! Pudo recordar el trastorno inicial, cuando advirtieron que los visitantes eran fragmentarios y no completos. La conmoción había dado lugar a la piedad y la piedad al trabajo. No estaba del todo claro cómo se adaptarían a la comunidad, pero no hubo la menor vacilación. Toda vida era sagrada y, como fuera, se tenía que dotar de cobijo a todos, a todos ellos, desde los grandes agudopensantes hasta los infinitesimales de las tinieblas.

Pero había sido un error de cálculo. El análisis efectuado sobre las formas de pensamiento de los fragmentos no había sido correcto. Los agudopensantes se enteraron de lo que se había hecho y se ofendieron. Habían luchado, obviamente; pero no habían comprendido.

Primero, habían traído, instalado y ampliado la barrera. Segundo, se habían destruido a sí mismos, explosionando su nave.

¡Pobres y estúpidos fragmentos!

Esta vez sería diferente. Se salvarían a despecho de ellos mismos.

* * *

El mismo John Drake no lo habría admitido en tantas palabras, pero se sentía muy orgulloso de su habilidad ante la fotomecanografiadora. Tenía un modelo estándar para viajes, de seis por ocho, fabricado con plástico duro y soportes cilíndricos para sostener el rollo de delgado papel. Un estuche de cuero marrón con cierres aislantes la hacía apta para cualquier tipo de viaje. En conjunto, pesaba menos de una libra.

Drake podía manipularla con cualquiera de las dos manos. Sus dedos se desplazaban con veloz ligereza sobre las fotoseñales que se imprimían en la blanca superficie y, con sorprendente rapidez, las palabras iban escribiéndose.

Miró pensativamente el encabezamiento del relato y luego alzó la vista hacia el

Dr. Weiss.

—¿Qué le parece?

—Comienza bien.

—También pienso —dijo Drake— que debería comenzar con el propio Saybrook. Todavía no se ha publicado su historia. Desearía haber visto el reportaje original de Saybrook. ¿Cómo pudo enviarlo?

—Por lo que sé, se pasó una de sus últimas noches enviándolo a través del sub-éter. Cuando acabó, puso los motores en cortocircuito y, en millonésimas de segundos, convirtió toda la nave en una ligera nube de vapor. Y con la nave, la tripulación y él mismo.

—¿Qué tipo! ¿Estaba usted enterado desde el principio?

—No desde el principio —corrigió amablemente el doctor Weiss—. Sólo desde la recepción del informe de Saybrook.

No pudo evitar la rememoración. Había leído aquel informe, advirtiendo, incluso en aquellos momentos, cuán maravilloso debía haber parecido el planeta cuando la primera expedición colonizadora de Saybrook llegó hasta él. Era prácticamente un duplicado de la Tierra, con una abundante vida vegetal y una exclusivamente vegetariana vida animal.

Allí estaban aquellos pequeños lunares de pellejo verde (cuán a menudo acudía esta frase a su conversación y a su pensamiento), lo único que verdaderamente podía calificarse de extraño. Ningún ser vivo individual estaba dotado de ojos. En su lugar, se veía aquel cuero. Hasta las plantas, ya fueran tallo, hoja o flor, poseían los dos lunares de un intenso color verde.

Luego, Saybrook advirtió, sorprendido, que la lucha por la existencia no tenía lugar en aquel planeta. Todas las plantas desarrollaban lechosos apéndices que eran comidos por los animales. Y en cuestión de horas volvían a crecer. El resto de los vegetales jamás era violado. Era como si las plantas alimentaran a los animales en un acto de obediencia, según las leyes naturales. Las mismas plantas parecían limitar su crecimiento. Se extendían de forma tan regular que parecían autocultivarse como expertos jardineros.

¿Cuánto tiempo, se preguntaba Weiss, había tenido Saybrook para observar tan extrañas leyes y conductas?... el hecho de que los insectos limitaran su número en una suerte de malthusianismo, a pesar de que los pájaros no se alimentaban de ellos; o que los roedores no se propagaran como la luz, pese a no haber carnívoros que lo impidiera.

Entonces había tenido lugar el incidente de las ratas blancas.

Esto despertó a Weiss.

—Ah, una corrección, Drake —dijo—. Las ratas de campo no fueron los primeros animales involucrados, sino las ratas blancas.

—Ratas blancas —dijo Drake, procediendo a corregir sus notas.

—Cada nave colonizadora —dijo Weiss— toma un determinado número de ratas

blancas con el propósito de probar los medios extraños de alimentación. Obviamente, las ratas, desde el punto de vista de la nutrición, son muy similares a los seres humanos. Y, claro, sólo se cogen las ratas hembra.

Naturalmente, si sólo estaba presente uno de los sexos, no se corría el peligro de propiciar una descontrolada multiplicación, en caso de que las condiciones del planeta fueran favorables. Recuerde lo que ocurrió con los conejos en Australia.

—Para variar, ¿por qué no se usan machos? —preguntó Drake.

—Las hembras son más consistentes —dijo Weiss—, lo que permite comprobar mejor la situación. Pero lo que también propició su embarazo.

—Perfecto. Y ahí es donde me rebelo, donde me surge la posibilidad de poner en su justo lugar algunas cosas. Dígame cómo descubrió Saybrook que las ratas estaban embarazadas.

—Accidentalmente, claro. En el curso de la investigación nutricia, las ratas son disecadas para buscar alguna evidencia de daño interno. Las condiciones para descubrirlo eran limitadas, pero se dio con ello. Algunas más fueron disecadas, con idénticos resultados. Todas las ratas tenían fetos en sus vientres... y ningún macho a bordo.

—Y el caso fue que todas las crías nacieron con lunarcitos verdes en lugar de ojos.

—Exacto. Saybrook lo dijo así y nosotros lo corroboramos. Después de las ratas, la gata mascota de uno de los niños fue también afectada. Cuando parió los mininos, éstos no nacieron con los ojos cerrados sino con pequeños lunares de pellejo verde. Y no había ningún gato macho a bordo.

»Posteriormente Saybrook hizo pruebas con las mujeres. No les dijo para qué. No quería asustarlas. Todas, sin excepción, estaban embarazadas, dejando aparte las que ya lo estaban antes de embarcar. Saybrook no esperó a que nacieran los niños, naturalmente. Sabía que no tendrían ojos, sino brillantes lunares de pellejo verde.

»Hasta preparó cultivos bacterianos (era un hombre preparado para todo) y buscó en los bacilos la presencia microscópica de las manchas verdes.

—Lo que va más allá —comentó Drake con amargura— de cuanto nosotros, yo al menos, hemos conseguido. Pero, ¿qué fue lo que proporcionó la prueba de que la vida se desarrolla como un todo en el planeta de Saybrook?

—¿Que qué...? ¿No están sus propias células organizadas como un todo? Extraiga una célula individual de su cuerpo, incluso una célula cerebral si lo desea, y verá que no es nada por sí misma. Una minúscula masa de protoplasma con menor capacidad que una ameba para ejecutar cualquier función humana. De hecho, sin capacidad, puesto que no puede vivir por sí sola. Pero ponga las células juntas y obtendrá algo capaz de inventar una nave espacial o de escribir una sinfonía.

—Entiendo —dijo Drake.

—*Toda* la vida sobre el Planeta Saybrook —prosiguió Weiss— es un *único* organismo individual. En cierto sentido, también lo es la vida de la Tierra. Pero se

trata más bien de una dependencia, de una sujeción sin armonía. Las bacterias asimilan nitrógeno; las plantas asimilan carbono; los animales comen plantas y muchas otras cosas; la decadencia bacteriana abarca todas las cosas. Esto es un círculo vicioso. Todos atrapan lo que pueden y son, a su vez, apresados.

»En el planeta Saybrook, cada organismo ocupa su lugar, al igual que las células en nuestro cuerpo. Bacterias y plantas producen alimentos, con cuyo excedente se alimentan los animales, los que, a cambio, proveen de dióxido de carbono y de nitrógeno con los excrementos. Nada produce ni más ni menos de lo necesario. Ni exceso, ni carencia. El esquema de la vida se altera inteligentemente para su propia autonomía. Ningún grupo de formas vitales se multiplica más o menos de lo justo, tal como sucede con las células de nuestro cuerpo, que detienen su crecimiento cuando ya hay suficientes para el propósito establecido. Cuando no detienen su multiplicación, el fenómeno es bautizado por nosotros con el alegre nombre de cáncer. Y esto es lo que la Tierra padece, ésta es la clase de organización orgánica que soportamos en comparación con la que se da en el planeta de Saybrook. Un inmenso cáncer. Cada especie, cada ente, procurando vivir a expensas de cualquiera de las otras especies, cualquiera de los otros entes.

—Lo que dice suena como un encomio del planeta Saybrook.

—Y en cierto modo lo es. Le hace pensar a uno en el sentido que tiene algo tan básico para la vida. Creo comprender el punto de vista que la vida en Saybrook puede tener para con nosotros. Suponga que una de las células de su cuerpo adquiere conciencia de las funciones del cuerpo humano y compara sus actividades con su propio funcionamiento en tanto que célula, y llegará a advertir que cuanto ve no es sino el resultado de la unión de muchas células en un amplio y gigantesco todo. Luego, suponga que toma conciencia de la existencia de las células libres, simplemente con vida y nada más. Sin duda, sentirá un fuerte deseo de acomodar a aquel pobre ser en el todo organizado y sufrirá por él, quizá hasta con una especie de espíritu misional. Los seres del planeta Saybrook (o el ser, pues es más acertado enunciarlo en singular) tal vez sientan de esta forma.

—Y también buscan como locos ejercitar la maternidad virginal, ¿eh? Debo ir con cuidado al tratar ese asunto. La censura del correo, ya me entiende.

—En mi opinión, nada hay de obsceno en ello, Drake. Durante siglos hemos obtenido huevos de erizo de mar, abejas, ranas, etc., sin la intervención de la fertilización masculina. A veces, basta con provocarles alguna excitación, otras es suficiente con la inmersión en la propia solución salina. El ser del planeta Saybrook puede causar fertilización por el uso controlado de radiaciones energéticas. He ahí el porqué una barrera de energía apropiada puede detenerlo; ya lo ve, interferencia o estabilidad.

»Pueden lograr algo más que estimular la división y el desarrollo de un óvulo no fertilizado: pueden imprimir sus propios caracteres sobre las nucleoproteínas, de manera que el retoño nazca con los pequeños lunares de pellejo verde, que sirve

como órgano sensitivo del planeta y como medio de comunicación. El retoño no puede ser individual en otros mundos, pero deviene parte del ser en el planeta Saybrook. El ser del planeta, no del todo incidentalmente, puede preñar cualquier especie: vegetal, animal u organismos microscópicos.

—Materia potente —murmuró Drake.

—Omnipotente —dijo el doctor Weiss—. Universalmente potente. Cualquiera de sus fragmentos es omnipotente. En un tiempo dado, una sola bacteria del planeta Saybrook puede convertir *toda la Tierra* en un organismo único. Hemos obtenido la prueba experimental de ello.

—¿Sabe? —dijo Drake inesperadamente—, creo que soy millonario. ¿Puede usted guardar un secreto?

Weiss, un tanto intrigado, afirmó con la cabeza.

—Me he traído un recuerdo del planeta Saybrook —comenzó Drake sonriendo candorosamente—. Es una bagatela, una pequeña piedra, pero, después de la publicidad que va a obtener el planeta y con la cuarentena a que se verá sometido a partir de ahora, la piedrecita estará al alcance de cualquier ser humano que desee verla. ¿Por cuánto supone usted que podré venderla?

Weiss se le quedó mirando.

—¿Una piedra? —Contempló el objeto que se le mostraba, un ovoide feo y grisáceo—. No debería haber hecho eso, Drake. Estaba estrictamente prohibido.

—Ya lo sé. Por eso le pregunté si podía guardar un secreto. Si usted pudiera firmarme algún papel que garantizara... ¿*Qué ocurre, doctor?*

En vez de responder, Weiss pudo sólo estremecerse y señalar con el dedo. Drake se acercó apresuradamente y observó con atención la piedrecilla. Estaba igual que antes...

Excepto que ahora la luz caía de plano sobre uno de sus ángulos y mostraba dos pequeñas manchas verdes. Parecían muy juntas; eran lunares de pelos verdes.

* * *

Se encontraba molesto. Sin lugar a dudas, la nave estaba en el ambiente. ¿Cómo podía ser? Todavía no había hecho nada. ¿Acaso había a bordo algún otro fragmento del planeta madre que había olvidado tomar precauciones? Aquello era imposible, él tendría que saberlo por fuerza. Su pensamiento sondeó la nave con intensidad, pero sin el menor éxito.

Y luego la sospecha disminuyó, aunque no quedó enterrada del todo. Uno de los agudopensantes todavía se estaba haciendo preguntas y caminaba muy cerca de la verdad.

¿Cuánto faltaría para aterrizar? ¿Estaría privado de totalidad un mundo entero de fragmentos de vida? Se ajustó todavía más a los extremos del alambre que intentaba emular a la perfección, sintiéndose atemorizado por su localización hipotética, lleno

de miedo ante su misión altruista.

* * *

El doctor Weiss se había encerrado en su habitación. Ya se encontraban dentro del sistema solar y en tres horas podrían aterrizar. Tenía que pensar. Disponía de tres horas para decidirse.

Naturalmente, la maldita «piedrecilla» de Drake, aunque estaba muerta, había formado parte de la vida organizada del planeta Saybrook. Estaba muerta cuando la vio por primera vez, pero, si no lo había estado entonces, con seguridad lo estuvo después de pasar por el motor hiperatómico que la convirtió en papilla. Y los cultivos de bacterias todavía mostraban normalidad cuando Weiss corrió ansiosamente a comprobarlos.

No era esto lo que ahora preocupaba a Weiss.

Drake había recogido la «piedrecilla» durante las últimas horas de estancia en el planeta Saybrook, *después* del fallo de la barrera. ¿Y si el fallo de la barrera hubiera sido el resultado de una lenta y pertinaz presión por parte del ser del planeta? ¿Y si algunas partes del ser estuvieran preparadas para la invasión durante el cese de la barrera? Si la «piedrecilla» hubiera sido excesivamente lenta y se hubiera quedado a mitad de camino al restablecerse el funcionamiento de la barrera, entonces habría sido muerta. Y allí debió permanecer para que Drake pudiera verla y cogerla.

Era una «piedrecilla», no una forma de vida natural. Aunque, ¿significaba eso que no fuera *una* clase de forma viva? Podía haber sido una producción deliberada del organismo singular del planeta... una criatura diseñada a propósito para parecer una piedrecilla, inofensiva en apariencia, libre de sospecha. Camuflaje, por decirlo en otras palabras: una espantosa y acertada forma de camuflaje.

¿Había alguna otra criatura camuflada con tanta fortuna, mimetizada bajo cualquier inobservable apariencia, que, habiendo cruzado la barrera *antes* que ésta fuera restablecida, hubiera abordado la nave bajo los designios de la totalidad del planeta? ¿Tendría la fortuita apariencia de un pisapapeles? ¿De algún ornamental aditamento de la barroca silla del capitán? ¿Podían aventurarse a seguir por toda la nave la pista de los lunares verdes, incluso entre los microbios?

¿Y por qué el camuflaje? ¿Intentó pasar inadvertido por un tiempo? ¿Por qué? ¿Para aguardar de aquella forma el aterrizaje en la Tierra?

Una infección *después del aterrizaje* no podría ser subsanada mediante la destrucción de una nave. Las bacterias de la Tierra, el moho, los fermentos, los protozoos, serían los primeros. En el curso de un año, los retoños no humanos se habrían extendido hasta alcanzar billones.

Weiss cerró los ojos y musitó para sí mismo que sin duda estaba exagerando. Las enfermedades desaparecerían, pues ninguna bacteria se multiplicaría a expensas de su huésped, antes bien, le sería entregada a éste su parte de lo que racionalmente podría

aprovecharse. No habría más superpoblación; las hordas de necesitados declinarían hasta ajustarse a los alimentos existentes. Y nunca más habría guerras, ni crímenes, ni avaricia.

Pero tampoco se salvaría la individualidad.

La humanidad encontraría su salvaguardia en un perfecto mecanismo biológico. Un hombre tendría por hermano a un germen o a una célula hepática.

Se irguió. Tenía que hablar con el capitán Loring. Enviarían un informe a la Tierra y volarían la nave, tal como Saybrook había hecho en una circunstancia semejante.

Se sentó nuevamente. Saybrook había poseído pruebas, mientras que él tan sólo disponía de vagas conjeturas, fruto del terror provocado ante el ambiguo espectáculo de dos manchitas verdes en la superficie de una piedra. ¿Tenía derecho a causar la muerte de doscientos hombres en nombre de tan débil sospecha?

¡Tenía que *pensar*!

* * *

Se sentía inquieto. ¿Por qué esperar? Podía llegar perfectamente a los que ahora se encontraban a bordo. ¡Ahora mismo!

Sin embargo, la parte más lúcida y racional de sí mismo le dijo que no podía hacerlo. Los diminutos multiplicadores de la oscuridad traicionarían su nuevo status en quince minutos, y este dato no escaparía a la atenta vigilancia de que era objeto por parte de los agudopensantes. Ni siquiera el encontrarse a una milla de la superficie del planeta Tierra desdecía el riesgo de la precipitación, puesto que les quedaba el recurso de destruirse a sí mismos y a la nave en pleno espacio.

Mejor esperar a que los conductos de aire fueran abiertos, permitiendo la entrada del aire planetario y sus millones de diminutos multiplicadores. Mejor acogerlos en la hermandad de la vida unificada y dejarles revolotear libremente de nuevo para difundir el mensaje.

Entonces se podría realizar. ¡Otro mundo organizado y completo!

Esperó. Escuchó el zumbido de los mecanismos que trabajaban eficazmente en el control de caída de la nave; el estremecimiento al contacto con la superficie del planeta, después...

Captó el júbilo de los agudopensantes en su área de recepción y sus propios pensamientos, de un regocijo no menor, constituyeron una especie de respuesta. Pronto tendrían que prepararse para el ensayo de otra alegría. Quizá no todos aquellos fragmentos en concreto, sino los fragmentos que luego crecerían a partir de los depositarios de la continuación de la vida.

Los conductos de aire estaban a punto de ser abiertos...

Entonces cesó todo pensamiento.

«Condenación, algo está fallando *ahora*», pensó Jerry Thorn.

—Dispense —dijo el capitán Loring—. Pero parece que hay alguna desconexión importante. Los conductos no quieren abrirse.

—¿Está usted seguro, Thorn? Las luces sí funcionan.

—Sí, señor. Lo estamos comprobando.

Se dio la vuelta y se reunió con Roger Oldenn junto a los alambrados conductos de aire.

—¿Qué es lo que no va bien?

—Dame una oportunidad, ¿quieres, majo? —Las manos de Oldenn trabajaban con empeño. Luego dijo—: ¡Por mi madre, hay un boquete de seis pulgadas en el conductor de veinte amperios!

—¿Qué? ¡Eso es imposible!

Oldenn sostenía los alambres rotos por los afilados extremos, limpiamente aserrados.

El doctor Weiss se les acercó. Estaba ojeroso y su aliento atufaba a brandy.

—¿Qué pasa? —dijo con voz ronca.

Se lo dijeron. Al fondo del compartimento, en un rincón, podía verse el segmento que faltaba.

Weiss se inclinó para observarlo. Era un pequeño objeto negro sobre el piso del compartimento. Lo movió con un dedo y éste quedó ligeramente tiznado. Se lo frotó inconscientemente.

Sin duda, era lo que había estado en lugar del segmento de alambre. Algo que había estado vivo y que había pasado por un pedazo de metal. Y que, al cerrarse los circuitos eléctricos que controlaban los conductos de aire, no había podido evitar quemarse, morir y carbonizarse en una mínima fracción de segundo.

—¿Cómo están las bacterias? —dijo.

Uno de los presentes fue a comprobarlo, regresó y dijo:

—Perfectamente, doctor.

Mientras tanto, los alambres habían sido otra vez unidos y los conductos abiertos. El doctor Weiss descendió al anárquico mundo que era la Tierra.

—Anarquía —dijo, riéndose por lo bajo—. Y así seguirá siendo.

HISTORIA BÉLICA

PRESENTACIÓN

En 1950, estalló la guerra de Corea y sobrevinieron tiempos de depresión, casi tan penosos como los actuales. No quiero ocultarles a ustedes que no soy nada entusiasta de lo que Otelo llamó «el orgullo, la pompa y el aparato de las gloriosas guerras».

La Segunda Guerra Mundial ha sido algo único. Una guerra que alimentó pocos escrúpulos idealistas. Una guerra en la que se luchaba contra el mal absoluto, al parecer, bastante más allá de la usual difamación del enemigo. Al menos, dio lugar a la esperanza de que, una vez acabada, el mundo se organizaría de forma tal que previera la posibilidad de otras guerras futuras.

La euforia de los días inmediatos al final de la catástrofe y de las disposiciones de las Naciones Unidas no duró mucho y la guerra de Corea dio al traste con la aurora de las grandes esperanzas.

Ustedes deben pensar que los escritores de ciencia ficción estábamos la mar de bien. Que recurriamos a nuestro habitual «escapismo». Podíamos largarnos al espacio exterior, dejando atrás la Tierra y sus problemas cotidianos. Pero escapar no es tan fácil. El divorciarse de la realidad es más difícil de lo que ustedes piensan, y cuando, en los días de Corea, me marché en mi nave espacial hacia las vacías distancias entre las estrellas... ¿qué encontré allí? Una guerra interestelar, una batalla por una nave espacial.

¡No podía escaparme!

Algo más, sin embargo. Antes de los días de la televisión, hubo algo llamado radio, y en la década de los cuarenta y también en la de los cincuenta, teníamos ciencia ficción en ella. La radio no tenía el problema de los complicados y costosos aparatos que la televisión requiere para pretender dar una mongólica semblanza, más o menos realista, de la ciencia ficción. Puede dar efectos sonoros, y los sonidos apropiados pueden provocar buenos efectos conjuntamente con la imagen visual elegida.

Los programas que emitían —Two Thousand Plus y Dimension X— no eran, desgraciadamente, financiados como debían haberlo sido, pero, mientras estuvieron en el aire, me fueron intensamente satisfactorios. Es más, radiaron no menos de tres de mis historias. Una, cómo no, fue Anochecer y otra Historia bélica.

En la versión radiofónica de Historia bélica. Mullen fue interpretado por un actor de voz característica: seca, contenida, exenta de emociones, ordenada. Exactamente la voz de Mullen. Cuando llegó la televisión, encontré aquella voz, le emparejé la cara y resultó ser como Mullen.

Es tan placentero, cada vez que lo veo, poder decir, a despecho de la estatura del hombre, que Mullen existe. Mullen es el único de todos mis personajes que he podido ver encarnado y he intentado desde siempre no saber el verdadero nombre del actor. Quiero que para mí siga siendo Mullen.

El desarrollo de la batalla podía oírse, incluso, desde el interior de la cabina donde habían sido confinados el coronel Anthony Windham y los otros pasajeros. Durante un rato, sólo imperó el silencio, lo que evidenciaba que las naves espaciales estaban tomando astronómica distancia en un duelo de chorros energéticos y poderosos campos de fuerza defensivos.

El coronel sabía que aquello no podía tener más que un final. La nave terrícola era sólo un transbordador acorazado de mercancías y la vista momentánea del enemigo Kloro, ratificado por las indicaciones de la tripulación de cubierta, había terminado en la certeza de que se trataba de un crucero.

En menos de media hora, tuvieron lugar aquellas pequeñas conmociones que había estado aguardando. Los pasajeros fueron lanzados bruscamente hacia atrás y hacia delante mientras la nave cabeceaba y viraba, como un transatlántico en mitad de una tormenta. Y, sin embargo, el espacio estaba silencioso y en calma. Se trataba del piloto que lanzaba descargas de vapor por los tubos de escape, poniendo en peligro el equilibrio de la nave. Esto significaba que lo inevitable había ocurrido. Las pantallas de la nave terrícola habían sido drenadas y ya no resistirían un impacto directo.

El coronel Windham intentó ponerse en pie ayudándose con su bastón de aluminio. Pensó que ya era un hombre viejo; que había malgastado su vida en el ejército sin haber visto nunca una batalla; que ahora, con una batalla servida en bandeja, se sentía viejo, gordo, cojo, y sin ningún hombre bajo su mando.

Pronto, los monstruosos Kloro estarían a bordo. Era su forma de lucha. Se verían obstaculizados por sus trajes espaciales y las bajas serían muchas, pues aquéllos deseaban la nave terrícola. Windham pensó en los pasajeros. Por un momento, pasó por su mente: *Si estuvieran armados y yo pudiera dirigirlos...*

Abandonó la idea. Porter estaba muerto de miedo y el muchacho, Leblanc, no lo pasaba mejor. Los hermanos Polyorketes —condenación, *no podía* ponerlos aparte—, acurrucados en un rincón, se limitaban a hablar entre sí. Mullen era diferente. Permanecía sentado, completamente erguido, sin el menor signo de miedo o cualquier otra emoción en el rostro. Pero medía cinco pies de estatura (un metro con cincuenta) y se veía a la legua que jamás había empuñado un arma en toda su vida. Nada podía hacer.

Luego estaba Stuart, con su media sonrisa y la eterna nota de sarcasmo con que saturaba todo cuanto decía. Windham lo contempló mientras Stuart permanecía sentado, con las cadavéricas manos sobre el rufo cabello. Con aquellas manos artificiales era completamente inútil.

Windham sintió la vibración del contacto entre las dos naves; cinco minutos después, escuchó el ruido de la lucha a través de los pasillos. Uno de los hermanos Polyorketes gritó y corrió hacia la puerta. El otro gritó:

—¡Arístides! ¡Espera! —y se lanzó detrás.

Sucedió muy rápidamente. Arístides cruzó el umbral y entró en el pasillo

corriendo desenfrenadamente, dominado por el pánico. Un rayo carbonizador estalló y ya no quedó ni siquiera un gemido. Windham, desde el umbral, se acercó horrorizado a lo que quedaba del hombre, apenas unos blanquecinos residuos. Era muy extraño: toda una vida con el uniforme a rastras y nunca había visto cómo moría un hombre por causas violentas. Recurrió a los demás para trasladar al otro hermano hasta el interior de la cabina. El ruido de la batalla cesó.

—Ya está —dijo Stuart—. Han dejado una tripulación de dos hombres a bordo y ahora nos trasladan a cualquiera de sus planetas. Naturalmente, somos prisioneros de guerra.

—¿Sólo dos Kloros permanecerán a bordo? —preguntó Windham, asombrado.

—Es su costumbre —dijo Stuart—. ¿Por qué lo pregunta, coronel? ¿Piensa acaso encabezar una rebelión y recuperar de nuevo la nave?

—Sólo quería saber por qué. —Windham hizo un aspaviento. Pero la dignidad y el tono autoritario que había intentado asumir le habían fallado. No era más que un viejo cojo.

Stuart estaba probablemente en lo cierto. Había vivido entre los Kloros y conocía sus hábitos.

* * *

John Stuart había insistido desde el comienzo que los Kloros eran caballeros. Habían transcurrido ya veinticuatro horas de confinamiento y de nuevo repetía su declaración mientras cruzaba las manos y contemplaba el aparecer y desaparecer de las arrugas sobre el tejido artificial.

Observó la reacción de disgusto que causaba en los demás. Las personas habían sido hechas para poder ser heridas; todas ellas eran como vejigas vivientes. Y tenían las manos de la misma estofa que sus cuerpos.

Reacción de disgusto de Anthony Windham en particular. Coronel Windham, como se llamaba a sí mismo, y que Stuart no negaba del todo. Un coronel retirado que, cuarenta años atrás, se había dedicado probablemente a la instrucción de cadetes en alguna verde campiña, pero con tal ausencia de distinciones que jamás había sido llamado al servicio activo, ni siquiera durante la emergencia de la primera guerra interestelar en la que la Tierra participara.

—Abandone esa lamentable actitud para con el enemigo, Stuart. Sepa que no me gusta su postura. —Windham pareció expulsar sus palabras a través de sus recortados bigotes. A imitación de la moda militar, llevaba la cabeza afeitada, aunque una pelusa gris comenzaba a manifestarse en torno a un calvo parche central. Sus mejillas arrugadas y flácidas le colgaban. Eso y las finas líneas rojas de su gorda nariz le conferían un no sé qué de apariencia inacabada, como la del que, por las mañanas, es despertado demasiado pronto y de repente.

—Absurdo —dijo Stuart—. Dele la vuelta a la situación. Suponga que una nave

de guerra de la Tierra captura un mercante de Kloro. ¿Qué cree usted que ocurriría con los civiles Kloros que estuvieran a bordo?

—Estoy seguro de que el flete terrícola respetaría todas las leyes de guerra interestelares —dijo Windham.

—Excepto las que no existen. Si dejáramos un servicio de vigilancia en una de las naves, ¿cree usted que nos tomaríamos la molestia de mantener una atmósfera clorada para beneficio de los supervivientes, que les permitiríamos conservar sus posesiones no cargadas por el contrabando, que les alojaríamos en la sala más confortable, etcétera, etcétera, etcétera?

—Oh, cállese, por el amor de Dios. Si vuelvo a oír su «etcétera, etcétera» una vez más, me volveré loco —dijo Ben Porter.

—¡Lo siento! —exclamó Stuart. Aunque no era cierto.

Porter apenas podía considerarse responsable. Su delgada cara y su prominente nariz se empañaron de transpiración. Se mordió la parte interna de sus mejillas hasta que el dolor le hizo sobresaltarse repentinamente. El bulto de su lengua apretada contra la parte mordida le confirió un aspecto de payaso todavía más pronunciado que de ordinario.

Stuart comenzaba a cansarse de hostigarles. Windham era demasiado débil como blanco y Porter nada podía hacer sino retorcerse. El resto permanecía en silencio. Demetrios Polyorketes estaba sumido en un mundo de mutismo interior. Lo más probable es que no hubiera pegado ojo la noche anterior. Cuando Stuart se despertó para cambiar de postura —él mismo se sentía bastante agotado—, había escuchado el murmullo del gordo Polyorketes, que estaba en el catre de al lado. Dijo muchas cosas, pero siempre terminaba con la misma cantinela: «Oh, hermano mío».

Ahora se había sentado sobre el catre y sus enrojecidos ojos iban de unos prisioneros a otros. Cuando Stuart le miró, se llevó sus callosas manos a la cara y sólo alborotados mechones de pelo quedaron visibles. Se meció suavemente, aunque, ahora que todos estaban despiertos, no entonó ningún canto.

Claude Leblanc intentaba infructuosamente leer una carta. Era el más joven de los seis, apenas acababa de salir del colegio y volvía a la Tierra para contraer matrimonio. Stuart le había encontrado aquella mañana llorando en silencio, pálido, agitado y tembloroso, igual que un niño contrariado. Era un muchacho hermoso, casi con la belleza de una doncella de grandes ojos azules y labios carnosos. Stuart se preguntó qué clase de chica había aceptado ser su esposa. Había visto su retrato. ¿Quién no lo había visto en la nave? Poseía los distingos ambiguos que convierten en bella la foto de toda novia. Sin embargo, a Stuart le parecía que, caso de ser él una chica, habría escogido algo más masculino.

Sólo quedaba Randolph Mullen. Francamente, Stuart no tenía la menor idea de lo que iba a hacer con él. Era el único de los seis que había permanecido algún tiempo en los mundos de Arturo. El mismo Stuart, por ejemplo, sólo había estado el tiempo necesario para realizar una serie de lecturas sobre ingeniería astronáutica en una

escuela de provincias. El coronel Windham había estado en una gira turística; Porter había intentado comprar allí extraños vegetales concentrados para sus fábricas conserveras de la Tierra; y los hermanos Polyorketes habían intentado establecerse como granjeros que, tras dos fértiles cosechas, se deshacen de ellas y retornan a casa.

Randolph Mullen, sin embargo, había permanecido en el sistema de Arturo durante diecisiete años. ¿Cómo habían descubierto los viajeros tantas cosas, y tan rápidamente, el uno del otro? Por lo que Stuart sabía, el hombrecillo apenas había abierto la boca a bordo de la nave. Era impecablemente cortés, se apartaba siempre para ceder el paso al otro, pero todo su vocabulario parecía consistir en una alternancia entre «Gracias» y «Perdón». El uso restringido de estas palabras apuntaba a conjeturar que se trataba de su primer viaje a la Tierra después de diecisiete años.

Era un hombre pequeño, muy comedido, casi irritante en este detalle. Tras levantarse aquella mañana, había hecho su cama pulcramente, se había afeitado, bañado y vestido. El hábito contraído con los años no parecía tener que interrumpirse por el hecho de ser ahora prisionero de los Kloros. No era intransigente en esto, había que admitirlo, y no daba la impresión de desaprobación la negligencia o franca marranería de los otros. Se limitaba a permanecer sentado, casi excusándose, vestido con su ropa ultraconservadora y con las manos unidas sobre el regazo. La delgada línea de pelo que cubría su labio superior, lejos de dar carácter a su cara, incrementaba absurdamente su cursilería.

Se aproximaba a lo que podría ser la caricatura de un tenedor de libros. Y lo más curioso de todo, pensó Stuart, era que no se trataba de otra cosa. Lo había advertido en el registro: Randolph Mullen; profesión, tenedor de libros; lugar de trabajo, Prime Paper Box Co.; Avenida Tobías, 27, Nueva Varsovia, Arturo II.

* * *

—¿Mr. Stuart?

Stuart alzó la vista. Era Leblanc con su labio inferior tembloroso. Stuart intentó recordar los requisitos de la amabilidad.

—¿Qué ocurre, Leblanc? —dijo.

—Dígame, ¿cuándo nos dejarán marchar?

—¿Cómo voy a saberlo yo?

—Todos dicen que usted vivió en un planeta de Kloro y usted mismo nos afirmó hace poco que eran unos caballeros.

—Bueno, sí. Pero hasta los caballeros hacen las guerras para ganarlas. Probablemente, permaneceremos prisioneros mientras dure.

—¡Pero eso puede llevar *años*! Margaret está esperándome. ¡Pensaré que he muerto!

—Supongo que nos permitirán enviar algún mensaje una vez que hayamos llegado a su planeta.

La voz ronca de Porter sonó con agitación:

—Mire, ya que usted sabe tanto de estos maricas, ¿qué nos harán mientras seamos sus prisioneros? ¿Qué nos darán para comer? ¿De dónde sacarán oxígeno para nosotros? Nos matarán, se lo digo yo. —Luego, como una acotación—: También yo tengo una esposa que me está esperando —añadió.

Pero Stuart había estado oyéndole hablar de su mujer desde los días que precedieron al ataque. Ya no era tan impresionante. Los dedos de Porter rozaron en la conversación la manga de Stuart y éste no pudo reprimir un sentimiento de cortante revulsión. No pudo soportar aquellas horrendas manos. Le irritaba hasta la desesperación que tales monstruosidades pudieran ser reales, mientras sus propias manos, blancas y perfectamente delineadas, eran imitaciones de plástico manufacturado.

—No nos matarán —dijo—. Si tuvieran tal propósito, ya lo habrían hecho antes. Mire, también nosotros hemos capturado Kloros, y es cosa de sentido común tratar a los prisioneros decentemente para que el enemigo devuelva el favor. Se portarán lo mejor que puedan. La comida puede que no sea muy buena, pero será mejor que la caca química que tenemos nosotros. Saben muy bien los factores alimenticios que necesitamos y cuántas calorías se nos debe suministrar. Viviremos. Harán lo posible para que vivamos.

—Usted me va pareciendo cada vez más —saltó Windham— un novato simpatizante, Stuart. Me revuelve el estómago oír cómo un terrícola habla de esos verdosos compadres en la forma que lo está haciendo usted. ¡Por todos los diablos! ¿Dónde está su lealtad?

—Mi lealtad está donde debe estar. Con honestidad y decencia, sin parar mientes en la forma que tengan esos seres. —Stuart alzó las manos—. ¿Las ve? Los Kloros las hicieron. Estuve viviendo seis meses en uno de sus planetas. Mis manos fueron destrozadas por la maquinaria acondicionadora de mi propia vivienda. Pensé que el suministro de oxígeno que me proporcionaba era más bien escaso e intenté reparar la maquinaria por mí mismo. Fue culpa mía. No se debe jugar con los aparatos de otras culturas. Por aquel entonces, un Kloro acabó de componer un traje oxigenado para mí, pero ya era tarde para salvar mis manos.

»Fabricaron para mí estos objetos de plasma artificial y me operaron. ¿Saben lo que eso significa? Significa diseñar instrumentos y soluciones nutritivas que funcionen en una atmósfera de oxígeno. Significa que sus cirujanos debieron practicar una delicada operación vestidos con trajes atmosféricos. Así pude recuperar mis manos. —Rió secamente y las cerró formando débiles puños—. Manos...

—¿Y por eso ha vendido usted su lealtad para con la Tierra? —dijo Windham.

—¿Vender mi lealtad? Usted está loco. Durante años odié a los Kloros por esto. Antes de que esto ocurriera yo era piloto jefe en las Líneas Espaciales Trans-Galácticas. ¿Qué tengo ahora? Trabajo de despacho y, ocasionalmente, conferencias. Me llevó mucho tiempo asimilar la culpa, admitir que sólo yo había sido responsable

y que la actitud de los Kloros había sido intachable. Ellos poseen su propio código ético, y es tan bueno como pueda serlo el nuestro. Si no fuera por la estupidez de algunos de los suyos y también de algunos de los nuestros no estaríamos en guerra. Y después...

Polyorketes se había puesto en pie. Sus gordos dedos se curvaron hacia dentro. Sus ojos negros brillaban.

—No me gusta lo que usted dice, señor.

—¿Por qué?

—Porque usted habla demasiado bien de esos condenados hijos de puta de color verde. Los Kloros fueron buenos con usted, ¿eh? Pues bien, no fueron tan buenos con mi hermano. Le mataron. Deseo que le maten también a usted, maldito espía verde.

Y se abalanzó contra él.

Stuart apenas tuvo tiempo de levantar los brazos para interponerlos ante el furioso granjero.

—¡Qué mierda...! —gruñó y cogió una muñeca del otro, alzó un hombro para bloquearlo y lo detuvo a mitad de camino hacia su garganta.

Su mano de plasma artificial se soltó. Polyorketes quedó libre con apenas un esfuerzo.

Windham bramaba incoherentemente y Leblanc gritaba con su voz aflautada «Detenedlos, detenedlos». Pero fue el pequeño Mullen quien cogió al granjero por el cuello, empujándolo hacia atrás con todas sus fuerzas. No fue muy efectivo. Polyorketes apenas pareció advertir el peso del hombrecillo sobre su espalda. El pie izquierdo de Mullen perdió suelo y comenzó a balancearse de derecha a izquierda. Sin embargo, no soltó a Polyorketes y lo sujetó lo bastante como para permitir a Stuart liberarse y esgrimir el bastón de aluminio de Windham.

—Se acabó, Polyorketes —dijo.

Respiraba agitadamente y temía otro ataque. El hueco cilindro de aluminio no era de gran ayuda, pero por lo menos era mejor que el servicio que le prestaban sus débiles manos.

Mullen había soltado su presa y se removía con cautela. Su respiración era agitada y su chaqueta denotaba el desorden de la violencia.

Polyorketes no se movió durante unos momentos. Inmóvil, en pie, con la peluda testa inclinada. Dijo entonces:

—Al cuerno, Stuart. Tengo que matar Kloros. Y usted me los ha recordado. Si hubiera seguido hablando de ellos un poco más, le habría causado algún serio disgusto. Un verdadero disgusto.

Stuart se pasó un antebrazo por la frente y dejó el bastón junto a Windham, que lo cogió con la mano izquierda, mientras con la derecha, pañuelo en ristre, limpiaba su coronilla completamente calva.

—Caballeros —dijo Windham—, debemos evitar esto. Mina nuestro prestigio. Debemos recordar que tenemos un enemigo común. Somos terrícolas y debemos

actuar como lo que somos: la reserva espiritual de la Galaxia. Detengamos nuestras rencillas, al menos hasta haberlas resuelto con estas criaturas.

—Sí, coronel —dijo Stuart con tono cansado—. Pero deje para mañana el resto de la conferencia. —Se volvió a Mullen—: Debo darle las gracias.

No le gustaba hacerlo, pero no tenía más remedio. El pequeño incidente le había sorprendido por completo.

Entonces, Mullen, susurrando con voz seca, dijo:

—No me lo agradezca, Mr. Stuart. Hice lo que había que hacer. Si vamos a permanecer prisioneros, necesitaremos a un intérprete, a alguien capaz de entenderse con los Kloros.

Stuart se quedó de piedra. Pensó que era demasiado para el modo habitual de pensar de un tenedor de libros. Demasiado lógico, demasiado seco de juicio. Riesgos presentes y cálculo de probabilidades. El debe y el haber sobriamente medidos. ¿Habría saltado Mullen en su defensa en otras circunstancias, por... pura y desinteresada honradez?

Stuart rió para sí mismo. Comenzaba a contemplar el idealismo de los seres humanos, mal que bien, como un fruto de impulsos egocentristas.

* * *

Polyorketes se sentía entumecido. El dolor y la rabia eran como ácido en su interior, desprovisto de palabras para emerger. Si él fuera Stuart, el bocazas Stuart de manos blancas, podría hablar y hablar y quizá sentirse mejor. En vez de eso, tenía que permanecer allí sentado con la mitad de sí mismo muerta; sin hermano, sin Arístides...

Había ocurrido tan rápidamente. Si se hubiera vuelto con más presteza, si hubiera estado un poco más atento, habría atrapado a Arístides, conteniéndole y salvándole.

Pero, por encima de todo, odiaba a los Kloros. Dos meses atrás, había oído hablar enconadamente de ellos y ahora les odiaba más enconadamente si cabe, tanto que se sentiría contento de poder matar a unos cuantos.

—¿Qué pasó para que esta guerra comenzara? —dijo de súbito, sin levantar la cabeza.

Temió que fuera la voz de Stuart la que respondiera. Detestaba la voz de Stuart. En cambio, fue Windham el calvo, el cojo, el cojicalvo.

—La causa inmediata, señor —dijo—, fue una disputa sobre concesiones mineras en el sistema Wyandotte. Los Kloros se habían introducido ilegalmente en propiedades terrícolas.

—¡Contraste de pareceres, coronel, concurrencia de criterios!

Polyorketes levantó la vista gruñendo. Stuart no podía estarse quieto ni un momento. Otra vez le daba a la lengua; el sabihondo, manocapón, Stuart-Salomón y la reina de Saba-Kloro.

—¿Es eso motivo para pelear, coronel? —estaba diciendo Stuart—. No podemos utilizar un mundo que pertenece a otros. Sus planetas clorados son inútiles para nosotros y nuestros planetas oxigenados inútiles para ellos. El cloro es mortal para nosotros, el oxígeno es mortal para ellos. No hay razón por la que tengamos que permanecer en eterna discordia. Nuestras razas no coinciden. ¿Hay alguna razón justificable para luchar por la extracción de un hierro procedente de uno de los planetoides sin atmósfera, cuando los hay por millones en la Galaxia?

—Es una cuestión de honor planetario... —dijo Windham.

—Fecundador planetario. ¿Cómo puede eso servir de excusa ante una guerra tan ridícula como ésta? Un asunto así se debate diplomáticamente. Ni los Kloros, ni nosotros ganaremos nada.

Todos se sorprendieron, Polyorketes advirtió que coincidía con Stuart. ¿Qué les importaba a él y a Arístides el lugar de donde la Tierra o los Kloros extrajeran su hierro?

¿Era aquello razón para que Arístides tuviera que morir?

El zumbido de la pequeña alarma sonó.

Polyorketes enderezó la cabeza y, con la boca contraída, se levantó lentamente. Sólo una cosa podía estar a la puerta. Esperó con los brazos tensos, los puños cerrados. Stuart se le acercó. Polyorketes le vio y se rió para sí. Que entraran los Kloros, y ni Stuart ni nadie podría detenerlo.

«Aguarda, Arístides, aguarda un momento y al menos una pequeña parte de venganza te será cumplimentada.»

La puerta se abrió y entró una silueta completamente cubierta por un informe traje espacial.

Una voz extraña, desnaturalizada, pero no del todo molesta, comenzó:

—Terrícolas, con un mal presentimiento, mi compañero y yo...

Se detuvo bruscamente, mientras Polyorketes, con un rugido, se lanzó. No hubo la menor estrategia en el ataque. Era el asalto de un toro, la negra cabeza baja, los poderosos brazos arqueados hacia delante, los peludos dedos en forma de garfio. Stuart salió despedido antes de que pudiera intervenir y fue a caer sobre un catre.

Sin que hubiera sido excesivo, el Kloro podría haber eludido el asalto de Polyorketes echándose a un lado o haberle detenido cortándole el paso con habilidad. Pero no hizo nada de esto. Con un rápido movimiento, su mano quedó armada y una rosada línea de radiaciones se situó entre ella y el lanzado terrícola. Polyorketes se detuvo y se curvó, mantuvo esta última posición inclinada con un pie levantado, y quedó como si una repentina parálisis le hubiera asaltado allí mismo. Cayó de costado y quedó inerte allí, con los ojos abiertos y lanzando miradas de rabia.

—Está paralizado temporalmente —dijo el Kloro, sin mostrarse ofendido por tan descortés recepción. Prosiguió—: Terrícolas, con un mal presentimiento, mi compañero y yo hemos advertido cierta tensión en esta sala. ¿Necesitan algo que podamos satisfacer?

Stuart, frotándose irritado la rodilla con la que había aterrizado sobre un madero del catre, contestó:

—No, gracias, Kloro.

—¿Cómo que no? —bramó Windham—. Escuche, esto ha sido un ultraje. Exigimos que nuestra liberación sea negociada.

La pequeña cabeza del Kloro, semejante a la de un insecto, se volvió hacia el viejo gordo. No constituía una visión agradable para nadie que no estuviera habituado. Tenía la estatura aproximada del terrícola común, pero el extremo superior de su cuerpo consistía en un delgado tallo que servía de cuello y en una cabeza que era simplemente una hinchazón. Tenía una probóscide triangular y dos ojos saltones en cada lado. Aquello era todo. Ni había receptáculo cerebral, ni siquiera cerebro. Lo que correspondía al cerebro de un Kloro estaba localizado en lo que para un terrícola sería el abdomen, abandonando la cabeza a la simple función sensoria. El traje espacial Kloro permitía ver un poco la cabeza, con los ojos expuestos a través de dos lípidos semicírculos de cristal, que aparecía verde a causa de la atmósfera clorídea de su interior.

Uno de los ojos encuadraba ahora a Windham, quien se sintió molesto bajo la mirada, pero que insistió:

—Ustedes no tienen derecho a tenernos prisioneros. No somos combatientes.

La voz del Kloro, completamente artificial, provenía de una pequeña lámina de cromo ubicada sobre lo que le servía de pecho. El receptáculo vocal era manipulado por aire comprimido bajo el control de uno o dos de los muy delicados y ahorquillados zarcillos que surgían de dos círculos de la parte superior de su cuerpo y que, afortunadamente, quedaban ocultos.

—¿Lo dice en serio, terrícola? —dijo la voz—. Sin duda ha oído usted hablar de la guerra, de las leyes de la guerra y de los prisioneros de guerra.

Miró a su alrededor, trasladando sus ojos con rápidos movimientos de cabeza, fijándose en los objetos primero con un ojo, luego con el otro. Stuart sabía que cada ojo transmitía un mensaje distinto al cerebro abdominal, que tenía que coordinar ambos mensajes a fin de obtener una información completa.

Ni Windham, ni nadie, tuvo nada que decir. El Kloro, con sus cuatro miembros mayores, brazos y piernas unidas a pares, tenía una vaga apariencia humana bajo el disfraz del traje espacial, sobre todo, si se evitaba mirar más arriba del pecho, aunque no había forma de expresar lo que uno sentía ante tal espectáculo.

Le vieron darse la vuelta y abandonar la estancia.

* * *

Porter tosió y dijo con voz ahogada:

—¡Dios, apesta a cloro! Si no hacen algo, moriremos con los pulmones destrozados.

—Cállese —dijo Stuart—. Ni siquiera hay en el aire el cloro suficiente para atontar a un mosquito, y el que hay será barrido en dos minutos. Además, el cloro que pueda haber es bueno para usted. Le matará los virus del resfriado.

—Stuart —dijo Windham, tosiendo a su vez—, creo que debiera haber dicho usted algo a su amigo Kloro acerca de nuestra liberación. Su temeridad deja mucho que desear en ese sentido.

—Usted ha oído lo que dijo la criatura, coronel. Somos prisioneros de guerra, y el cambio de prisioneros es negociación pertinente a los diplomáticos. Sólo nos queda esperar.

Leblanc, que se había puesto más blanco desde que entrara el Kloro, corrió al lavabo, donde se escuchó ruido de vómito.

Mientras Stuart apelaba a su imaginación para decir cualquier cosa que ocultara aquel ruido tan desagradable, se produjo un silencio desasosegado. Mullen lo llenó. Había cogido una cajita de debajo de su almohada.

—Mr. Leblanc, quizás haga usted bien en tomar un sedante antes de retirarse. Yo tengo unos pocos. Me sentiría muy honrado si me aceptara uno. —Inmediatamente explicó su generosidad—: Por otra parte, también nosotros estaremos más tranquilos.

—Muy lógico —dijo secamente Stuart—. Hará bien en guardar uno para este Fierabrás de Alejandría; guarde media docena. —Caminó hacia donde Polyorketes yacía todavía rígido y se arrodilló a su lado—: ¿Confortable, muchacho?

—Repruebo el escaso gusto que manifiesta al hablar así, Stuart —dijo Windham.

—Bueno, si se siente aludido, ¿por qué usted y Porter no le meten en su catre?

No obstante, les ayudó a trasladarle. Los brazos de Polyorketes estaban temblorosos. Por lo que Stuart sabía acerca de las armas neuríticas de los Kloros, el tipo debería estar ahora en una agonía de pinchazos y ansiedades.

—Y no sean demasiado amables con él —añadió Stuart—. El condenado loco estuvo a punto de conseguir que nos mataran a todos. Y a fin de cuentas, ¿para qué?

Empujó al inerte Polyorketes a un lado y se sentó al borde del catre.

—¿Puede oírme, Polyorketes? —dijo.

Los ojos de Polyorketes brillaron. Un brazo inició el ascenso, pero cayó inmediatamente muerto.

—Perfecto. Escuche entonces. No vuelva a intentar nada parecido. La próxima vez puede acarreamos la muerte. Si usted hubiera sido un Kloro y él un terrícola, nosotros estaríamos muertos ahora. Métasele esto en la cabeza. Sentimos mucho lo de su hermano y comprendemos que fue lamentable, pero la culpa fue sólo nuestra.

Polyorketes intentó erguirse y Stuart le empujó hacia abajo.

—No, siga escuchándome —añadió—. Quizá sea ésta la única ocasión en que yo tengo que hablarle y usted *tiene* que escucharme. Su hermano no tenía derecho a abandonar la sala de pasajeros. No había razón para que saliera. Se lanzó hacia donde estaban nuestros hombres. Pero ni siquiera sabemos si fue un arma Kloro lo que le mató. Pudo haber sido una de las nuestras.

—Eh, eh, oiga, Stuart —objetó Windham.

—¿Tiene usted pruebas de que no fuera así? —dijo Stuart, volviéndose hacia él—. ¿Vio usted el disparo? ¿Puede usted decirme si lo que redujo su cuerpo fue energía Kloro o energía terrícola?

Polyorketes pudo articular su voz, forzando la lengua en un deletreo pesado y difícil.

—Condenado hijo de puta verde.

—¿Yo? —dijo Stuart—. Sé lo que tiene en la cabeza, Polyorketes. Piensa que cuando desaparezca su parálisis, le será fácil darme a conocer sus delicados sentimientos. Bien, si usted lo hace así, caerá el telón para todos nosotros.

Se levantó y apoyó la espalda contra la pared. Por un momento se encontró con que todos estaban enfrentados a él.

—Ninguno de ustedes conoce a los Kloros como yo. Las diferencias físicas que han visto no son importantes. Pero sí las diferencias de temperamento. Ellos no entienden nuestros puntos de vista sobre el sexo, por ejemplo. Para ellos es un reflejo biológico, como el respirar. No le conceden importancia. Pero sí se la conceden a las relaciones sociales. Recuerden que sus antepasados tenían mucho en común con nuestros insectos. Siempre opinaron que ningún grupo terrícola obtendría ni siquiera un símil de unidad social.

»Eso lo es todo para ellos. No entendemos exactamente qué significa. Ningún terrícola puede entenderlo. Pero el caso es que ellos jamás destruyen un grupo, igual que nosotros nunca separamos una madre de su hijo, a menos que sea necesario. Si ahora nos tratan tan suavemente es porque imaginan que somos un grupo desmenuzado, pues uno de los nuestros ha sido muerto por ellos mismos y, por tanto, se sienten culpables.

»Esto es todo lo que hay que recordar. Tenemos que mantenernos juntos y cuidar nuestra unión mientras dure nuestro confinamiento. No me gusta la idea. No encajo muy bien con ninguno de ustedes como tampoco ninguno de ustedes encaja muy bien conmigo. Pero ha de ser así. Los Kloros nunca entenderán que nuestra unión en esta nave es puramente accidental.

«Eso significa que debemos mantener tal apariencia a toda costa. No es que vayamos a acaramelarnos hablándonos los unos a los otros como pajaritos en su nido de amor. Pero, ¿qué creen ustedes que habría ocurrido si el Kloro hubiera entrado antes y nos hubiera encontrado a Polyorketes y a mí intentando matarnos entre los dos? ¿No lo saben? Bien, ¿qué pensarían ustedes de una madre que les cazara a ustedes intentando liquidar a sus hijos?

»Éste es el caso. Nos habrían matado a todos, como si fuéramos un puñado de Kloros perversos y monstruosos. ¿Me siguen? ¿Qué opina al respecto, Polyorketes? ¿Lo ha entendido? Insultémonos, si tenemos ganas, pero usemos las manos para nuestro propio beneficio. Y ahora, si ninguno de ustedes se fija, me daré un masaje en la manos, estas manos sintéticas que me dieron los Kloros y que uno de mi propia

especie quiso despedazar de nuevo.

* * *

Lo peor había pasado para Claude Leblanc. Había estado muy enfermo, enfermo de muchas cosas, pero, sobre todo, por haber dejado la Tierra para siempre. Había sido algo grande haber estudiado fuera de la Tierra. Había sido una aventura que le había alejado de su madre. Como fuere, había sido maravilloso hacer aquella escapada tras el primer mes de batallador ajuste de cuentas.

Desde las vacaciones del verano, había dejado de ser Claude, el colegial de habla tímida, para convertirse en Leblanc, el viajero espacial. Sobrevaloraba fanfarronamente el hecho. Le hacía sentirse un hombre el poder hablar de las estrellas y de los saltos interestelares, de las costumbres y de los hábitos de otros mundos; le había dado prestigio frente a Margaret. Se había enamorado de él por los peligros que había corrido...

Sólo que la presente situación era la única peligrosa que realmente había atravesado jamás, y sin excesivo brillo por su parte. Lo sabía, sin embargo, y hubiera preferido parecerse a un tipo como Stuart.

Se sirvió de la excusa de la comida para acercarse a él.

—Mr. Stuart —dijo.

—¿Cómo se siente? —dijo el otro, tras levantar la vista.

Leblanc se sintió ruborizado. Se ruborizaba fácilmente y el esfuerzo por evitarlo le hacía sentirse peor.

—Mucho mejor, gracias —dijo—. Vamos a comer. Pensé que podía traerle su ración.

Stuart aceptó la lata que le ofrecía. Se trataba de la ración espacial estándar; completamente sintética, concentrada, nutritiva y, de un modo u otro, insuficiente. Una vez abierta la lata, ya estaba lista para comer, pues podía comerse fría en caso de necesidad. Aunque adjuntaba una cuchara-tenedor combinados, la ración era de tal consistencia que hacía de los dedos los utensilios más prácticos y nada despreciables por la higiene.

—¿Oyó usted mi pequeño discurso? —dijo Stuart.

—Sí, señor. Quiero que sepa que puede contar conmigo.

—Muy bien. Ahora, vayamos a comer.

—¿Podemos comer aquí?

—Como usted guste.

Durante un rato comieron en silencio. Luego, Leblanc estalló:

—¡Está usted tan seguro de sí, Mr. Stuart! ¡Debe ser maravilloso ser así!

—¿Seguro de mí? Gracias, pero su autoseguro está allí.

Leblanc sorprendido, siguió la dirección de la indicación que Stuart le había hecho con la cabeza.

—¿Mr. Mullen? ¿El pequeñito? ¡Oh, no!

—¿No cree que sea un hombre seguro de sí?

Leblanc negó con la cabeza. Miraba a Stuart esperando encontrar algún rasgo de humor en lo que estaba diciendo.

—Es un tipo frío. No hay la menor emoción en él. Es como una pequeña máquina. Lo encuentro repulsivo. Usted es diferente, Mr. Stuart. Lo lleva todo por dentro, pero es capaz de controlarse. Me gustaría ser así.

Como atraído por el magnetismo de la mención de aquel nombre, tal vez inaudito, Mullen se les unió. Su lata de ración apenas había sido tocada. Todavía humeaba cuando se puso de cuclillas frente a ellos.

Su voz era cualitativamente semejante al furtivo susurro de la maleza.

—¿Cuánto cree usted, Stuart, que durará el viaje?

—No podría decirle, Mullen. Sin duda, seguirán la ruta normal y realizarán más saltos al hiperespacio de lo corriente para evitar cualquier posible persecución. No me sorprendería que tardáramos una semana en llegar. ¿Por qué lo pregunta? Presumo que tiene usted alguna muy práctica y lógica razón.

—Oh, sí. Claro. —No pareció coquetear con el sarcasmo. Luego dijo—: Se me ha ocurrido que sería conveniente racionar la comida, al igual que las charlas.

—Tenemos comida y agua suficientes para un mes. Fue lo primero que comprobé.

—Ya. En ese caso, terminaré la lata. —Lo hizo utilizando el doble utensilio adjunto, pasándose de vez en cuando un pañuelo por los labios.

* * *

Dos horas más tarde, Polyorketes se sostenía en pie. Se tambaleaba ligeramente, como la puesta en escena de una aparición. No intentó acercarse a Stuart, pero habló desde donde se encontraba.

—Hediondo espía verde, mírate a ti mismo.

—Ya oyó lo que dije antes, Polyorketes.

—Lo oí. Pero también escuché lo que dijo sobre Arístides. No voy a molestarle con eso, porque usted no es más que un saco lleno de aire estrepitoso. Pero aguarde, algún día soplará usted en una cara y será demasiado para poder permitírselo.

—Esperaré —dijo Stuart.

Windham se acercó cojeando, inclinándose pesadamente sobre su bastón.

—Vaya, vaya —dijo con resollante jovialidad—. Todos somos terrícolas, condenación. Recordemos al menos eso; conservémoslo como una resplandeciente luz inspiradora. Nunca lo depongamos ante los malditos Kloros. Tenemos que olvidar las rencillas personales y recordar sólo que somos terrícolas unidos contra extraños devastadores.

El comentario de Stuart fue intranscribible.

Porter estaba erguido detrás de Windham. Durante una hora había permanecido en cerrada conferencia con el coronel de cabeza afeitada. Al hablar ahora, lo hizo con indignación.

—De nada nos servirán sus chulerías, Stuart. Escuche al coronel. Hemos estado cavilando largo rato sobre la situación.

—Muy bien, coronel —dijo Stuart—. ¿Qué es lo que han pensado?

—Prefiero que estén todos los hombres reunidos —dijo Windham.

—De acuerdo, llámelos.

Leblanc se acercó precipitadamente. Mullen se aproximó con excesiva deliberación.

—¿Quiere usted al compadre? —dijo Stuart, señalando a Polyorketes con la cabeza.

—Oh, sí. Mr. Polyorketes, ¿podemos tenerle con nosotros, viejo compadre?

—Ah, déjeme en paz.

—Ya lo ha visto —dijo Stuart—. Déjele en paz. Yo no le quiero.

—Nada, nada —dijo Windham—. Éste es asunto que concierne a todos los terrícolas. Mr. Polyorketes, debemos tenerlo con nosotros.

Polyorketes se arrimó a un lado de su catre.

—Ya estoy bastante cerca. Puedo oírle desde aquí.

—¿Cree usted —preguntó Windham a Stuart— que habrán puesto micrófonos en la sala? Me refiero a los Kloros.

—No —dijo Stuart—, ¿por qué iban a hacerlo?

—¿Está usted seguro?

—Claro que sí. No sabían lo que había ocurrido cuando Polyorketes me asaltó. Simplemente habían oído ruidos.

—Quizá intentaran dar la impresión de que la sala no estaba intervenida.

—Escuche, coronel, jamás conocí Kloro alguno que mintiera deliberadamente...

—El capullo meterruidos *ama* a los Kloros —interrumpió tranquilamente Polyorketes.

—No empecemos otra vez —dijo Windham con cansancio—. Mire, Stuart, Porter y yo hemos estado discutiendo unas cuantas cosas y hemos decidido que usted conoce lo bastante a los Kloros como para darnos alguna idea de cómo regresar a la Tierra.

—Pues se equivocaron de medio a medio. Yo no puedo proporcionar nada.

—Quizá haya alguna forma de quitarles la nave a los malditos compadres verdes —dijo Windham—. Debe haber algún punto débil. Condenación, usted sabe lo que quiero decir.

—Dígame, coronel, ¿qué persigue usted? ¿Salvar la propia piel o el bienestar de la Tierra?

—Disiento de esos términos. Debiera usted saber que, mientras cuide mi vida hasta donde me alcanza el derecho, siempre, en primer lugar, pensaré en la Tierra. Y

creo que eso vale para todos nosotros.

—Condenado derecho —dijo Porter instantáneamente. Leblanc parecía ansioso, Polyorketes resentido y Mullen carecía de expresión.

—Bueno —dijo Stuart—. Yo no creo que podamos hacernos con la nave. Ellos están armados y nosotros no. Ustedes saben por qué los Kloros tomaron intacta esta nave: porque necesitan naves. Podrán ser mejores químicos que los terrícolas, pero los terrícolas serán siempre mejores ingenieros astronáuticos. Tenemos mayores y mejores naves. De hecho, si nuestra tripulación hubiera respetado las normas militares, hubiera volado la nave tan pronto se hizo evidente que los Kloros iban a abordarla.

Leblanc pareció horrorizarse.

—¿Y asesinar a los pasajeros? —dijo.

—¿Por qué no? Usted ha oído lo que el bueno del coronel ha dicho. Cada uno de nosotros pone su propia y piojosa vida detrás de los intereses de la Tierra. ¿Qué representamos en este momento para la salud de la Tierra? Nada de nada. ¿Qué daño podrá causar esta nave en manos de los Kloros? Mucho, probablemente.

—¿Y por qué —preguntó Mullen— rehusaron nuestros hombres volar la nave? Sin duda, hubo una razón.

—Sin duda. Consta en la más firme tradición de los militares de la Tierra que nunca debe haber un índice desfavorable de bajas. Si hubiéramos volado la nave, veinte combatientes y siete civiles terrícolas habrían muerto, mientras que las bajas del enemigo se habrían reducido a cero. Pero, ¿qué ha ocurrido? Que les hemos permitido abordarnos, les hemos matado veintiocho (estoy seguro de que matamos al menos una cifra así) y les hemos dejado la nave.

—Habla y habla y habla —dijo Polyorketes.

—Hay una moral en esto —prosiguió Stuart—. A los Kloros no les podemos quitar la nave. Lo que *podemos* hacer es crearles problemas y tenerlos tan atareados que sus preocupaciones nos permitan desarticular las máquinas.

—¿Qué? —chilló Porter, mientras Windham abría los ojos de golpe.

—Desarticular las máquinas —repitió Stuart—. Eso inutilizaría la nave, claro, que es lo que queremos hacer, ¿no?

Los labios de Leblanc estaban blancos.

—No creo que dé resultado.

—No podemos estar seguros mientras no lo intentemos. ¿Y qué perdemos intentándolo?

—Nuestras vidas, ¡condenación! —gritó Porter—. ¡Enfermizo maníaco, usted está loco!

—Si soy maníaco —dijo Stuart— y además un enfermo, entonces, obviamente, estoy loco. Pero recuerde que si perdemos la vida, lo que es muy posible, no perdemos nada de valor para la Tierra; pero si inutilizamos la nave, lo que tal vez logremos, habremos hecho un beneficio a la Tierra. ¿Qué patriota dudaría? ¿Quién de

los presentes renunciaría a su mundo? —Miró a todos en medio del silencio—. Estoy seguro que usted no, coronel Windham.

Windham tosió con excesivo ruido.

—Mi querido señor, no es ésa la cuestión. Debe haber una forma de salvar la nave para la Tierra *sin* perder nuestras vidas, ¿eh?

—Perfecto. Díganos cuál es.

—No le demos más vueltas. Ahora hay tan sólo dos Kloros a bordo. Si uno de nosotros pudiera caer por sorpresa sobre ellos y...

—¿Cómo? El resto de la nave está inundado de cloro. Tenemos que llevar traje espacial. La gravedad en la parte de la nave que no nos corresponde está regulada para el nivel Kloro, de manera que, quienquiera sea el elegido, tendrá que avanzar lenta y pesadamente. Oh, claro que podría caer sobre ellos... como una mofeta intentando acercarse furtivamente con el viento a su espalda.

—Entonces moriremos de todos modos —dijo Porter con un trémolo en la voz—. Escuche, Windham, no hay que hacer ninguna desarticulación en la nave. Mi vida significa mucho para mí y si alguno de ustedes intenta algo parecido, avisaré a los Kloros. He dicho.

—Bien —dijo Stuart—, ya tenemos al héroe número uno.

—Yo quiero regresar a la Tierra, pero yo... —dijo Leblanc.

—No creo que nuestras posibilidades de destruir la nave —interrumpió Mullen— sean buenas, a menos que...

—Héroes números dos y tres. ¿Y usted, Polyorketes? ¿Acepta la oportunidad de matar a dos Kloros?

—Quiero matarlos con las manos desnudas —graznó el granjero, con los puños apretados—. Pero en su planeta mataré a docenas.

—Por ahora es una promesa de salvación nada despreciable. ¿Usted, coronel? ¿No quiere marchar conmigo hacia la gloria?

—Su actitud es muy cínica e impropia, Stuart. Es obvio que si el resto no está de acuerdo, su plan no tiene viabilidad.

—A menos que lo lleve a cabo por mí mismo, ¿no?

—Pero usted no quiere hacerlo, ¿me entiende? —dijo Porter de súbito.

—Maldito hombre sano y normal, yo sí quiero —asintió Stuart—. No intento ser un héroe. Soy tan sólo un patriota medio, completamente resuelto a no aceptar el planeta que ellos quieren imponerme a fin de desplazarme de la guerra.

* * *

—Bien, hay una forma de sorprender a los Kloros —dijo Mullen, pensativamente. La declaración habría caído en el vacío si no hubiera sido por Polyorketes. Le apuntó con su gordo dedo de uña negra y se echó a reír con violencia.

—¡Ah, don tenedor de libros!, don tenedor de libros es un bocazas escupepalabras

como el condenado espía verde de Stuart. Muy bien, don tenedor de libros, adelante. Venga con sus grandes discursos. Cague palabras como un culo de gigante cuyas posaderas suplieran el cráneo.

Luego se volvió hacia Stuart y añadió con saña:

—Culo por cabeza. Culo por cabeza y mano lisiada. Nada bueno puede hacer sino hablar.

La voz de Mullen no se hizo audible hasta que Polyorketes cesó de hablar. Pero entonces tomó cuerpo, dirigiéndose directamente a Stuart.

—Tenemos que alcanzarlos desde el exterior. Esta sala tiene una salida B, estoy seguro.

—¿Qué es una salida B? —preguntó Leblanc.

—Bien... —comenzó Mullen, deteniéndose sin saber por qué.

—Es un eufemismo, muchacho —dijo Stuart, en son de chanza—. El nombre completo es «salida de bajas». No suele hablarse de ello, pero casi todas las salas de cualquier nave la tienen. Es como un respiradero por el cual puede deslizarse un cadáver. Oficio espacial de difuntos. Con la tripulación inundada de sentimiento, las cabezas gachas y el capitán pronunciando un logorreico discurso, justo como esos que no gustan nada a Polyorketes.

—¿Usar eso para salir de la nave? —dijo Leblanc con la cara contraída.

—¿Por qué no? ¿Supersticioso?... Prosigue.

El hombrecillo había esperado pacientemente.

—Una vez fuera —dijo—, se puede volver a entrar por los tubos de escape de vapor. Puede hacerse... con un poco de suerte. Tendríamos de ese modo un inesperado visitante en la sala de control.

—¿Qué se figura usted que es el exterior? —Stuart lo miraba con curiosidad—. ¿Qué sabe *usted* de tubos de escape?

Mullen carraspeó.

—¿Lo dice porque me dedico a la teneduría de libros? Bien... —Pareció sonrojarse, se detuvo, aguardó unos segundos y luego prosiguió una vez recuperada su voz carente de tono y emociones—: Mi compañía, que manufactura cajas empapeladas de fantasía y envases de bisutería, patentó una especie de nave espacial que contenía caramelos para su parroquia infantil. Estaban diseñadas de manera que, si se estiraba de una cuerdecilla, la pequeña presión mantenida en su interior propulsaba el aire comprimido a través de unos tubos de escape de imitación, saliendo despedido el envase aéreo y desparramando caramelos en todas direcciones. Las teorías de venta aseguraron que los muchachos encontrarían muy excitante el poder jugar con la nave espacial, mientras educaban su paladar con los caramelos.

»Pero fue un fracaso. La nave se lanzaba contra la vajilla, destrozándola, y a menudo caía en picado sobre un ojo infantil. Claro, los niños ni se preocupaban de educar su paladar ante aquel cacharro incontrolado dentro de sus casas. Así que aborrecieron nuestros caramelos, nuestras naves y nuestros geniales inventos.

Perdimos miles.

»Sin embargo, mientras los envases estaban siendo diseñados, toda la plantilla se interesó en extremo. Era como un juego, pernicioso para la eficiencia y para el estado de ánimo de la plantilla. Durante un tiempo, todo el mundo fue un experto en tubos de escape. Yo mismo me leí unos cuantos libros sobre construcción de motores. Durante mi tiempo libre, claro.

—Sí, usted parece tener una idea —dijo Stuart, intrigado—, pero debe dar resultado si queremos conservar un héroe. Porque queremos, ¿no?

—¿Qué le parece si se propone usted mismo? —reclamó Porter con indignación—. No hace sino darnos la lata con su palabrería de tres al cuarto. Pero me he dado cuenta de que usted no se presenta voluntario para nada.

—He ahí por qué no soy un héroe, Porter. Lo admito. Mi objetivo es permanecer vivo, y deslizarse por los tubos de escape no es la forma más corriente de preservar la vida. Pero todos los demás son nobles patriotas. Así lo dijo el coronel. ¿Qué hay con usted, coronel? Usted es el héroe más veterano.

—Si yo fuera más joven —dijo Windham— y si tuviera usted sus manos como Dios manda, condenado sea, sentiría un gran placer dándole su merecido.

—No lo dudo, pero eso no es una respuesta.

—Usted sabe muy bien que a mi edad y con mi pierna... —llevó una mano bajo la rodilla de la pierna inútil—. No estoy en situación de hacer nada, aunque desearía poder hacer algo.

—Ah, claro —dijo Stuart—. Y yo tengo las manos lisiadas, según me ha dicho Polyorketes. Eso nos salva. Perfecto. A ver, ¿qué otras lamentables mutilaciones tiene el resto?

—Escuchen —gritó Porter—, quiero saber qué es todo esto. Primero, cómo puede meterse uno por los tubos de escape. Segundo, qué ocurriría si los Kloros los utilizan mientras uno está dentro de ellos.

—Ah, Porter, eso forma parte del riesgo deportivo. Es lo que le da su excitación característica.

—Pero puede uno quedar hervido como una langosta...

—Una hermosa imagen, pero inadecuada. El vapor no puede pasar durante mucho rato, a lo sumo uno o dos segundos, y el traje aislante resistiría sin duda. Aparte de eso, el problema es el siguiente: el chorro sobrevendría con intensa fuerza, a una velocidad aproximada de varios cientos de millas por minuto, de modo que uno saldría despedido de la nave y quedaría flotando a unas cuantas millas de distancia. Estará a salvo de los Kloros, aunque no podrá regresar a la nave.

—No conseguirá asustarme, Stuart —exclamó Porter.

—¿De veras? O sea, usted se está ofreciendo voluntario. ¿Ha pensado bien lo que significa quedar varado en el espacio exterior? Usted se encontrará en el vacío, rodeado por la nada. El chorro de vapor podrá dejarle dando vueltas a velocidades increíbles. Pero usted no podrá sentirlo. Le parecerá que está en la más completa

inmovilidad. Y las estrellas darán más y más vueltas, vertiginosamente, cuando, en realidad, estarán fijas como clavos. No se detendrán nunca. Ni siquiera querrán frenar sus revoluciones. Entonces su temperatura comenzará a enfriarse, su oxígeno comenzará a extinguirse y usted morirá muy lentamente. Tendrá aún mucho tiempo para pensar. O, si tiene verdadera prisa, podrá rasgar su traje espacial. No será nada agradable, sin embargo. He visto caras de hombres cuyos trajes se desgarraron accidentalmente y lo único que puedo decirle es que es espantoso. Pero será más rápido. Luego...

Porter se levantó y se puso a caminar.

Con rapidez, Stuart volvió a tomar la palabra:

—Otro fallo. Un acto de heroísmo se encuentra listo para ser rematado por el mejor postor que nada tiene que ofrecer ya.

Polyorketes habló ahora masticando las palabras:

—Ya está bien de cháchara, don bocazas. Deje de lanzar vientos por su culo craneal. Dentro de poco le patearemos la dentadura. Hay un chico que a mi parecer lo está deseando, ¿eh, Porter?

La mirada que lanzó Porter a Stuart confirmó la verdad del comentario de Polyorketes, aunque no dijo nada.

—¿Y usted, Polyorketes? Usted es el tipo de las manos desnudas, el hombre con agallas —dijo Stuart—. ¿Requiere mi ayuda para ponerse un traje espacial?

—Cuando quiera ayuda se la pediré.

—¿Usted, Leblanc?

El joven se encogió.

—¿No lo hará siquiera por volver con Margaret?

Pero Leblanc tan sólo pudo agitar su cabeza denegando.

—¿Mullen?

—Bien... Lo intentaré yo.

—¿Usted qué?

—He dicho que sí, que lo intentaré yo. Después de todo, es ocurrencia mía.

Stuart le miró atónito.

—¿Lo dice en serio? ¿Y por qué?

—Porque ningún otro quiere —dijo Mullen contrayendo los labios.

—Pero eso no es una razón. No, al menos para usted.

Mullen se encogió de hombros.

Sonó un golpe de bastón a espaldas de Stuart. Windham reclamaba atención.

—¿Lo va a intentar de veras, Mullen?

—Sí, coronel.

—En ese caso, condenación, permítame estrechar su mano. Me gusta usted. Usted es... es... un terrícola, voto a Dios. Hacerlo y ganar o morir. Le serviré de testigo.

Mullen retiró su mano del profundo y vibrante apretón del otro.

Y Stuart permaneció en pie. Se encontraba en una posición bastante

desacostumbrada, de hecho en la más particular de cuantas posiciones se encontrara nunca.

No tenía nada que decir.

* * *

Las relaciones habían cambiado. El pesimismo y la frustración habían cedido un tanto, siendo reemplazados por la excitación de la intriga. Hasta Polyorketes manoseaba los trajes espaciales y comentaban brevemente lo que él consideraba preferible.

Mullen estaba ahora bajo un insospechado cúmulo de problemas. El traje espacial le colgaba floja y desgarradamente, aunque las juntas habían sido estrechadas al mínimo. Permanecía de pie, con el casco todavía sin poner. Meneó enérgicamente el cuello.

Stuart sujetaba el casco con un esfuerzo. Era pesado y sus manos artificiales no podían aferrarlo diestramente.

—Rásquese la nariz si le pica. Ahora tiene tiempo. —Y, aunque lo pensó, evitó añadir: «Quizá no lo tenga nunca más».

—Creo que lo mejor será —dijo Mullen con voz desprovista de tono— que me lleve un cilindro de oxígeno de repuesto.

—Perfecto.

—Con una válvula de reducción.

—Ya veo lo que está pensando —asintió Stuart—. Si por casualidad sale despedido de la nave, le queda una posibilidad de regresar accionando el cilindro como un motor de propulsión a chorro.

Colocaron el casco y sujetaron el cilindro de repuesto a la cintura de Mullen. Polyorketes y Leblanc le condujeron hacia la abertura de la salida B. El interior aparecía sombríamente oscuro, máxime cuando el metal había sido pintado de lúgubre negro. Stuart creyó descubrir un hedor de corrupción emanado de la esclusa, pero sabía que sólo se trataba de su imaginación.

Ya estaba Mullen medio introducido en la esclusa, cuando se aproximó hasta él. Pegó su cara al casco de Mullen.

—¿Puede oírme? —dijo.

En el interior del yelmo hubo un gesto afirmativo.

—¿Funciona normal el paso del aire? ¿Ningún problema?

Mullen esbozó con sus brazos acorazados un gesto de seguridad.

—Recuerde que no debe usar la radio fuera de aquí. Los Kloros podrían interceptar las señales.

Con cierta parsimonia se apartó. Polyorketes fue introduciendo sus brazos a medida que Mullen bajaba y, finalmente, escucharon el metálico sonido de los pies acorazados posándose sobre la espita inferior. La válvula superior fue colocada otra

vez en su sitio con siniestros crujidos.

Stuart estaba ahora junto al interruptor de presión que controlaba la válvula. Lo manejó hasta que el nivel de la presión interior de la esclusa llegó a cero. Una débil lucecita roja señaló que la válvula inferior estaba abierta. Luego desapareció la luz, la válvula se cerró y el nivel subió de nuevo a quince libras de presión.

Abrieron otra vez la válvula superior y comprobaron que la esclusa se encontraba vacía.

Polyorketes fue el primero en hablar.

—El pequeño hijo de puta. ¡Salió el condenado! —Miró interrogadoramente a los otros. Añadió—: Un compadrito con agallas.

—Escuchen —dijo Stuart—, creo que lo mejor es que estemos preparados. Los Kloros pueden haber detectado el abrir y cerrar de las válvulas. Si así ha sido, pronto vendrán a investigar y tendremos que disimular el asunto.

—¿Cómo?

—Si vienen, no verán a Mullen con nosotros. Les diremos que se encuentra en el retrete. Los Kloros saben que una de las características de los terrícolas es respetar ciertas intimidades fisiológicas, de manera que no se molestarán en comprobarlo. Si les convencemos así...

—¿Y si esperan a que salga, o revisan el número de trajes espaciales? —preguntó Porter.

—Esperemos que no lo hagan —dijo Stuart, encogiéndose de hombros—. Y tenga cuidado, Polyorketes. No haga nada si les ve aparecer.

—¿Con el compadrito ahí fuera? —gruñó Polyorketes—. ¿Quién se cree usted que soy? —Se quedó mirando a Stuart sin ningún aire de desafío, luego hizo un violento gesto con la mano—. Me reí de él creyendo que era una vieja. Su gesto me ha hecho avergonzarme.

Stuart carraspeó.

—Escuche —dijo—, he dicho algunas cosas que, quizá, no resultarán muy divertidas a fin de cuentas. Creo que no lo fueron, ahora que lo pienso. Me gustaría decir que lo siento...

Se dio la vuelta con lentitud y se dirigió a su catre. Escuchó pasos a sus espaldas, luego un tirón en su manga. Se giró; era Leblanc.

—Yo también pensaba que Mullen era un tipo chocho.

—Bueno, no es precisamente un crío. Debe tener más o menos cuarenta y cinco o cincuenta años.

—Mr. Stuart —dijo Leblanc—, ¿cree usted que yo debería haber ido en su lugar? Soy el más joven aquí. No me gusta pensar que he permitido ocupar mi puesto a un viejo. Me hace sentirme mal.

—Lo imagino. Si muere, no será nada agradable.

—Aunque fue voluntario, ¿verdad? Nosotros no le obligamos, ¿no cree?

—No intente eludir responsabilidades, Leblanc. No le beneficiará en nada. Todos

estábamos equiparados por las motivaciones. Ninguno las tenía más fuertes que otro. —Stuart se dejó caer en el catre, silencioso y pensativo.

* * *

Mullen sintió chirriar la obstrucción bajo sus pies y los muros que lo rodeaban comenzaron a escurrirse rápidamente. Sabía que era el escape de aire lo que le empujaba. Le arrastraba, mientras, inútilmente, intentaba aferrarse con brazos y piernas a las deslizantes paredes. Los cadáveres debían salir sin obstáculo de la nave, pero él no era un cadáver... por el momento.

Sus pies colgaban libremente. Escuchó el *clong* de una de sus botas magnéticas contra el casco, mientras el resto del cuerpo se deslizaba errante como un pedazo de corcho bajo la fuerza de la presión del aire. Osciló peligrosamente en el borde de la salida que conducía al espacio exterior —su posición había cambiado repentinamente y se encontraba ahora cabeza abajo— y puso su empeño en retroceder, mientras la válvula caía hacia atrás encajando suavemente contra el casco.

Un sentimiento de irrealidad le invadió. Con seguridad, no se encontraba en pie en la superficie exterior de la nave. No al menos Randolph F. Mullen. Eran tan pocos los seres humanos que podían decirlo, ni siquiera los que continuamente estaban viajando por el espacio.

Gradualmente, fue tomando conciencia de su dolor. Emergido súbitamente por aquel agujero, con un pie sujeto al casco, había intentado aposentar los dos. Lo hacía cuidadosamente, pero advirtió que sus movimientos eran arbitrarios y casi imposibles de controlar. *Pensó* que no se había roto nada, aunque los músculos de su costado izquierdo se resentían de alguna torcedura.

Luego, repasando su figura, advirtió que las luces de la muñeca del traje espacial estaban encendidas. Se había guiado por aquellas luces en la oscuridad de la salida B. Se sintió intranquilo al pensar que los Kloros, desde el interior, podrían reparar en aquellas luminosas manchas móviles del exterior. Accionó el interruptor ubicado en el centro del traje.

Mullen nunca había pensado en la posibilidad de no ver el casco, una vez sobre su superficie. Y el caso era que la oscuridad era total, tanto arriba como abajo. Había estrellas, por supuesto, pero eran pequeños puntos brillantes que no servían siquiera de referencia. No había nada más por ninguna parte. Bajo sus pies ni siquiera había estrellas, *ni siquiera estaban a sus pies*.

Quiso ver las estrellas. Su cabeza osciló. Las estrellas se movían lentamente. O, mejor dicho, las estrellas estaban inmóviles y era la nave lo que daba vueltas, aunque sus ojos no podían testificarlo. Se movían. Sus ojos se fijaron en las partes trasera e inferior de la nave. Nuevas estrellas iban apareciendo sobre un negro horizonte. La nave tomaba cuerpo allí donde las estrellas no aparecían.

¿No aparecían? Vaya, pero si había una casi junto a sus pies. Casi podía tocarla;

entonces advirtió que sólo se trataba del reflejo que provocaba el pulido metal.

Se estaban moviendo a miles de millas por hora. Las estrellas. La nave. Él mismo. Pero esto no significaba nada. Para sus sentidos, sólo había silencio, oscuridad y aquel lento rodar de las estrellas. Sus ojos persiguieron el movimiento...

Y el casco que cubría su cabeza golpeó el casco de la nave con un resonar de campana.

Presa del pánico, tanteó con sus gruesos e insensibles guantes de silicato hilado. Sus pies se mantenían aún firmemente sujetos al casco, era cierto, pero el resto de su cuerpo yacía, caído hacia atrás, formando en las rodillas un ángulo recto. La gravedad no existía en el exterior de la nave. Si se elevaba hacia atrás, nada habría que empujara la parte superior de su cuerpo, ni que acentuara el doblegamiento de sus articulaciones. Con el cuerpo suspendido, lo intentó.

Hizo un esfuerzo sobrehumano por pegarse contra el casco y su torso, resentido, salió disparado hacia delante, no deteniéndose tampoco cuando alcanzó la posición erecta. Cayó hacia delante.

Lo intentó más lentamente, balanceándose con ambas manos contra el casco, graduando el impulso. Entonces se izó. Muy despacio. Se enderezó. Los brazos se agitaron deseando conservar el equilibrio.

Ahora estaba en pie, erguido, sin náuseas ni vértigo luminoso.

Miró a su alrededor. Dios mío, ¿dónde estaban los tubos de escape? No podía verlos. Eran negros, recortados sobre un fondo negro, la nada recortada sobre la nada.

Con premura, encendió las luces de su muñeca. En el espacio no había rayos, sino elípticas, precipitadas motas azules que parpadeaban ante él. Allí donde iluminaban sólo había penumbra, contorno de siluetas tan negras como el espacio, en tanto que la región iluminada propiamente dicha era, como abrupto foco sin difusión.

Movió los brazos balanceando el cuerpo a un lado y a otro; acción y reacción. Entonces llegó hasta él la indefinida silueta de un tubo de escape con su contorno cilindroide.

Intentó encaminarse hacia allí. Afirmó un pie contra el casco. Alzó el otro luchando por contener la desacostumbrada ligereza. Tres pulgadas arriba y correría el peligro de rebasar la sujeción magnética del pie adherido; seis pulgadas y flotaría alejándose.

Como inmerso en arenas movedizas, alzó el pie por segunda vez. Cuando la suela de la bota se encontró a dos pulgadas del casco, presionó hacia abajo; fuera de control, golpeó el casco alarmantemente. El traje espacial le transmitió las vibraciones, ampliándolas en sus oídos.

Se detuvo dominado por el terror. Los deshidratadores que ventilaban la atmósfera en el interior del traje no podían controlar el repentino acceso de sudor que se concentró en su frente y en sus axilas.

Esperó y luego intentó de nuevo mover el pie... apenas una pulgada, impulsándolo horizontalmente. En definitiva, el movimiento horizontal no implicaba

ningún esfuerzo; lo que sí lo implicaba era el movimiento perpendicular a las líneas de la fuerza magnética. Debía evitar la necesidad de impulsar el pie hacia abajo, de modo que redujo al mínimo tal movimiento.

Resopló por el esfuerzo desplegado. Cada paso era una agonía. Los tendones de sus rodillas estaban agotados y circunscritos por punzantes cuchillos.

Mullen se detuvo para que los deshidratadores secaran la transpiración. Nada haría con la mascarilla empañada. Agitó las luces de su muñeca y comprobó que el cilindro de escape se encontraba frente a él.

La nave disponía de cuatro, a intervalos de noventa grados y brotando en ángulo desde la faja central. Componían el «ajuste definitivo» del curso de la nave. Tal ajuste tenía lugar mediante poderosas expulsiones reguladoras, que fijaban la velocidad final por aceleración y deceleración de fuerza, y mediante los hiperatómicos que tenían a su cargo los saltos ingurgitadores de espacio.

El ajuste de la dirección de vuelo raramente tenía lugar y era entonces cuando entraban en funcionamiento los cilindros de escape de vapor. Mediante la utilización de tan sólo uno, la nave podía dirigirse hacia delante, atrás, derecha e izquierda. Mediante la utilización de dos, la nave podía girar en cualquier dirección, siempre que se vigilara el cociente de impulso.

El ingenio, demasiado sencillo para ser usado, vegetaba hacía siglos. La pila atómica se alimentaba del agua contenida en un recipiente cerrado al vapor, que le hacía alcanzar en menos de un segundo altas temperaturas e irrumpir en una mezcla de hidrógeno y oxígeno y luego en otra de electrones y iones. Tal vez se produjera una avería. Porque el caso es que nadie se había molestado jamás en comprobarlo; funcionaba, así que no había necesidad de hacerlo.

En el punto crítico, una válvula perforada daba paso al vapor lanzado al exterior con tremenda fuerza y en mínimo tiempo. Y la nave, inevitable y mayestáticamente, se movía en dirección opuesta, virando en torno a su centro de gravedad. Cuando el giro alcanzaba los grados requeridos, un segundo chorro equilibraba el impulso del primero. La nave continuaba con su velocidad inicial, pero en una dirección nueva.

Mullen había gateado hasta el borde del cilindro de escape. Se hizo una imagen desde fuera de sí y se vio como una pequeña mota que oscilaba al extremo de una estructura que emergía de un ovoide lanzado a través del espacio a una velocidad de diez mil millas por hora.

Sin embargo, no había ninguna corriente de aire que pudiera arrancarlo del casco y sus suelas magnéticas lo sujetaron más firmemente de lo que creyera.

Con las luces encendidas, escudriñó el tubo y la nave se precipitó hacia abajo por el cambio de su orientación. Se agarró fuertemente al metal, aunque no estaba cayendo. En el espacio no había ni arriba ni abajo, sólo lo que su confuso cerebro tuviera a bien considerar como arriba y abajo.

El cilindro era lo suficientemente ancho para contener el cuerpo de un hombre, lo que no era de extrañar por exigencias de reparaciones eventuales. La luz alcanzó los

travesados casi en la parte opuesta al lugar donde se encontraba. Lanzó un bufido de alivio, pues había naves que no tenían peldaños.

Se dirigió hacia ellos mientras la nave parecía girar y deslizarse bajo su cuerpo. Soltó un brazo del borde del tubo y atenazó el primer travesaño, hizo lo propio con los pies y comenzó a introducirse en la estructura cilíndrica.

El nudo que sintiera al principio en el estómago era ahora una convulsiva agonía. Si les daba por manipular la dirección de la nave, si el vapor saliera zumbando ahora...

Nunca lo sentiría; nunca lo advertiría. Se encontraría sujeto a un travesaño intentando atrapar el siguiente y, al cabo de una milésima de segundo, ya estaría aislado en el espacio. La nave como un borrón negro, de la nada, se perdería eternamente entre las estrellas. Habría quizás un breve espasmo de remolinos cristales danzando con él, resplandeciendo en su luminosa muñeca, aproximándose lentamente y rotando a su alrededor, atraídos por su masa como planetas infinitesimales en torno a un sol absurdamente minúsculo.

Nuevamente sudaba y ahora era plenamente consciente de su sed. Lo apartó de su mente. No había nada para beber hasta que no se encontrara fuera del traje... si llegaba el momento.

Un travesaño; otro, y luego otro. ¿Cuántos habría? Su mano resbaló y se quedó contemplando incrédulamente el brillo que apareció bajo sus luces.

¿Hielo?

¿Por qué no? El vapor, increíblemente caliente, golpearía el metal que se encontraría cerca del cero absoluto. En el escaso segundo del lanzamiento, no habría tiempo para calentar el metal por encima del punto de congelación del agua. Una lámina de hielo quedaría condensada en las paredes internas del tubo. La velocidad con que todo sucedía, prevenía la fusión de los tubos y del mismo recipiente original del agua.

De pronto, su mano llegó al final. Nuevamente encendió las luces. Contempló con horror la tobera del vapor, de media pulgada de diámetro. Parecía muerta, inofensiva. Pero siempre existía la posibilidad de que en menos de un microsegundo...

Alrededor se ubicaba la espita del vapor. Pivotaba sobre un eje central, la parte que daba al espacio acanalada en espiral, atornillada la parte que daba a la nave. Los giros permitían controlar la intensidad del primer chorro antes que sobreviniera la inercia de la nave. El vapor se encontraba en la cámara interior, contenida la fuerza de su potencial propulsor.

Mullen se sujetó firmemente a un travesaño y presionó levemente contra la llave exterior. Estaba enmohecida, aunque Mullen no deseaba abrirla, tan sólo comprobar su manejo.

Se apretó contra ella y la giró, notando que su cuerpo giraba en dirección contraria. Se mantuvo firme, aumentando la tirantez de la tuerca mientras ajustaba cuidadosamente el pequeño interruptor de control que permitía caer libremente los

muelles. ¡Cuán perfectamente recordaba los libros que había leído!

Se encontraba ahora en un espacio trabado, suficientemente ancho para permitir el paso del cuerpo de un hombre, lo cual resultaba muy cómodo para las reparaciones eventuales. Ahora ya no podía ser lanzado fuera de la nave. Si, por una casualidad, fuera lanzado el chorro de vapor, todo lo que le ocurriría se limitaría a ser arrojado contra la espita interior, lo bastante dura como para triturarle. Al menos no sentiría el rápido instante de la muerte.

Con lentitud, desenganchó el cilindro de oxígeno de repuesto. Ahora no quedaba sino una espita entre él y la sala de control. Se abrió hacia fuera, de modo que el chorro de vapor lo único que haría sería cerrarla firmemente. No había en absoluto manera de abrirla desde el exterior.

Se situó sobre la espita, forzando la espalda contra la superficie interior del área mediadora. Su respiración se volvió dificultosa. El cilindro de repuesto se movió en un curioso ángulo. Sostuvo la manguera metálica, forzándola contra la espita, atento a las vibraciones que produjeran los golpes. Así, una y otra vez.

Debía atraer la atención de los Kloros. Tenían que ir a investigar.

No tendría nada que decir cuando se acercaran. Por lo común, llenarían de aire la cámara intermedia para forzar la apertura de la espita exterior. Pero ahora, la espita exterior estaba sobre la tuerca central. El aire penetraría sin efecto, saliendo al espacio.

Mullen siguió golpeando. ¿Mirarían los Kloros el medidor de aire, notando que apenas estaba más arriba de cero, o les importaría un comino su funcionamiento?

* * *

—Hace hora y media que salió —dijo Porter.

—Ya me he dado cuenta —dijo Stuart.

Todos se encontraban nerviosos y agitados, sin poder descansar, porque la tensión entre ellos mismos había desaparecido. Era como si todos los hilos de la emoción estuvieran tendidos hacia el casco de la nave.

Porter se sentía molesto. Su filosofía existencial nunca había sido complicada: cuidar de uno mismo por la sencilla razón de que nadie se cuida de nadie. Pues bien, le molestaba verla malbaratada.

—¿Creen ustedes que lo han cogido? —dijo.

—Si así hubiera sido, habríamos escuchado algo —dijo Stuart con brevedad.

Porter sintió como una miserable punzada de dolor al notar que los demás ponían muy poco interés en hablar con él. Sin embargo, era capaz de entenderlo; no había sido capaz de imponer su respeto. Por momentos, un torrente de autoexcusas invadió su mente. También los otros se habían defendido. Un hombre tiene derecho a sensibilizarse ante el miedo. A nadie le gusta morir. Por lo menos no se había exaltado como Arístides Polyorketes, ni había llorado como Leblanc. Por el contrario,

él...

Pero Mullen había sido el decidido, el que ahora se encontraba reptando por el casco.

—Escúchenme —gritó—, ¿por qué lo hizo? —Se volvieron a mirarlo, aunque sin comprender. A Porter no le importó este detalle. Le molestaba justamente el punto de donde todo había partido—. Quiero saber por qué Mullen ha arriesgado su vida.

—Porque ese hombre —dijo Windham— es un patriota...

—¡No, de ningún modo! —Porter estaba al borde del histerismo—. El compadrito no está acuciado por las emociones. Carece de ellas. Él tiene otras razones y yo quiero saber exactamente cuáles son esas razones, porque...

No llegó a acabar la frase. ¿Podía decir que si aquellas razones eran aplicables a un minúsculo tenedor de libros, con mayor fuerza podrían aplicarse a él mismo?

—Es un maldito y valiente compadrito —dijo Polyorketes.

Porter se puso en pie de un salto.

—Oigan —dijo—, él puede encontrarse en apuros ahí fuera. Lo que esté haciendo, sea lo que sea, puede ser que no sea capaz de terminarlo solo. Yo... yo me ofrezco voluntario para ir tras él.

Mientras lo dijo, no paró de temblar. Estaba esperando atemorizado el habitual comentario sarcástico de la viperina lengua de Stuart. Éste lo estaba mirando, probablemente sorprendido, aunque Porter no se atrevía a comprobarlo mirándole de frente.

—Dejémosle otra media hora —dijo Stuart.

Porter se decidió a mirarlo abiertamente. No había burla en el rostro de Stuart. Por el contrario, pudo apreciar un gesto de camaradería. *Todos* parecían ser sus camaradas.

—Y luego... —balbució.

—Y luego, todos aquellos que se ofrezcan voluntarios se someterán al juego de coger la paja más larga, o a cualquier otro procedimiento democrático. ¿Quién más se ofrece, aparte de Porter?

Todos levantaron las manos. Stuart hizo lo mismo.

Pero Porter se sentía feliz. Él se había ofrecido el primero. Estaba ansioso por que pasara la media hora.

* * *

Mullen fue cogido por sorpresa. La puerta se abrió y el largo, delgado y serpenteante cuello, apenas sin cabeza, de un Kloro, incapaz de luchar contra el chorro de aire fugado, fue absorbido.

El cilindro de Mullen flotó libremente, casi sin control. Tras un salvaje esfuerzo, pudo hacerse con él, sujetándolo a expensas de la corriente de aire, esperando la reducción de la furia inicial para adentrarse luego en la sala de control.

Mullen atrapó aquel sinuoso cuello. Doblado encima de la compuerta, casi totalmente protegido de la corriente de aire, alzó nuevamente el cilindro y lo descargó contra la cabeza del Kloro, reduciéndola a pulpa. Una sangre verde comenzó a salir a borbotones por lo que quedaba del cuello.

Se esforzó por no vomitar, aunque deseaba hacerlo.

Con ojo avizor retrocedió, aferró la compuerta exterior con una mano y le dio una vuelta. Mantuvo el giro durante unos segundos. Al finalizar la tuerca, los muelles se engancharon automáticamente y permitieron la clausura. La atmósfera de la sala de control, medio absorbida por la succión provocada por Mullen, podía comenzar a llenarse de nuevo.

Mullen saltó por encima del Kloro destrozado y penetró en la sala. Estaba vacía.

Apenas había tenido tiempo de notarlo, cuando se encontró a sí mismo arrodillado. Se levantó con dificultad. La transición de la no gravedad a la gravedad le había cogido totalmente por sorpresa. Por supuesto, era gravedad Kloriana. Esto significaba que con el traje puesto arrastraba un cincuenta por ciento de sobrepeso por su pequeña armazón. Al menos, pensó, sus pesados zapatones ya no resonarían metálicamente contra el suelo. En el interior de la nave, suelo y paredes estaban recubiertos por una aleación de aluminio.

Se movió lentamente. El descervigado Kloro yacía en el suelo, sacudido por eventuales crispaciones que mostraban que en otro tiempo había sido un organismo vivo.

La sala estaba poseída por cierto espíritu de biliosa depresión, principalmente por las luces verdiguadas. Sin duda, se trataba de la atmósfera Kloro.

Mullen sintió cierta sorpresa y admiración al mismo tiempo. Los Kloros poseían, obviamente, alguna clase de tratamiento para los materiales a fin de impedir su oxidación por efectos del cloro. Incluso el mapa de la Tierra que aparecía sobre la pared, impreso en papel plastificado, podía verse fresco e intacto. Se aproximó, atraído por las familiares formas de los continentes...

Un relámpago de imprevisto movimiento fue atrapado por la esquina de sus ojos. Se giró con la rapidez que le permitía su pesado traje. Entonces gritó. El Kloro que creyera muerto se estaba poniendo en pie.

Su cuello seguía siendo una masa de tejidos machacados, pero sus brazos tanteaban ciegamente mientras los tentáculos, que brotaban de su pecho, vibraban rápidamente como innumerables lenguas de serpiente.

Estaba ciego, sin duda. La destrucción del extremo de su cuello le había privado de todo su aparato sensorial y la asfixia parcial le había descontrolado. Pero el cerebro, ubicado en el abdomen, estaba sano y salvo, todavía vivo.

Mullen retrocedió. Inició un rodeo, intentando torpe e infructuosamente caminar de puntillas para no meter ruido, aunque sabía que lo que quedaba del Kloro estaba sordo. El Kloro avanzó, tropezó con una pared y comenzó a caminar apoyándose en ella.

Mullen estaba impaciente por conseguir un arma, sin encontrar ninguna. El Kloro tenía una pistolera, pero no se atrevía a cogérsela. ¿Por qué no se la habría arrebatado al principio? ¡Idiota!

La puerta de la sala de control se abrió. Casi sin ruido. Mullen se giró rápidamente.

El otro Kloro, ileso, entero, penetró. Por un momento permaneció inmóvil en la puerta, inmóviles también sus tentáculos pectorales; el extremo superior de su cuello se inclinó hacia delante; sus horribles ojos le enfocaron primero a él, luego a su semimuerto camarada.

Entonces llevó su mano rápidamente al costado.

Mullen se movió velozmente por puro reflejo. Agarró la manguera del cilindro de oxígeno de repuesto que había sustituido al depósito del traje desde que penetrara en la sala de control. Apretó la válvula. No se molestó en regular la presión. Dejó que brotara el chorro incontroladamente bajo la pulsión de su mano.

Pudo ver la corriente de oxígeno. Era un chorro pálido que se ondulaba en medio del verde cloro y que atrapó al Kloro con una mano sobre la funda de su arma.

El Kloro levantó las manos. El pequeño bulto de su nódulo capital se hinchó alarmante, pero silenciosamente. Se tambaleó y, al fin, cayó. Se agitó unos segundos y después quedó inerte. Mullen se acercó a aquel ser tendido y dejó que la corriente de oxígeno lo inundara como si estuviera apagando algún incendio. Luego, izó su pesado pie, lo colocó sobre el extremo del cuello del Kloro y aplastó contra el suelo lo que había debajo.

Se volvió hacia el otro. Estaba rígido, tumbado en el suelo.

La sala entera estaba blanca de oxígeno, el suficiente para matar a toda una legión de Kloros. El cilindro estaba vacío.

Mullen pasó por encima del Kloro muerto, salió de la sala de control y caminó por el pasillo hacia la sala de los prisioneros. Ahora se sentía agotado. Su cuerpo estaba cubierto de sudor.

* * *

Stuart se sentía cansado. A pesar de sus falsas manos, estaba junto a los controles de la nave. Las luces de dos cruceros de la Tierra titilaban ante él. Durante más de veinticuatro horas había manejado los controles virtualmente solo. Había desmontado el equipo clorificante, restituido la atmósfera original, localizado la posición de la nave en el espacio, intentado seguir un rumbo, y enviado meticulosas señales de aviso... que habían dado resultado.

De modo que, cuando se abrió la puerta de la sala de control, no se sintió muy a gusto. Se sentía demasiado cansado para entablar una conversación intrascendente. Se volvió y vio a Mullen que entraba.

—Por el amor de Dios, Mullen —dijo Stuart—, vuelva a la cama.

—Ya estoy harto de dormir —dijo Mullen—. En mi vida pensé que pudiera dormir tanto.

—¿Cómo se siente?

—Torpe y entumecido. Sobre todo el costado. —Involuntariamente, se puso a mirar a su alrededor.

—No busque a los Kloros —dijo Stuart—. Los tiramos a la basura. —Agitó la cabeza—. Lo siento por ellos, pues creen que *ellos son* los seres humanos y que *nosotros somos* los extraños. No es que prefiriese que lo liquidaran a usted, compréndame.

—Comprendo perfectamente.

Stuart se volvió de lado y lanzó una mirada al hombrecillo sentado ahora frente al mapa de la Tierra.

—Le debo una excusa personal, Mullen. No tenía buena opinión de usted.

—Era su privilegio —dijo Mullen con voz seca y carente de toda emoción.

—No, no lo era. No tenía ningún privilegio. Tan sólo un derecho arduamente ganado tras larga experiencia.

—¿Ha estado pensado en eso?

—Sí, todo el santo día. Quizá no pueda explicarme. Se trata de estas manos —dijo enseñándoselas a Mullen—. Es difícil comprender que uno pueda tener manos que pertenecen a otra gente, que uno tenga otras manos distintas de las suyas propias. Las odio por eso. Y también odio a quienes gozan de manos propias. Me he dedicado siempre a investigar y a despreciar sus motivaciones, evidenciando sus deficiencias, exponiendo públicamente sus estupideces. He hecho cualquier cosa para demostrarme que no son capaces de nada útil.

Mullen se removió en su asiento.

—Esa explicación no es necesaria.

—Lo es. ¡Lo es! —Stuart sintió el movimiento de sus ideas y se esforzó por precisar sus palabras—: Durante años he abandonado la esperanza de encontrar cualquier síntoma de honradez en los seres humanos. Pero un buen día usted se introdujo por la salida B.

—Haría mejor comprendiendo —dijo Mullen— que mis motivos eran puramente prácticos y autoconsiderados. No quiero que me presente usted como a un héroe.

—No tengo intención de hacerlo. Sé que usted no haría nada sin una razón. Lo que quiero señalar es el efecto de su acción sobre nosotros. Provocó una serie de infamias y tonterías en las personas que, de hecho, eran honradas. Y no por ningún efecto mágico. Fueron honrados todo el tiempo. Sólo que necesitaban algo que pusiera a flote su oculta honradez y usted suministró ese algo. Y... a mí me ocurrió lo mismo. También yo le debo ese algo. Probablemente por el resto de mi vida.

Mullen volvió a mirar el mapa con una sensación de molestia. Aunque no estaban vueltas, enderezó las mangas de su camisa. Llevó la mano hacia el mapa y señaló con el dedo.

—¿Sabe? Yo nací en Richmond, en Virginia. Aquí. Lo primero que haré será ir allí. ¿Dónde nació usted?

—En Toronto —dijo Stuart.

—Eso está aquí. Sobre el mapa no están muy lejos, ¿eh?

—¿Puede decirme una cosa?

—Si está a mi alcance...

—¿Por qué salió usted?

Mullen frunció la boca. Secamente, dijo:

—¿Le gustaría que mi razón, más bien prosaica, destrozara el efecto de la inspiración?

—Llamémoslo curiosidad intelectual. Cada uno de nosotros tenía motivos claros. Porter temía morir encerrado. Leblanc deseaba regresar a su dulce corazoncito. Polyorketes ansiaba matar Kloros. Y Windham se sentía un patriota. En cuanto a mí, me considero un noble idealista y mucho me temo que así sea. Sin embargo, no parecíamos tener una razón lo bastante poderosa como para que fuera capaz de meternos en un traje espacial y arrojarnos por la salida B. ¿Qué le obligó, pues, a usted, a *usted* y no a los demás?

—¿Por qué ha dicho eso? ¿Por qué me diferencia de los demás?

—No se ofenda, pero da la impresión de que usted carece de emociones.

—¿De veras? —La voz de Mullen no había experimentado cambio alguno. Precisa y suave, aunque ahora una cierta firmeza la moldeaba aún más—. Se trata sólo de entrenamiento y autodisciplina, Mr. Stuart; nada tiene que ver con mi naturaleza. Un hombre de baja estatura puede no tener emociones respetables. ¿Habría algo más ridículo que un hombre como yo explotando de rabia? Mido cinco pies y media pulgada, y peso ciento dos libras, es decir, cuarenta y seis kilos, si le gustan las precisiones. E insisto en la media pulgada y las dos libras.

»¿Puedo sentirme digno? ¿Orgullosos? ¿Puedo lucir mi estatura sin provocar carcajadas? ¿Dónde encontraré una mujer que no me rechace al instante con una mueca de disgusto? Por fuerza he tenido que compensar estas deficiencias con una apariencia exterior ausente de emociones.

»Usted habla de deformidades. Nadie advierte nada sobre sus manos, a nadie le importan realmente, a menos que usted insista en cómo las obtuvo. ¿Piensa que puedo ocultar las ocho pulgadas de estatura que no tengo? ¿No es eso lo primero y, en muchos casos, lo único que una persona suele notar en mí?

Stuart estaba avergonzado.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué?

—No debería haberle forzado a hablar de esto. Debiera haber visto por mí mismo que usted... que usted...

—¿Que yo qué? ¿Pretende probarme ahora? ¿Pretende mostrarme que, a pesar de tener un cuerpo pequeño, puedo tener un corazón gigante?

—No era mi intención burlarme.

—¿Por qué no? Es una idea absurda. Y no es ésa tampoco mi motivación. ¿Qué cree que obtendría si ello operara en mi intención? ¿Que me llevaran en volandas en la Tierra y me pusieran frente a las cámaras de televisión —que ocultarían mi estatura y se esforzarían por mantener un primer plano perpetuo— para cargarme de medallas?

—Son capaces de hacerlo.

—¿Y a mí, qué me importa todo eso? Dirían: «Oye, eres un tipo cojonudo, cojonudito, vaya». Y luego, ¿qué? Me dedicaría a decir a todo quisque que me encontrara: «Oiga, ¿sabe usted que soy el fulano condecorado el mes pasado con la medalla al valor?» ¿Cuántas medallas cree usted, Mr. Stuart, que harían falta para restituirme las ocho pulgadas y las sesenta libras que jamás tuve?

—Déjelo estar, ya lo entiendo.

Mullen hablaba ahora un poco más rápido; una calidez controlada había penetrado en sus palabras.

—*Hubo* un tiempo en que pensaba exhibirme ante ellos, el misterioso «ellos» que incluye al resto del mundo. Estaba dispuesto a dejar la Tierra y a lanzarme en busca de aventuras y nuevos mundos. Luchas y conquistas. Un nuevo Napoleón, más pequeño todavía. De modo que abandoné la Tierra y marché a Arturo. Ahora bien, ¿qué podía hacer yo en Arturo que no pudiera hacer igualmente en la Tierra? Nada. Hacer balances en los libros. De manera que se me pasó la vanidad de izarme de puntillas, Mr. Stuart.

—Entonces, ¿por qué hizo aquello?

—Dejé la Tierra cuando tenía veintiocho años. He permanecido en Arturo desde entonces. Este viaje constituía mis primeras vacaciones, mi primera visita a la Tierra después de tanto tiempo. Pensaba permanecer en la Tierra seis meses. Pero en vez de ello, los Kloros nos capturaron y nos redujeron a una contingencia de cautiverio indefinido. Ahora bien, yo no podía, *no podía* permitirles que entorpecieran mi viaje a la Tierra. No importaba a qué precio, debía anular la interferencia. No se trataba del amor de ninguna mujer, ni de miedo, odio, idealismo o patriotismo de ninguna clase. Era algo más fuerte que eso.

Se detuvo, alargó una mano y la pasó por encima del mapa de la pared como si lo acariciara.

—Mr. Stuart —preguntó Mullen tranquilamente—, ¿nunca ha sentido usted nostalgia?

POR DIOS Y POR LA PATRIA

PRESENTACIÓN

Una perenne cuestión que concierne a los escritores y que suelen formularse los lectores es si los puntos de vista contenidos en un relato reflejan los puntos de vista del autor. La respuesta es: «No necesariamente...» Aunque suele añadirse una corta apódoxis: «... pero sí por lo general».

Cuando escribo una historia donde dos personajes enfrentan argumentos, lo hago lo mejor que puedo, esmerándome hasta donde mi capacidad me permite llegar, y desarrollando con la mayor honestidad posible lo que cada personaje expresa.

Poca gente hay que, como Ricardo III en la obra de Shakespeare, esté deseando decir: «Since I cannot prove a lover to entertain these fair and well-spoken days, I am determined to prove a villain.^[2]»

Sin importar cuán villano pueda Tom aparecer ante Dick, Tom posee indudablemente argumentos profundamente sentidos y capaces de probarle a sí mismo que no es tan villano a fin de cuentas. Por otra parte, es bastante ridículo presentar ostentosamente un acto villano como un acto propiamente villano (a menos que tenga uno el genio de Shakespeare y pueda llevar a cabo cualquier cosa... y yo me temo que no lo tengo).

No obstante, sin importar mi esfuerzo por lograrlo, no puedo transparentarme a mí mismo como convencido de opiniones que no me conciernen, ni siquiera como si formulara una hipótesis. Además, el protagonista de mi relato suele proceder tal como yo deseo; la victoria, de una u otra forma, suele adjudicarse a aquellos personajes que me gustan en particular. Incluso si el final es trágico, el fondo del relato (odio usar el término «moraleja» o «mensaje») es por lo común satisfactorio para mí.

En resumen, si usted hace caso omiso de las peculiaridades de mis relatos en particular y los toma como un conjunto, creo que le será fácil encontrar un sentimiento estructural que no es ni más ni menos que el mío propio. No se trata de hacer propaganda conscientemente; simplemente, soy un ser humano que siente cosas y que no puede menos de mostrar ese sentimiento en los relatos que escribe.

Aunque hay excepciones...

En 1951, Mr. Raymond J. Healy, notable antologista, planeaba una colección de relatos originales de ciencia ficción y me invitó a que escribiera uno. Hizo tan sólo una especificación. Quería un relato de los que yo, en mi más sofisticada manera, llamo relato «de final feliz».

Así pues, escribí un relato con final feliz, aunque siempre que intento definir papeles bruscos me afano en obtener finales felices inesperados, de esos que el lector no advierte hasta que el verdadero final acontece.

Una vez manejado con éxito (eso espero) este particular tour de force y publicado el relato, advertí que mi interés por la técnica me había cegado por primera vez. Como fuere, este relato en particular, Por Dios y por la Patria, no refleja exactamente

mis propios sentimientos.

Groff Conklin, el fallecido y penetrante crítico de ciencia ficción, dijo en cierta ocasión que la historia le gustaba aunque disentía de su filosofía particular, lo que, para mi embarazo, coincide con mi opinión.

En la Gran Corte, que permanece como una isla de paz inviolada entre las cincuenta millas cuadradas dedicadas a las inmensas edificaciones que conforman los Mundos Unidos de la Galaxia, se levanta una estatua.

Se yergue allí donde puede verse por la noche, a la luz de las estrellas. Otras estatuas hay que rodean la corte, pero sólo ésta se alza solitaria en el centro.

No es un prodigio escultórico. El rostro es excesivamente severo y carece de rasgos vitales. Las cejas son sombras demasiado altas, la nariz una silueta demasiado simétrica, los vestidos unos trazos dispuestos con derroche de cuidado. La impresión de conjunto es rígidamente canónica, demasiado para ser verdad. Uno está tentado a creer que aunque en la vida real el hombre frunciera las cejas a menudo, o hipara, su estatua insiste tanto en tales imprevistos e imperfecciones que dejan de ser posibles.

Todo esto, naturalmente, posee una comprensible compensación. El personaje no tuvo ninguna estatua erigida mientras vivió y las siguientes generaciones, con la ventaja del distanciamiento histórico, sintieron la urgencia culpable.

El nombre que aparece en el pedestal es «Richard Sayama Altmayer». Debajo hay una corta frase y, verticalmente dispuestas, se apuntan tres fechas. La frase es: «No hay fracasos en toda buena causa». Las tres fechas son: 17 de junio de 2755; 5 de septiembre de 2788; 21 de diciembre de 2800. Los años se cuentan según la costumbre de la época, es decir, a partir de la fecha de la primera explosión atómica en el 1945 de la antigua era.

Ninguna de estas fechas indica su nacimiento o su muerte. Tampoco señalan un momento nupcial o la perpetración de alguna hazaña memorable, ni siquiera el momento de cualquier circunstancia de la que los habitantes de los Mundos Unidos se sintieran orgullosos o complacidos. Por el contrario, son la expresión definitiva de un sentimiento de culpa.

Sencilla y llanamente, son las fechas en las que Richard Sayama Altmayer fue enviado a prisión a causa de sus opiniones.

I

17 de junio de 2755

Evidentemente, a la edad de veintidós años Dick Altmayer estaba plenamente capacitado para ser arrebatado por la furia. Su cabello era ya de un castaño oscuro y aún no se había dejado crecer e! bigote que años más tarde lo caracterizaría. Su nariz era delgada y de alto puente, aunque el contorno de su rostro expresara juventud. Sólo tiempo después el creciente tono macilento de sus mejillas convertiría aquella nariz en el prominente mojón que ahora permanece en la mente de trillones de escolares.

Geoffrey Stock se encontraba en pie en la puerta contemplando los resultados de la furia de su amigo. Su redonda cara y sus fríos y claros ojos apenas se definían, pero vestía ya el primero de los uniformes militares entre los que pasaría el resto de su vida.

—¡Gran Galaxia! —exclamó.

—Hola, Jeff —dijo Altmayer.

—¿Qué ha ocurrido, Dick? Pensaba que tus principios te prohibían la destrucción en cualquiera desús formas. Y estoy contemplando un video-libro que parece destruido.

Recogió los pedazos.

—Estaba sujetando el video cuando mi receptor de onda me aturdió con un mensaje oficial. Sabes lo que eso eso, ¿no?

—Claro. Lo mismo me ocurrió a mí. ¿Dónde está?

—En el suelo. Le arranqué la bobina nada más se me puso a vomitar. Tíralo al vertedero atómico.

—Recógelo. No puedes...

—¿Por qué no?

—Porque no podrás llevar nada a cabo. Tendrás que presentarte.

—¿Y por qué?

—No seas burro, Dick.

—Es una cuestión de principios, ¡ por el Espacio!

—¡Vaya por Dios! No puedes enfrentarte al planeta entero.

—No intento luchar contra todo un planeta, sólo contra los pocos que nos meten en guerras.

—Eso significa el planeta entero —se encogió de hombros Stock—. Vuestro histriónico comportamiento de líderes mesiánicos que pugna por salvar a los pobres inocentes de las guerras es tan inconsistente como el polvo cósmico. ¿Crees que si se sometiera a votación no votaría la gente a favor de la intervención armada?

—Eso no quiere decir nada, Jeff. El gobierno controla...

—Los órganos de propaganda. Sí, lo sé. Te lo he oído decir muchas veces. Pero, ¿por qué no te presentas?

Altmayer se dio la vuelta.

—En primer lugar —dijo Stock—, puedes no pasar el examen físico.

—Ya lo he pasado. He estado en el Espacio.

—Eso no quiere decir nada. Si los médicos te permiten volar en un crucero, eso sólo da fe de que no tienes un corazón quejica o un aneurisma. Pero para cumplir funciones militares a bordo de una nave en el Espacio necesitas mucho más que eso. ¿Cómo sabes tú tus condiciones?

—Eso es una provocación, Jeff, y también un insulto. No es que tenga miedo de luchar.

—¿Crees que puedes detener la guerra de esta forma?

—Deseo poder. —La voz de Altmayer fue casi golpeante al brotar de su garganta—. Se trata de la idea que tengo de que la humanidad comprendería una única unidad. No habría guerras o flotas espaciales de guerra sólo para la destrucción. La Galaxia está preparada para ser abierta ante los esfuerzos unificados de la raza humana. Pero en vez de eso, permanecemos fraccionados cerca ya de dos mil años menospreciando la Galaxia entera.

—No estamos tan mal —rió Stock—. Hay más de ochenta sistemas planetarios independientes.

—¿Y somos las únicas inteligencias en la Galaxia?

—Ah, los Diaboli, esos diablos particulares tuyos —dijo Stock, haciendo cuernos con las manos y agitando los puños hacia su compañero.

—Y tuyos también, y de todo el mundo. Tienen su único gobierno que se extiende sobre más planetas que todos los ocupados por nuestros preciosos ochenta independientes.

—Maravilloso, porque su planeta más cercano se encuentra a la nadería de mil quinientos años luz de la Tierra y sus habitantes no pueden respirar la atmósfera de planetas cuyo fundamento es el oxígeno.

Stock abandonó su tono amistoso y añadió cortante:

—Mira, me dejé caer por aquí para decirte que voy a presentarme la semana próxima. ¿Vas a venir conmigo?

—No.

—¿Estás completamente decidido?

—Completamente.

—Sabes que no conseguirás nada. No creas que prenderás la Tierra con tus fuegos. Ni que tendrás tras de ti millones de jóvenes incitados por tu ejemplo objetor de conciencia. Simplemente te pondrán entre rejas.

—Entonces, amén.

Y amén fue. El 17 de junio del año 2755 de la era atómica, tras un corto proceso en el que Richard Sayama Altmayer se negó a presentar ninguna defensa, fue sentenciado a tres años de cárcel o hasta el final de la guerra, en el caso de que ésta se prolongara más allá de dicha pena. Permaneció encerrado cuatro años y dos meses, plazo en que finalizó la guerra en una definitiva aunque no quebrantada derrota santanniana. La Tierra obtuvo el completo control de ciertos asteroides en disputa, varias ventajas comerciales y una limitación de las fuerzas armadas santannianas.

Las pérdidas totales de los humanos alcanzaban poco más de dos mil naves junto con, claro está, la mayoría de sus tripulantes, y varios millones de vidas a causa de los bombardeos efectuados desde el espacio contra la superficie de los planetas. Las flotas de las dos fuerzas en contienda habían sido lo bastante fuertes como para restringir tales bombardeos a las posiciones avanzadas de los respectivos sistemas, de manera que los planetas Tierra y Santanni fueron escasamente afectados.

La guerra había coronado a la Tierra como la más fuerte potencia militar entre los

humanos.

Geoffrey Stock luchó en la guerra de principio a fin, entrando en acción más de una vez y quedando sano y salvo a pesar de todo. Al final de la contienda había alcanzado el rango de comandante. Tomó parte en la primera misión diplomática que la Tierra envió a los mundos de los Diaboli, constituyendo su primer peldaño en su creciente papel en el ejército de la Tierra y la vida política.

II

5 de septiembre de 2788

Los primeros en aparecer tenían que ser los Diaboli. La proyección de carteles y noticias radiadas del partido Federalista así lo mostraban al que estuviera un poco al tanto. Una vez tras otra repetían la cronología de los hechos.

Hacia principios de siglo los primeros exploradores humanos se encontraron con los Diaboli. Eran inteligentes y habían desarrollado los viajes interestelares independientemente de lo temprano o tardío de los intentos humanos. Por lo pronto, el volumen galáctico de sus dominios era más grande que cualquiera de los humanos.

La relación diplomática regular entre los Diaboli y la mayor de las potencias humanas había comenzado veinte años atrás, inmediatamente después de la guerra sufrida entre la Tierra y Santanni. Por entonces, las avanzadillas del poder de los Diaboli se internaban ya veinte años luz en los centros humanos fronterizos. Sus misiones iban y venían por doquiera, negociando tratados comerciales y obteniendo concesiones sobre asteroides desocupados.

Y ahora se habían presentado en la Tierra misma. Eran tratados como iguales, y quizá más que iguales, por los gobernantes de los mayores centros de población humana en la Galaxia. Las estadísticas más altamente condenatorias de todas era la proclamada por los federalistas, y era la siguiente: Aunque el número de Diaboli fuera menor que el número total de terrícolas, la humanidad había abierto a la colonización tan sólo cinco nuevos mundos en cincuenta años, mientras que los Diaboli habían comenzado la ocupación de cerca de quinientos.

—Ciento a uno contra nosotros —gritaban los federalistas—, y ello porque tienen sólo una organización política mientras nosotros tenemos cien.

Pero eran relativamente pocos los que en la Tierra prestaban atención a las demandas federalistas de la Unión Galáctica, y menos aún eran los que les hacían caso en la Galaxia en conjunto.

El gentío que llenaba las calles cuando los cinco Diaboli de la misión las recorrieron desde sus habitaciones acondicionadas del mejor hotel de la ciudad hasta el Secretariado de Defensa, no era hostil. Los más eran meramente curiosos y sólo

unos cuantos podían considerarse revoltosos.

Los Diaboli no eran precisamente gratos a la vista. Eran mucho mayores y más grandes que el terrícola común. Tenían cuatro juegos de piernas tubulares en la parte inferior y dos brazos de flexibles dedos en la superior. Su piel se ofrecía arrugada y no vestían ropa alguna. Sus rostros barbados y escamosos no tenían expresión capaz de ser interpretada por ningún terrícola, y de la parte superior de sus achatadas ojos de ancha pupila brotaban unos cortos cuernos. Era esto último lo que había conferido su nombre a tales criaturas. Al principio habían sido llamados diablos, y más tarde se les llamó según el equivalente en latín.

Cada uno llevaba un par de cilindros adosados a la espalda, desde los que surgían tubos flexibles hasta la nariz, donde permanecían herméticamente sujetos. Iban protegidos con cal sódica que absorbía el para ellos venenoso dióxido de carbono del aire que respiraban. Su propio metabolismo giraba en torno a la reducción de sulfuro, y, más de una vez, los más destacados de entre el gentío humano pescaron al vuelo el tufo del sulfuro hidrogenado que los Diaboli exhalaban.

El líder de los federalistas se encontraba entre el gentío. Estaba cautamente rezagado, para no atraer la atención de la policía que había acordonado las avenidas y mantenía ahora una estrecha vigilancia capaz de sorprender cualquier rápida acción amparada por la barahúnda. El líder de los federalistas tenía el rostro macilento, la nariz de puente abultado y cabello grisáceamente brillante.

—No puedo soportar su presencia —dijo, dándose la vuelta.

Su compañero parecía más filosófico.

—No más repelentes que nuestros propios oficiales de casa. Esas criaturas son al menos verdaderas para ellas mismas.

—Tienes toda la puñetera razón. ¿Estamos listos . todos?

—Completamente. No quedará uno solo con vida que pueda volver a su mundo.

—¡Bien! Me quedaré aquí para dar la señal.

* * *

También los Diaboli estaban hablando. Este hecho no podía ser percibido por ningún humano, por muy cerca que se encontrara. Para su seguridad, podían comunicarse prodigándose recíprocamente sonidos ordinarios aunque de distinta procedencia que la usual. La piel ubicada entre los cuernos podía emitir rápidos susurros, por medio de las vibraciones de músculos que diferían en su construcción de todo lo conocido por cualquier humano. Las mínimas ondas que eran transmitidas de esta manera surcaban el aire demasiado rápidamente para ser captadas por el oído humano y demasiado delicadamente para ser detectadas, fuera cual fuese el instrumento sensitivo humano. De hecho, los humanos desconocían todavía esta forma de comunicación.

—¿Sabías que éste era el planeta de origen de los bípedos? —dijo una vibración.

—No. —Fue realmente un coro de negaciones lo que respondió, y luego una vibración particular enunció—: ¿Supiste eso por tus estudios sobre las comunicaciones bípedas, so curioso?

—¿Me llamas así porque estudio sus comunicaciones? Muchos de nosotros deberían hacerlo también, en vez de insistir tan rotundamente en la completa inutilidad de la cultura bípeda. Estaríamos en mejores condiciones de acuerdo mutuo si supiéramos más de ellos. Su historia es interesante, aunque horrible. Me alegro de haber venido para poder contemplar sus filmaciones.

—Y, no obstante —dijo otra vibración—, de nuestros contactos previos con los bípedos uno podría deducir que no conocen su planeta de origen. No hay ninguna veneración por este planeta, la Tierra, ni ningún rito memorial relacionado con tamaña circunstancia. ¿Estás seguro de que tu información es correcta?

—Completamente. La ausencia de ritual y el hecho de que este planeta no importe un comino son perfectamente comprensibles a la luz de la historia bípeda. Los bípedos de otros planetas apenas le conceden el menor honor. De alguna manera sería rebajar la dignidad de independencia de sus propios mundos.

—No logro entenderlo.

—Tampoco yo lo he conseguido del todo, para ser franco, pero tras varios días de lectura creo haber atrapado un vislumbre. Parece que, en los orígenes, cuando los viajes interestelares fueron descubiertos por los bípedos, vivían bajo una única unidad política.

—Naturalmente.

—No tanto para los bípedos. Se trataba de una etapa infrecuente en su historia y no duró. Después que las colonias sobre otros mundos crecían y alcanzaban una madurez razonable, su primera intención parecía ser romper con el mundo madre. Comenzaron entonces las primeras guerras interestelares de la serie entablada entre los bípedos mismos.

—Horrible. Como caníbales.

—Sí, ¿verdad? Mi digestión se alteró durante varios días. Como fuere, las distintas colonias obtuvieron la independencia, de modo que nosotros estamos ahora en una situación que conocemos bien. Todos los reinos, repúblicas, aristocracias, etc., de los bípedos, son simplemente pequeños cúmulos de mundos, consistiendo todos en un mundo dominador y unos cuantos súbditos, que, en réplica, están siempre pretendiendo su independencia o pasan de una dominación a otra. La Tierra es la potencia más fuerte entre todas las de los bípedos y aun así menos de una docena son los mundos que le prestan fidelidad.

—Increíble que estas criaturas sean tan ciegas para con sus propios intereses. ¿No tienen una tradición de gobierno único de cuando habitaban solamente un mundo?

—Como ya he dicho, era infrecuente en ellos. El gobierno único existió sólo por unas décadas. El planeta solía estar repartido entre varios gobiernos subplanetarios.

—Jamás había oído nada como eso.

Durante un rato, los supersonidos de las diferentes criaturas se interfirieron unos a otros.

—Está claro. Se trata ni más ni menos que de la naturaleza de las bestias.

Así llegaron al Secretariado de Defensa.

Los cinco Diaboli permanecían codo con codo frente a la mesa. Permanecían en pie porque su anatomía no les permitía nada que correspondiera al acto de sentarse. Al otro lado, cinco terrícolas permanecían también en pie. Habría sido preferible para los terrícolas el estar sentados, lógicamente, pero no había ningún deseo de empequeñecer o aumentar todavía más la ventaja. La mesa era más bien ancha; la más ancha, al parecer, que había podido obtenerse. Esto se hacía por respeto al olfato humano, pues la exhalación de sulfuro por parte de los Diaboli no sólo tenía lugar cuando respiraban, sino que se incrementaba cuando se ponían a hablar. Era una grave dificultad en las negociaciones diplomáticas.

Por lo general, los encuentros no duraban más de media hora, pasada la cual los Diaboli finalizaban sus conversaciones sin ninguna ceremonia y se largaban con viento fresco. Esta vez, sin embargo, la brusca partida fue interrumpida. Un hombre entró y los otros cinco le salieron al paso. Era alto, más alto que cualquiera de los otros terrícolas y vestía un uniforme que delataba su antigüedad. Su cara era redonda y sus ojos fríos y claros. Su negro cabello era fino y aparecía ya tocado por la cana amenaza. Un manchón de tejido cicatrizante le corría desde la parte inferior de la barbilla hasta más allá de la línea de su largo cuello de oscura piel. Debía haber sido causado por algún arma manual de rayos energéticos, disparada por algún olvidado enemigo humano en cualquiera de las cinco guerras en que el hombre había tomado parte.

—Señores —dijo el terrícola que había operado como jefe de negociaciones—, les presento al Secretario de Defensa.

Los Diaboli se sintieron bruscamente sorprendidos y, aunque sus expresiones se mantenían aparentemente inalterables, las láminas sonoras de su frente vibraban activamente. Su estricto sentido de la jerarquía había sido zarandeado. El Secretario era sólo un bípedo y, aunque semejante a los bípedos estándar, era un superior en rango.

El Secretario tenía conocimiento de esto, pero no le había dado importancia. Al menos por diez minutos debía ser aplazada la partida de los Diaboli.

—Señores —dijo el hombre—, debo apelar a su indulgencia por permitirme prolongar su estancia aquí.

El Diabolus del centro contestó en lo más parecido al inglés que Diabolus alguno pudiera pronunciar. En puridad, podía afirmarse que un Diabolus poseía dos bocas. Una estaba afincada al extremo de la quijada y era usada para comer. El movimiento de esta boca raramente era presenciado por un ser humano, pues los Diaboli preferían realizar sus funciones alimenticias en compañía de sus congéneres. Una boca más estrecha, quizá de dos pulgadas de anchura, podía ser usada para hablar. Se abría

levemente, mostrando el lugar donde debieran haber estado los ausentes incisivos de un Diabolus. Permanecía abierta durante todo el tiempo que el sujeto agente tomaba la palabra y los necesarios bloqueos para las consonantes se conformaban por el movimiento conjunto del paladar y la parte trasera de la lengua. El resultado era demencial, pero inteligible.

—Debe usted perdonarnos —dijo el Diabolus—, pero nuestros sufrimientos son fundados. —Y, mediante las vibraciones frontales, enunció sin dificultad—: Están intentando sofocarnos en su vil atmósfera. Debemos solicitar cilindros absorbentes de veneno más duraderos.

—Me hago partícipe de sus sentimientos —dijo el Secretario de Defensa—, pero ésta puede ser mi única oportunidad de hablar con ustedes. Si nos hicieran el honor de comer con nosotros...

El terrícola más cercano al Secretario no pudo reprimir un respingo. Escribió rápidamente en un pedazo de papel y pasó la nota al Secretario, que le lanzó una veloz mirada. Leyó: «No. Comen alfalfa sulfatada. Apesta que da gusto.» El Secretario arrugó la nota y la dejó caer.

—El honor es nuestro —dijo el Diabolus—. Si fuéramos físicamente capaces de permanecer en su extraña atmósfera por más tiempo, aceptaríamos agradecidamente.

—No pueden esperar de nosotros —dijo agitadamente por vía frontal— que comamos con ellos y contemplemos tan tranquilos cómo engullen cadáveres de animales muertos.

—Respetamos sus razones —dijo el Secretario—. Permítannos entonces tramitar ahora nuestros asuntos. En las negociaciones entabladas entre nosotros, no hemos sido capaces de obtener de su gobierno de ustedes, delegado en sus propias personas, ninguna clara indicación acerca de los límites fronterizos de su esfera de influencia. Hemos presentado varias propuestas relativas a esta materia.

—En lo que concierne a los territorios de la Tierra, señor Secretario, una definición al menos ha sido promulgada.

—Pero sin duda podrán ver ustedes mismos que eso no es del todo satisfactorio. Las fronteras de la Tierra y de ustedes no están en contacto en ninguna parte. Hasta ahora no han hecho ustedes otra cosa que declarar este hecho. Para conciliarnos con la verdad, la mera declaración no es satisfactoria.

—No comprendemos del todo. ¿Acaso les gustaría a ustedes discutir con nosotros las fronteras que delimitan nuestros territorios y los de algún reino humano independiente, como el de Vega?

—Por supuesto.

—Pero eso no puede ser hecho, señor. Con seguridad, usted advierte a la perfección que cualesquiera sean las relaciones entre nosotros y el reino soberano de Vega, éstas no afectan para nada a la Tierra. Tales relaciones sólo pueden ser discutidas con Vega.

—¿Negociarían ustedes un centenar de veces con los cien sistemas mundiales

humanos?

—Es necesario. Me permitiré apuntar, sin embargo, que esa necesidad es impuesta, no por nosotros, sino por la naturaleza de la organización humana.

—Entonces, eso limita tácitamente nuestro campo de discusión.

El Secretario parecía abstraído. Estaba escuchando, no exactamente a los Diaboli que tenía ante sí, sino más bien, o al menos así lo parecía, algo situado a distancia.

Hubo entonces una brusca conmoción, apenas escuchada en el exterior del Secretariado. El barboteo de voces distantes, el seco crujido de armas energéticas amortiguadas por la lejanía, y luego el agitado ruido de los furgones de la policía.

Los Diaboli no manifestaban la menor señal de haber oído y no, al parecer, por simple medida de educación. Si su capacidad para la recepción de ondas sonoras supersónicas iba más allá en delicadeza y agudeza que cualquier cacharro sensible inventado jamás por los humanos, su facultad para la percepción de las ondas sonoras ordinarias era más bien escasa.

—Permítanos manifestar nuestra sorpresa —decía el Diabolus—. Participábamos de la opinión de que todo esto era sabido por ustedes.

Un hombre con uniforme policíaco apareció en el umbral. El Secretario se volvió hacia él y, con una mínima afirmación de cabeza, lo hizo partir.

—Basta —dijo el Secretario brusca y repentinamente—. Sólo deseaba tener la certeza de que era éste el caso. ¿Puedo esperar que mañana estarán dispuestos ustedes para reanudar las negociaciones?

—Ciertamente, señor.

Uno tras otro, lentamente, con dignidad propia de herederos del universo, los Diaboli salieron.

—Me alegro de que hayan rehusado comer con nosotros —dijo un terrícola.

—Sabía que no podían aceptar —dijo el Secretario pensativamente—. Son vegetarianos. Se ponen enfermos cuando ven comer carne. Los he visto comer. No todos los humanos pueden hacerlo. Se parecen a nuestras vacas comiendo. Engullen su comida y la rumian solemnemente, digiriendo sus bolos alimenticios en una gran comunidad de pensamiento. Quizá se intercomunican por algún medio inadvertido por nosotros. Su gran quijada rota horizontalmente en un lento proceso...

El policía apareció una vez más en el umbral.

El Secretario se interrumpió y lo llamó.

—¿Los tienen a todos?

—Sí, señor.

—¿Tienen a Altmayer?

—Sí, señor.

—Perfecto.

* * *

El gentío se apelonó nuevamente cuando los cinco Diaboli surgieron del Secretariado. La cédula era estricta. A las tres de la tarde de cada día, abandonarían su habitación y emplearían cinco minutos al dirigirse al Secretariado. A las tres y treinta y cinco abandonarían el Secretariado para regresar a su habitación, escoltados por la policía. Marchaban como ausentes, casi mecánicamente, a lo largo de la ancha avenida.

A mitad de camino escucharon una ruidosa detonación. En medio de la muchedumbre, las palabras apenas eran perceptibles; pero ahora se trataba del disparo de un arma energética y de la llamarada de fluorescente azul pálido. Los policías se pusieron en acción empuñando sus propias pistolas energéticas; los furgones aéreos planeando apenas a siete pies del suelo, aterrizaron suavemente en mitad de la gente y, sin tocarla, volvieron a subir casi al instante. La gente se removía y sus voces se unían al barullo general.

Pese a todo, los Diaboli, por su dureza de oído o por su excesiva dignidad, siguieron caminando tan mecánicamente como antes.

Al otro extremo de la congregación, casi opuesto diametralmente a la zona alterada, Richard Sayama Altmayer se frotó la nariz en un momento de satisfacción. El estricto horario de los Diaboli había hecho posible un plan calculado al segundo. El primer disturbio había sido provocado sólo para llamar la atención de la policía. Era ahora...

Disparó una al parecer inofensiva y ruidosa salva.

Instantáneamente, desde cuatro direcciones, otros estampidos hendieron el aire. Desde los tejados de los edificios que daban al camino, los francotiradores dispararon.

Los cinco Diaboli, cogidos por sorpresa, se encogieron y reventaron al explotar el proyectil explosivo que había penetrado en sus cuerpos. Uno tras otro, rodaron por el suelo.

De alguna parte, los policías emergieron junto a Altmayer. Los contempló con cierta sorpresa.

Con gentileza, pues en veinte años había perdido su furia y aprendido reglas de cortesía, dijo:

—Han venido ustedes rápidamente, aunque lamento que demasiado tarde. — Señaló los cuerpos reventados de los Diaboli.

La muchedumbre estaba ahora presa del pánico. Escuadras adicionales de la policía, llegadas al lugar en tiempo límite, nada podían hacer sino desviar carreras y apelonamientos hacia una dirección neutral.

El policía que sujetaba ahora a Altmayer en fuerte tenaza, le cogía la pistola y lo cacheaba en busca de otras, tenía el grado de capitán.

—Creo que ha cometido usted un error, Mr. Altmayer —dijo—. Advertirá que no se ha anegado en sangre esta vez. —A su vez, señaló los cuerpos inertes de los Diaboli.

Altmayer se giró y los contempló. Las criaturas yacían ahora de costado, confusas y revueltas, algunas despedazadas, fragmentos de piel arrancados e incoherentes armazones desparramados. Pero el policía estaba en lo cierto. No había sangre, no había carne. Los pálidos labios de Altmayer se agitaron sin enunciar palabra.

El policía interpretó el movimiento con precisión.

—Lo ha adivinado, señor —dijo—, son robots.

Entonces, de las grandes puertas del Secretariado de Defensa, salieron los verdaderos Diaboli. La escolta de policía les abría un camino distinto, para evitar pasar junto a los maniqués de plástico y aluminio que por tres minutos habían jugado el papel de criaturas vivas.

—Acompáñeme, por favor, Mr. Altmayer —dijo el capitán—. El Secretario de Defensa quiere verlo.

—Ya voy, señor.

Comenzaba a sentir los efectos de una corrosiva frustración.

* * *

Geoffrey Stock y Richard Altmayer se encontraron por vez primera tras casi un cuarto de siglo en la oficina privada del Secretario de Defensa. Era una oficina más bien sencilla: un escritorio, una silla de brazos y otros dos asientos secundarios. Todo era oscuro en colorido, hasta las sillas estaban tapizadas con foamita marrón capaz de relajar el cuerpo, aunque sin transportarlo al éxtasis. Sobre el escritorio había un audiovisor y un pequeño fichero que podía albergar hasta varias docenas de carretes. En la pared de enfrente se dibujaba una vista tridimensional del viejo *Intrépido*, el primer dominio del Secretario.

—Es un poco ridículo —dijo Stock— encontrarnos en estas circunstancias después de tantos años. Sólo puedo decir que lo lamento.

—¿Qué lamentas, Jeff? —Altmayer intentó una sonrisa forzada—. Yo no lamento sino que me hayas engañado con esos robots.

—No fue muy difícil engañarte —dijo Stock—, al tiempo que se ofreció una ocasión excelente para desmembrar tu partido. Estoy seguro de que quedará bastante desacreditado después de esto. El pacifista intenta forzar una guerra; el apóstol de la tolerancia intenta un asesinato.

—Una guerra contra el verdadero enemigo —dijo tristemente Altmayer—. Pero estás en lo cierto. Es la desesperación lo que me ha forzado a ello. —Luego—: ¿Cómo supiste mis planes?

—Por tu todavía sobreestimada humanidad, Dick. En toda conspiración, el punto más débil radica en la gente que participa. Tú tenías veinticinco conspiradores. ¿No se te ocurrió pensar que al menos uno podía ser un chivato, o uno de mis hombres?

El rostro de Altmayer palideció lentamente.

—¿Quién? —preguntó.

—Lo siento. Podemos usarlo otra vez.

Altmayer se sentó en una silla con cansancio.

—¿Qué has sacado con esto?

—¿Qué has sacado *tú*? Sigues siendo tan poco práctico como el último día en que te vi; el día en que preferiste ser encarcelado antes que presentarte a filas. No has cambiado.

Altmayer negó con la cabeza.

—La verdad no cambia —dijo.

—Si se trata de la verdad, ¿por qué se malogra siempre? —dijo Stock con impaciencia—. Permanecer entre rejas no te reportó nada. La guerra se llevó a cabo. Ninguna vida se salvó por tu acto. Desde aquel día comenzaste a organizar un partido político; y cada causa emprendida por ti falla sin remedio. Tu conspiración ha fallado. Estás cerca de los cincuenta, Dick. ¿Qué has sacado en claro? Nada.

—Y tú fuiste a la guerra —dijo Altmayer—, ascendiste a comandante de una nave, luego obtuviste una plaza en el Gabinete. Se dice que serás el próximo Coordinador. Has llevado a cabo un vasto plan. El éxito y el fracaso ya no existen por sí mismos. Pero, ¿qué éxito? Éxito en la obtención de la ruina de la humanidad. ¿Qué fracaso? ¿En salvar esa misma humanidad? No me cambiaría por ti. Jeff, recuerda esto. No hay fracasos en toda buena causa; tan sólo éxitos diferidos.

—¿Aunque seas ejecutado por lo que has hecho hoy?

—Aunque sea ejecutado. Siempre habrá otros que me secunden y continúen mi labor, y el éxito de esos otros será mi propio éxito.

—¿Cómo encaras tú ese éxito? ¿Realmente puedes imaginar una unión entre los mundos, una Federación Galáctica? ¿Pelar la pava con los santannianos? ¿Dejar a los veganos que te digan lo que tienes que hacer? ¿Quieres que la Tierra decida sus propios destinos o permitirás que se encuentre a merced de cualquier azarosa combinación de potencias?

—Estaríamos a su merced tanto como ellos a la nuestra.

—Sólo que nosotros somos los más ricos. Seríamos saqueados por los mundos misérrimos del sector de Sirio.

—Nuestras pérdidas serían menores que las provocadas por las guerras entabladas con ellos.

—¿Tienes respuesta a todas las preguntas, Dick?

—En veinte años nos hemos hecho todas las preguntas posibles, Jeff.

—Entonces la respuesta debe ser una sola. ¿Cómo forzarías a esa unión tuya a toda la humanidad que no la deseara?

—He ahí por qué quise matar a los Diaboli. —Por vez primera, Altmayer mostró cierta agitación—. Significaría la guerra con ellos, pero toda la humanidad se uniría contra el enemigo común. Nuestras propias diferencias ideológicas y políticas desaparecerían ante esto.

—¿Realmente lo crees así? ¿Incluso considerando que los Diaboli jamás nos han

hostilizado? No pueden vivir en nuestros mundos. Deben permanecer en sus mundos saturados de atmósfera sulfúrea y océanos formados por soluciones de sulfuro sódico.

—La humanidad los conoce mejor, Jeff. Se han propagado de mundo en mundo como una explosión atómica. Han extendido sus tentáculos incluso sobre mundos oxigenados inhabitados, justo como nosotros podríamos hacer. Planean con vistas al futuro : preparan habitáculo para incontadas generaciones de futuros Diaboli, mientras nosotros somos constreñidos a un rincón de la Galaxia y luchamos a muerte entre nosotros. Dentro de mil años seremos sus esclavos: dentro de diez mil habremos desaparecido. Sí, sí, son nuestro enemigo común. La humanidad sabe eso. Tal vez lo descubras por ti mismo antes de lo que imaginas ahora.

—Los miembros de tu partido —dijo el Secretario— hablan de la planificación de la antigua Grecia, en la edad preatómica. Nos dicen que los griegos fueron un pueblo maravilloso, el más avanzado culturalmente de toda su época, quizá de todos los tiempos. Pusieron a la humanidad sobre bases que no han sido del todo abandonadas. Tenían tan sólo una imperfección. No podían estar unidos. Hacían conquistas y las perdían. Y nosotros seguimos ahora su huellas, ¿eh?

—Has aprendido bien tu lección, Jeff.

—¿La has aprendido tú, Dick?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tuvieron los griegos algún enemigo común contra el que unirse?

Altmayer guardó silencio.

—Los griegos lucharon contra los persas —dijo Stock—, su gran enemigo común. Pero, ¿no fue un hecho que buena parte de los estados griegos pelearon de parte de los persas?

—Sí —dijo Altmayer finalmente—. Porque consideraban inevitable la victoria persa y deseaban estar de parte del vencedor.

—Los seres humanos no han cambiado, Dick. ¿Qué supones que hacen los Diaboli aquí? ¿Qué crees que discutimos?

—No soy miembro del gobierno.

—No —dijo Stock salvajemente—, pero yo sí. La Liga Vegana se ha aliado con los Diaboli.

—No te creo. No puede ser.

—Puede ser y es. Los Diaboli han acordado suministrarles quinientas naves en cualquier ocasión que rompan hostilidades con la Tierra. A cambio, Vega abandona toda reclamación de la constelación nigeliana. En efecto, si hubieras matado a los Diaboli habríamos posiblemente entrado en una guerra : pero media humanidad lucharía con los que tú llamas enemigos comunes. Eso es lo que intentamos evitar.

—Estoy preparado para el proceso —dijo Altmayer lentamente—. ¿O voy a ser ejecutado sin ninguno?

—Todavía sigues siendo un bobo, Dick —dijo Stock—. Si te ejecutamos, te convertirás en un mártir. Si te conservamos vivo y liquidamos tan sólo a tus secuaces,

se sospechará de ti. Como traidor serás completamente inofensivo en el futuro.

Así, el 5 de septiembre de 2788, Richard Sayama Altmayer, después de un juicio sumarísimo a puerta cerrada, fue sentenciado a cinco años de prisión. Cumplió la condena. El año en que abandonó la cárcel, Geoffrey Stock fue elegido Coordinador de la Tierra.

III

21 de diciembre de 2800

Simon Devoire estaba intranquilo. Era un tipo pequeño, de pelo rufo y rojiza cara.

—Lamento haber accedido a verte, Altmayer —dijo—. Nada puedo hacer por ti. Me perjudicaría.

—Soy ya un anciano —dijo Altmayer—. No puedo hacer daño a nadie.

Realmente parecía un anciano. El cambio de siglo le había sorprendido con dos tercios de centuria, pero parecía ser mucho más viejo, más viejo por dentro y más viejo por fuera. Sus ropas le venían demasiado grandes. Sólo su nariz no había envejecido; era todavía la fina, aristocrática y levantada nariz de Altmayer.

—No es que tenga miedo —dijo Devoire.

—¿Por qué no lo tienes? ¿No piensas acaso que traicioné a los hombres del año 88?

—No, claro que no. Ningún hombre con sentido creería que lo hiciste. Pero los días de los federalistas han pasado, Altmayer.

Altmayer intentó sonreír. Se sintió levemente rabioso; no había comido, no había tenido tiempo para comer. ¿Habían pasado los días de los federalistas? Así debía parecer a los demás. El movimiento había declinado cubierto de ridículo. Una conspiración que falla, una «causa perdida», es a menudo tema romántico. Pertenece al recuerdo y a las generaciones siguientes calificar con dignidad o no una causa perdida. Pero atentar contra criaturas vivas y descubrir que se trata de robots, ser manejado a expensas del enemigo, hacer el ridículo... es morir. Morir más que caer vejado por la traición, el error o el pecado. No fueron muchos los que creyeron en la preparada maniobra que calificara de traidor a Altmayer, pero la carcajada universal había aniquilado al federalismo con mayor contundencia si cabe que si todo el mundo lo hubiera considerado desleal.

Pese a ello, Altmayer había permanecido firmemente al pie del cañón.

—Mientras la raza humana siga viviendo —dijo—, no pasará el día de los federalistas.

—Palabras —dijo Devoire con impaciencia—. Significaban más para mí cuando era joven. Estoy un poco cansado ahora.

—Simon, necesito tener acceso al sistema subterráneo.

El rostro de Devoire se endureció.

—Y has pensado en mí. Lo siento, Altmayer, pero no puedo permitir que uses mi emisora para tus propósitos.

—Fuiste en un tiempo de los federalistas.

—No volvamos sobre eso —dijo Devoire—. Ya pertenece al pasado. Ahora soy... nada. Un devoirista, supongo. Quiero vivir.

—¿Incluso bajo la bota de los Diaboli? ¿Quieres vivir cuando ellos lo decidan? ¿Morir cuando así lo dispongan?

—¡Palabras!

—¿Apruebas la conferencia pangaláctica?

Devoire se sonrojó con su habitual tinte rosado. Daba la impresión de ser un hombre que poseía sangre en exceso.

—Bien, ¿por qué no? —dijo lentamente—. ¿Qué importa el modo si obtenemos una Federación del Hombre? Si todavía eres federalista, ¿qué tienes que objetar a una humanidad unida?

—¿Unida bajo el dominio de los Diaboli?

—¿Cuál es la diferencia? La humanidad no puede unirse por sí misma. Dejemos que sea así mientras el hecho se consuma. Estoy asqueado de todo, Altmayer, asqueado de toda nuestra estúpida historia. Cansado de pretender convertirme en un idealista sin ideales actualizados. Los seres humanos son seres humanos y eso es todo lo que hay que mirar. Quizá lo que queremos es un buen látigo. Si es así, estoy totalmente de acuerdo en permitir que los Diaboli nos latiguen.

—Estás loco, Devoire —dijo Altmayer con tranquilidad—. No podrá ser una unión verdadera, tú lo sabes perfectamente. Los Diaboli han organizado esta conferencia para constituirse en árbitros de todas nuestras disputas y reservarse el privilegio de impartir decisiones sobre nuestros propios asuntos. Tú sabes que no tienen la menor intención de establecer un gobierno humano centralizado. Será una especie de directorio delegado; cada gobierno humano conducirá sus asuntos como antes y pugnará en disparejas direcciones como antes. La única diferencia consistirá en que nos acostumbremos a correr hasta los Diaboli para contarles nuestras miserables cuitas.

—¿Cómo sabes que será ése el resultado?

—¿Podemos pensar seriamente que pueda ser otro?

Devoire alargó el labio inferior.

—¡Tal vez no! —exclamó.

—Aparta entonces el velo que te ciega, Simon. Cualquier independencia que tengamos ahora se perderá.

—Por lo que nos ha dado esa independencia... Además, ¿qué voy a decirte? No podemos detenerlo. El Coordinador Stock no tiene probablemente más poderes que tú sobre esa conferencia, pero eso no será de mucha ayuda para él. Si la Tierra no

participa, la unión se llevará a cabo sin nosotros y entonces tendremos que habérmolas contra el resto de la humanidad más los Diaboli. Y lo mismo ocurrirá con cualquier otro gobierno que quiera retroceder.

—¿Y si *todos* los gobiernos retroceden? ¿No se desmontaría la conferencia totalmente?

—¿Sabes de alguna circunstancia en que los gobiernos humanos hayan operado juntos? Eso es lo nunca visto, Altmayer.

—Ahora hay nuevos hechos involucrados.

—¿Cuáles? Sé que soy un imbécil al preguntarlo, pero adelante.

—En veinte años, la Galaxia ha sido cerrada para las naves humanas. Tú sabes eso. Ninguno de nosotros tiene la más remota idea de lo que ocurre en el interior de la esfera de operaciones de los Diaboli. Y hay algunas colonias humanas en esa esfera.

—¿De modo que...?

—A veces, los seres humanos se internan en la pequeña porción de la Galaxia que aún permanece humana y libre. El gobierno de la Tierra recibe informes : informes que no osa hacer públicos. Pero no todos los oficiales del gobierno permanecen en semejante cobardía. Uno de ellos se entrevistó conmigo. No puedo decirte quién, claro... pero he obtenido documentos oficiales, acreditados y ciertos.

—¿Sobre qué? —dijo Devoire encogiéndose de hombros. Giró el cronómetro del escritorio en un gesto preconcebidamente exhibicionista para que Altmayer pudiera apreciar la brillante esfera metálica ilustrada de rojas figuras. Eran las 10.31, pero en el momento de darle la vuelta, el 1 desapareció dando paso al 2.

—Hay un planeta —dijo Altmayer— que los colonos llaman Chu Hsi. No posee una población muy vasta, dos millones tal vez. Hace quince años los Diaboli ocuparon algunos territorios del planeta; en todos estos quince años ninguna nave humana ha aterrizado sobre su superficie. Sin embargo, el año pasado lo hicieron los Diaboli. Llevaron grandes naves cargadas de sulfato sódico y cultivos bacterianos procedentes de sus propios mundos.

—¿Qué?... No querrás que me crea eso, ¿eh?

—Inténtalo, pues —dijo Altmayer irónicamente—. No es difícil. El sulfato sódico puede disolverse en los océanos de cualquier mundo. En un océano sulfatado, sus bacterias crecerán, se multiplicarán y producirán sulfuro de hidrógeno en tan tremendas cantidades que llenarán los océanos y la atmósfera. Podrán entonces transportar sus plantas y animales y, eventualmente, ellos también. Otro planeta pasará a ser habitable por la vida Diabolus... e inhabitable para cualquier humano. Llevará tiempo, claro, pero los Diaboli tienen tiempo. Son un pueblo unido y...

—Alto, alto —dijo Devoire agitando una mano con disgusto—, eso no me convence del todo. Los Diaboli tienen más mundos que medios para utilizarlos.

—Sí, según sus propósitos actuales, pero los Diaboli son criaturas que miran hacia el futuro. Su índice de expansión demográfica es alto y con el tiempo llenarán la Galaxia. Y la llenarán más confortablemente si devienen los únicos seres

inteligentes del universo.

—Pero eso es imposible sobre bases puramente físicas. ¿Sabes cuántos millones de toneladas de sulfato sódico necesitarían para llenar los océanos, a tenor de sus requerimientos?

—Obviamente, un suministro a nivel planetario.

—Bien, en ese caso, ¿imaginas que van a despojar uno de sus mundos para crear otro nuevo? ¿Dónde ves la ventaja?

—Simon, Simon, hay millones de planetas en la Galaxia que, en perfectas condiciones atmosféricas, térmicas y gravitatorias, han permanecido desde siempre inhabitados por humanos o Diaboli. Muchos de esos planetas son adecuadamente ricos en sulfuro.

—¿Y qué pasa con los humanos de tu planeta? —consideró Devoire.

—¿De Chu Hsi? Eutanasia. Excepto para los pocos que escapan a tiempo. Sin dolor, supongo. Los Diaboli no necesitan ser crueles, tan sólo eficientes.

Altmayer esperó. Los puños de Devoire se abrían y cerraban.

—Publica estas noticias —dijo Altmayer—. Difúndelas por las emisoras interestelares. Radia los documentos para los centros de recepción de los distintos mundos. Tú puedes hacerlo, y cuando lo hagas, entonces la conferencia pangaláctica será dada de lado.

La silla de Devoire se corrió hacia delante.

—¿Dónde tienes las pruebas?

—¿Lo harás?

—Quiero ver tus pruebas.

—Ven conmigo —sonrió Altmayer.

* * *

Estaban esperándolo cuando regresó a la habitación donde vivía. Al principio no los advirtió. Le había pasado completamente inadvertido el pequeño vehículo que lo había seguido lentamente y a prudente distancia. Caminaba con la cabeza gacha, calculando el tiempo que tardaría Devoire en difundir la información por todo el Espacio; cuánto tardarían en recibirla las estaciones de Vega, Santanni y Centauro y cuánto éstas en propagarla por toda la Galaxia. Así, sin advertirlo, pasó entre dos hombres que flanqueaban la entrada del edificio de apartamentos.

Sólo al abrir la puerta de su propio cuarto se detuvo para retroceder, pero ya los dos hombres estaban a su espalda. No hizo ningún gesto por escapar. En vez de esto, optó por entrar y sentarse, sintiéndose muy viejo. Pensó febrilmente que sólo necesitaba entretenerlos durante una hora y diez minutos.

El hombre situado en la oscuridad buscó y accionó el interruptor que permitía manejar las luces laterales. Contra la pared, la redonda cara del hombre comenzó a dibujarse.

—Me siento muy honrado —dijo Altmayer— de recibir al Coordinador en persona.

—Somos viejos amigos —dijo Stock—, Dick, tú y yo. Lamento que nuestros encuentros sucedan tan de tarde en tarde.

Altmayer no respondió.

—Tienes en tu poder —dijo Stock— ciertos papeles gubernamentales, Dick.

—Si así lo crees, Jeff —dijo Altmayer—, tendrás que encontrarlos.

Stock se levantó cansadamente.

—Déjate de heroísmos, Dick. Permíteme decirte lo que contienen esos papeles. Son informes circunstanciales de la sulfatación del planeta Chu Hsi. ¿Me equivoco?

Altmayer echó un vistazo al reloj.

—Si planeas retrasarnos y pescarnos como si fuéramos peces, ya puedes quitártelo de la cabeza. Sabemos dónde has estado, conocemos a Devoire y sabemos que tiene los papeles; incluso sabemos lo que piensa hacer con ellos.

Altmayer gimió. La delgada piel de sus mejillas tembló.

—¿Cuánto es lo que sabes?

—Tanto como tú, Dick. Eres un hombre verdaderamente predecible. Ésa es la razón por la que decidimos usarte. ¿Imaginas que el Registrador iba a venir a verte, como hizo, sin nuestro conocimiento?

—No comprendo.

—El gobierno de la Tierra, Dick —dijo Stock—, no tiene mucho entusiasmo por la conferencia pangaláctica. Sin embargo, no somos federalistas; conocemos a la humanidad por lo que ella es. ¿Qué crees que ocurrirá si el resto de la Galaxia descubriera que los Diaboli están convirtiendo un mundo oxigenado en un mundo sulfuroso?

»No, no contestes. Tú eres Dick Altmayer y estoy seguro de que me dirías que con un raptó de indignación ese resto abandonaría la conferencia, se conjuntaría en una unión amorosa y fraternal, se enfrentaría a los Diaboli y acabaría con ellos.

Stock hizo una pausa tan larga que se hubiera dicho que nada más iba a decir. Sin embargo, continuó medio susurrando:

—Absurdo. Los otros mundos dirían que el gobierno de la Tierra intentaba cometer un fraude deliberado, esgrimiendo el documento con el vil propósito de boicotear la conferencia. Los Diaboli lo negarían todo, y muchos de los mundos humanos convendrían conforme a sus intereses aceptar y creer esa negación. Concentrarían sus iras sobre la Tierra y olvidarían las iniquidades de los Diaboli. Como puedes ver, no podemos responsabilizarnos de tal desenmascaramiento.

Altmayer se sintió vacío, inútil.

—Luego vas a detener a Devoire —dijo—. Siempre estás tan seguro de fracasar de antemano... que prefieres creer lo peor y atribuírselo a tus propios congéneres.

—¡Alto ahí! Nada he dicho de detener a Devoire. He dicho tan sólo que el gobierno no puede responsabilizarse de tal desenmascaramiento y no lo hará. Pero el

desenmascaramiento puede hacerse de todas formas, con la novedad de que Devoire será arrestado después, junto contigo, y denunciada la maniobra tan vehementemente como los Diaboli quisieran. El asunto entero cambiará por completo. El gobierno de la Tierra no tendrá ninguna relación con la proclama. Entonces parecerá al resto de los gobiernos humanos que, por nuestros propios intereses, estamos intentando ocultar los actos de los Diaboli, que mantenemos, quizá, un especial entendimiento con ellos. Se pondrán en guardia contra ese entendimiento especial y se unirán contra nosotros. Pero *entonces*, estar contra nosotros significará estar también contra los Diaboli. Insistirán en creer verdadero el desenmascaramiento, se comprobarán los documentos y... la conferencia no se llevará a cabo.

—Lo que significa otra nueva guerra —dijo Altmayer desesperanzado—, y no contra el enemigo real. Una nueva lucha entre los humanos y una victoria inmensa para los Diaboli cuando finalice.

—Nada de guerra —dijo Stock—. Ningún gobierno atacará la Tierra con los Diaboli de nuestra parte. Los otros gobiernos se limitarán a evitarnos y a deslizar una permanente propaganda anti-Diaboli. Más tarde, si hubiera alguna guerra entre nosotros y los Diaboli, los otros gobiernos permanecerán neutrales.

Parecía muy envejecido, pensó Altmayer. Todos estamos viejos, agonizantes. Luego dijo:

—¿Por qué esperas que los Diaboli vuelvan a la Tierra? Podrás embaucar al resto de la humanidad pero no lograrás embaucar a los Diaboli. Ni por un momento pensarán que la Tierra obra con sinceridad.

—Ah, pero volverán. —Geoffrey Stock permaneció inmóvil—. Escucha, los documentos *son* falsificaciones. Los Diaboli pueden estar planeando la sulfuración de planetas para el futuro, pero por el momento y que nosotros sepamos, todavía no lo han intentado.

* * *

El 21 de diciembre de 2800, Richard Sayama Altmayer entró en prisión por tercera y última vez. No hubo proceso ni sentencia definitiva, y ni siquiera un verdadero encarcelamiento, en el auténtico sentido de la palabra. Sus movimientos fueron controlados y sólo a unos cuantos oficiales les fue permitido comunicarse con él, aunque, por otra parte, sus comodidades fueron extremadas. No tuvo acceso a las noticias, claro, de modo que no se enteró de que, en el segundo año de su tercer confinamiento, estalló la guerra entre la Tierra y los Diaboli por un inicial e inesperado ataque sorpresa de un escuadrón terrícola cerca de Sirio contra algunas naves de la flota Diabolus.

* * *

En el año 2802, Geoffrey Stock fue a visitar a Altmayer a la cárcel. Altmayer se levantó sorprendido de verlo.

—Tienes buen aspecto, Dick —dijo Stock.

Por el contrario, él no lo tenía. Su aspecto general aparecía minado. Todavía vestía su uniforme de capitán de navío, pero su cuerpo se negaba a llenarlo. El curso de su vida se apagaba lo mismo que el curso del año, aunque éste era un hecho que le pasaba bastante inadvertido. No le preocupaba. Pensaba repetidamente: «He vivido cuanto tenía que vivir.»

Altmayer, que parecía el más viejo de los dos, tenía frente a sí algo más de nueve años de existencia.

—Un placer inesperado, Jeff —dijo Altmayer—. Pero esta vez nuestro encuentro no puede terminar en mi encarcelamiento. Ya estoy encarcelado.

—He venido para ponerte en libertad, si es que quieres.

—¿Con qué propósito, Jeff? Seguro que hay un propósito oculto. Alguna manera de utilizarme.

La sonrisa de Stock fue meramente una mueca circunstancial.

—Claro que sí, Dick, sólo que esta vez la aprobarás... Estamos en guerra.

—¿Con quién? —Altmayer abrió los ojos con desmesura.

—Con los Diaboli. Desde hace seis meses.

Altmayer unió sus manos, entrelazando los dedos con nerviosismo.

—Lo ignoraba.

—Por supuesto. —El Coordinador se llevó las manos a la espalda y con cierta sorpresa advirtió que estaban temblando. Añadió luego—: Tú y yo hemos tenido el mismo fin... No, déjame hablar. Cuantas veces he querido explicarte mi punto de vista, tantas otras has optado por no entenderme. Nunca fuiste el tipo de hombre capaz de entender lo aparentemente confuso. Yo tenía veinticinco años cuando visité por vez primera un mundo Diabolus, Dick. Desde entonces supe que se trataba de ellos o nosotros.

—Yo también lo dije así —susurró Altmayer— desde el comienzo.

—Con decirlo no bastaba. Tú querías forzar los gobiernos humanos para que se unieran contra ellos, lo que políticamente era irreal y completamente imposible. Ni siquiera alcanzaba la medida del deseo. Los humanos no son los Diaboli. Entre los Diaboli apenas existe la conciencia individual. Entre nosotros, por el contrario, está casi por encima de todo. Ellos apenas saben lo que es la política. Nosotros casi no sabemos otra cosa. Nunca disienten y no tienen sino un gobierno único. Nosotros jamás consentimos, y si disponemos de una pequeña isla para vivir, la dividimos en tres partes.

»*¡Pero en esos desacuerdos está nuestra fuerza!* Tu partido federalista solía hablar de la antigua Grecia como algo grandioso. ¿Recuerdas? Aunque tu gente siempre olvidaba lo esencial. Grecia nunca pudo unirse y por consiguiente debía ser finalmente conquistada. Pero incluso en su desunión derrotó al gigantesco Imperio

Persa. ¿Por qué?

»Señalemos de pasada que las ciudades-estado griegas se mantuvieron en lucha las unas contra las otras durante siglos. Se vieron obligadas a especializarse en técnica militar, sobrepasando a los persas. Hasta los mismos persas advirtieron que, en el último siglo de su existencia imperial, los mercenarios griegos formaban la parte más valiosa de sus ejércitos.

»Lo mismo puede ser dicho de las pequeñas naciones-estado de la Europa preatómica, cuyos siglos de lucha desarrollaron sus artes militares hasta el punto de poder vencer y sujetar durante doscientos años los comparativamente gigantescos imperios asiáticos.

»Eso ocurre con nosotros. Los Diaboli, con toda la extensión de sus dominios galácticos, jamás han sostenido una guerra. Su maquinaria bélica es vasta pero incapaz. En cincuenta años, sus únicos avances han consistido en el remedo de las maquinarias humanas. La humanidad, por el contrario, se ha mantenido siempre en feroces contiendas. Cada gobierno ha competido por superar a sus vecinos en la ciencia militar. Nuestra propia desunión nos hacía sobrevivir como una raza terrible, acuciados por la necesidad, hasta el punto de que al final ninguno se sentía capaz de vencer a los Diaboli, y sólo nos ocupaba el que ninguno luchara de su parte en una guerra general.

»La diplomacia de la Tierra se movió siempre hacia la prevención de semejante eventualidad. No debía haber guerra entre la Tierra y los Diaboli hasta obtener la certeza de que el resto de los gobiernos humanos permanecerían neutrales, y ninguna unión entre gobiernos humanos sería permitida dada la competencia por la perfección militar. De modo que, asegurados de la neutralidad merced al truco que desbancó la conferencia hace dos años, declaramos la guerra y en ella estamos.

Después de cuanto escuchara, Altmayer se sentía posiblemente asustado. Sólo al cabo de un rato pudo articular palabra:

—¿Y si los Diaboli obtienen la victoria?

—Imposible. Hace dos semanas el grueso de las flotas entraron en acción y la suya fue prácticamente aniquilada sin casi la menor pérdida por nuestra parte. Pareció que nos enfrentábamos a naves desarmadas. Nuestras armas eran más eficaces, de mayor alcance, potencia y seguridad. La velocidad alcanzada por las nuestras era tres veces superior, gracias a los dispositivos antiaceleratorios, de los que ellos carecen. Desde esa batalla, una docena de gobiernos humanos han decidido unirse al bando vencedor y declarar la guerra a los Diaboli. Ayer mismo pidieron los Diaboli que se abrieran las negociaciones para un armisticio. La guerra está prácticamente ganada; los Diaboli serán confinados a sus planetas de origen y su expansión futura será la que nosotros permitamos.

Altmayer murmuró incoherentemente.

—Ahora, la unión se ha vuelto necesaria —prosiguió Stock—. Tras la derrota de los persas a manos de las ciudades-estado griegas, sobrevino su ruina porque

continuaron la guerra entre ellas mismas, de modo que primero Macedonia y luego Roma las fueron conquistando. Después que Europa colonizó las Américas, copó África y conquistó Asia, una serie de guerras europeas continuadas condujeron a la ruina de Europa.

»Desunión hasta la conquista; ¡pero la unión inmediatamente después! Y la unión es fácil ahora. Permitamos que una subdivisión se lleve a buen término y el resto clamará por tomar parte en ese buen término. Toynbee, el antiguo escritor, fue el primero en señalar esta diferencia entre lo que él llamó una “minoría dominante” y una “minoría creadora”.

»Nosotros somos ahora una minoría creadora. En una gestión casi espontánea, varios gobiernos humanos han sugerido la formación de una organización de Mundos Unidos. Más de setenta gobiernos están deseando organizar una primera sesión para redactar una Carta de Federación. Los demás se unirán más tarde, estoy seguro. Nos gustaría que tú fueras uno de los delegados por la Tierra, Dick.

Altmayer advirtió que sus ojos estaban húmedos.

—No... no comprendo tus intenciones. ¿Es verdad todo esto?

—Tan cierto como te lo digo. Dick, en tiempos fuiste una voz en el desierto que predicaba por la unión. Tus palabras serán de mucho peso. Recuerda aquello que dijiste en una ocasión: «No hay fracasos en toda buena causa».

—¡No! —exclamó Altmayer con repentina energía—. Parecería que tu causa era la buena.

El rostro de Stock se había endurecido.

—Siempre tuviste un malentendido respecto de la naturaleza humana, Dick. Cuando los Mundos Unidos sean una realidad y cuando las futuras generaciones de hombres y mujeres miren al pasado y contemplen estos días de guerra desde su paz contemporánea, habrán ya olvidado mis métodos. Para ellos representarán guerra y muerte. Por el contrario, recordarán eternamente *tus* llamadas a la unión, *tu* idealismo.

* * *

Se dio la vuelta y Altmayer apenas pudo escuchar sus últimas palabras:

—Y cuando levanten estatuas, no habrá ninguna para mí.

En la Gran Corte, que permanece como una isla de paz inviolada entre las cincuenta millas cuadradas dedicadas a las inmensas edificaciones que conforman los Mundos Unidos de la Galaxia, se levanta una estatua...

ROMPEHUELGA

PRESENTACIÓN

Ya expliqué en mi introducción a *Anochecer*^[3] que a veces el éxito viene por caminos inesperados. Pues bien, en el caso de *Rompehuelgas* yo pensaba que tenía una bomba rompedora. Me parecía que era algo nuevo y original; sentía que contenía un interesante tema sociológico, pleno de significaciones y considerable elevación. No obstante, cuando pude publicarlo se dejó llevar hasta el océano de las mil y una reacciones del público sin dar más que decir que cualquier cosa de poca monta.

Aunque tales cosas no podían molestarme. Si me gusta un relato, me gusta, y ahí concluye mi interés en promocionarlo.

Ésta es una de esas historias de las que puedo recordar cómo se me metieron en la cabeza. Conciérne a uno de mis periódicos viajes a Nueva York, que han acabado por convertirse en algo sobresaliente en mi vida. Son las únicas ocasiones en que puedo pasarme tres o cuatro días sin escribir y no sentirme culpable o inútil por ello.

Naturalmente, cualquier cosa que tendiera a interferir uno de mis viajes descompondría mi por otra parte imperturbable sang froid. En esos casos he de forzar algún que otro arreglo. Me pongo verdaderamente enfermo cuando algo de peso se cruza en mi camino, un huracán o una ventisca, por ejemplo. ¿Y las huelgas del metro? Claro que no todos los empleados del metro, sino sólo unos cuantos hombres clave son los que dicen: «Aquí me las den todas». Por ellos, se paralizaría todo el sistema de ferrocarriles metropolitanos y, con él, la ciudad entera. De modo que si me coge en plena huelga, no me queda más remedio que llegar a una ciudad medio paralizada.

«¿Adónde iremos a parar?», increpé al cielo con mis trágicas maneras, un puño levantado y el otro tirándome del pelo. «Un puñado de hombres puede paralizar toda una megápolis. ¿Adónde iremos a parar?»

Mi actitud se detuvo mientras, de pensamiento, llevé la situación a sus extremos lógicos. Descompuse lenta y cuidadosamente mi cuadro dramático, me encerré en mi despacho y escribí *Rompehuelgas*.

El final feliz consiste en que la proyectada huelga no se llevó a cabo y pude llegar a Nueva York.

Una cosa más sobre esta historia. Representa mi marca personal en cuanto a títulos que se cambian por otros más estúpidos. El editor de la revista en que este relato apareció se llamaba Robert W. Lowndes, hombre virtuoso y erudito como jamás he conocido otro. Nada pudo hacer por evitarlo. Algún idiota de los que coronan los escalafones editoriales decidió llamar al relato *Un macho arreglalo todo*.

¿Por qué «macho»? Pase el matiz del sustantivo, pero ¿qué posible adición aportaba lo de «macho»? ¿Qué ilustración? ¿Qué mejoría? Cielos, puedo comprender (aunque sin aprobar) la función de un título ridículo cambiado por razones de unas ventas más sustanciosas, pero el cambio que nos afecta ni siquiera

puede pretender eso.

Bueno, yo... le devolví el título original.

—Autocontención es la palabra —dijo Elvis Blei, frotándose las gordezuelas manos. Sonrió con inquietud como si ayudara a esclarecer el pensamiento de Steven Lamorak de la Tierra. Todo en su blando rostro, con sus pequeños y dilatados ojos, se mostraba inquieto.

Lamorak exhaló una bocanada de humo apreciativamente y cruzó las piernas.

Sus cabellos estaban moteados de gris y poseía una grande y poderosa quijada.

—¿Del suelo materno? —preguntó, contemplando críticamente el cigarrillo. Intentaba esconder su propio problema ante la tensión del otro.

—Claro —dijo Blei.

—Me maravilla —dijo Lamorak— que tenga usted espacio en su pequeño mundo para tales placeres.

(Lamorak pensó en su primer vislumbre de Elsevere desde la pantalla visora de la nave espacial. Era un rasgado planetoide sin aire, de unos cuantos cientos de millas de diámetro: apenas una roca rojigris, brillando mortecinamente a la luz de su sol, situado a 200 millones de millas de distancia. Era el único objeto de más de una milla de diámetro que orbitaba este sol y los hombres habían acabado por hacer excavaciones en tamaña miniatura y construido una sociedad. Él, en tanto que sociólogo, había ido a estudiar el mundo y ver cómo la humanidad se había ajustado a las proporciones de tan curioso nicho.)

La sonrisa cortés de Blei le llegaba ahora de oreja a oreja.

—No somos un mundo pequeño, doctor Lamorak; usted nos juzga por las dos dimensiones estándar. La superficie del área de Elsevere es sólo las tres cuartas partes del estado de Nueva York, pero no es eso lo importante. Recuerde que podemos ocupar, si así lo quisiéramos, el interior total de Elsevere. Una esfera de 50 millas de radio tiene un volumen de algo más de medio millón de metros cúbicos. Si todo Elsevere fuera ocupado por niveles de 50 pies, el área de la superficie total en el interior del planetoide alcanzaría los 56 millones de millas cuadradas, lo que es igual al total del área seca de la Tierra. Y ninguna de esas millas cuadradas, doctor, sería improductiva.

—Buen Dios —dijo Lamorak, mirando al vacío por unos momentos—. Claro que tiene usted razón. Es extraño que yo nunca lo pensara de esa manera. Pero entonces Elsevere sería el único planetoide explotado total y completamente de entre todos los mundos de la Galaxia; el resto permanecería limitado a la explotación de las dos dimensiones de la superficie, como usted ya apuntó antes. Bien, nunca agradeceré lo suficiente el que el Consejo de ustedes haya sido tan cooperador como para concederme plena libertad en mis investigaciones.

Blei asintió convulsivamente ante esto.

Lamorak arrugó la frente con precipitación y pensó: «Parece seguir la voluntad colectiva de su mundo, como si él en particular no deseara que yo haya venido. Hay algo que no marcha».

—Por supuesto —dijo Blei—, usted piensa que en este momento somos más

pequeños de lo que potencialmente somos; sólo pequeñas partes de Elsevere han sido ahuecadas y habitadas. No estamos muy ansiosos por la expansión, preferimos llevarla a cabo con lentitud. Hasta cierto punto estamos limitados por la capacidad de nuestros mecanismos pseudo gravitatorios y los convertidores de energía solar.

—Lo comprendo. Pero dígame, Consejero Blei, y esto a título de curiosidad personal y sin que posea mayor relevancia en mi estudio, si puedo ver algunos de sus huertos y rebaños de los primeros niveles. Me fascina pensar en campos de trigo y criaderos de vacas en el subsuelo de un planetaide.

—Hallará que las vacas son muy pequeñas para sus modelos, doctor, y, por otra parte, no poseemos mucho trigo. Lo plantamos en medidas reducidas, totalmente planificado. No obstante, aún quedará algo que mostrarle. También un poco de tabaco y algodón. Incluso árboles frutales.

—Maravilloso. Como usted dijo, autocontención. Ustedes reproducen todas las cosas, imagino.

* * *

Los agudos ojos de Lamorak no se perdieron el efecto que sobre Blei produjo su observación. Los ojos elseverianos se encogieron hasta formar puntos de luz que ocultaban su expresión.

—Debemos reproducirlo todo, sí —dijo—. El aire, el agua, los alimentos, los minerales... todo cuanto aquí está agotado debe ser restaurado a su estado natural; vastos productos son reconvertidos en materias primas. Todo cuanto hace falta es energía y tenemos la suficiente. Claro, no nos desenvolvemos con una eficiencia al ciento por ciento: siempre hay una eliminación, un gasto. Tenemos que importar una pequeña cantidad de agua cada año; y si nuestras necesidades crecen, nos vemos obligados a importar un poco de carbón y oxígeno.

—¿Cuándo emprendemos nuestra gira, Consejero Blei? —dijo Lamorak.

La sonrisa de Blei perdió algo de su negligible cordialidad.

—Tan pronto podamos, doctor. Hay que esperar a que se arregle el papeleo rutinario.

Lamorak asintió y, habiendo consumido su cigarrillo, lo apagó.

¿Papeleo rutinario? Ninguna de estas vacilaciones aparecía en la correspondencia preliminar. Elsevere había parecido orgulloso de ser el único planetaide capaz de llamar la atención en toda la Galaxia.

—Me doy cuenta de que yo podría traer alguna influencia problemática a una sociedad tan ajustada —dijo, y contempló cómo Blei se preparaba para dar sus explicaciones.

—Sí —dijo Blei—, nos sentimos un tanto marginados del resto de la Galaxia. Tenemos nuestras costumbres propias. Cada elseveriano se acomoda en un confortable nicho. Esto puede parecer ante un extraño como algo desnaturalizado.

—Sin embargo, el sistema de castas está rodeado de cierta inflexibilidad.

—De acuerdo —dijo Blei rápidamente—; pero dota también de cierta autoseguridad. Tenemos firmes reglas de intermatrimonio y rígidos derechos hereditarios. Cada hombre, cada mujer, cada niño conoce su lugar, lo acepta y es aceptado en él. No hay virtualmente entre nosotros ni neurosis ni enfermedades mentales.

—¿Y no hay inadaptados? —preguntó Lamorak.

Blei conformó los labios para decir que no, pero algo pareció llevarse repentinamente su voz y la negación se formuló en silencio; un profundo frunce se marcó en su frente.

—Arreglaré lo de la gira, doctor —dijo en voz alta—. Mientras tanto, imagino que agradecerá usted una oportunidad para descansar y dormir.

Se levantaron a un tiempo y abandonaron la sala, Blei educadamente invitando al terrícola a que lo precediera al pasar por la puerta.

* * *

Lamorak se sintió oprimido por la vaga sensación de crisis que había rodeado su discusión con Blei.

El periódico reforzó ese sentimiento. Lo leyó atentamente antes de meterse en la cama, con lo que era al principio meramente un interés clínico. Era un periódico sensacionalista de ocho páginas de papel sintético. Un cuarto estaba ocupado por «noticias nacionales»: nacimientos, matrimonios, defunciones, producción alcanzada, expansión del volumen habitable (¡no del área, sino de las tres dimensiones!) El resto incluía ensayos, material educativo y ficción. Noticias, en el sentido que esto tenía para Lamorak, no había prácticamente ninguna.

Tan sólo una gaceta podía ser considerada así, aunque brillaba por su incompetencia.

Decía, bajo un corto titular: *LAS DEMANDAS SIGUEN INMUTABLES: No ha habido cambio en su actitud de ayer. El Jefe del Consejo, tras una segunda entrevista, anunció que sus demandas continúan siendo completamente irracionales y que no pueden cumplirse bajo ninguna circunstancia.*

Luego, entre paréntesis, en tipografía diferente, encontró la siguiente declaración: *Los editores de este periódico están de acuerdo en que Elsevere no puede ni quiere obedecer sus caprichos, ocurra lo que ocurra.*

Lamorak lo leyó tres veces seguidas. *Su actitud. Sus demandas. Sus caprichos.*

¿De quién?

Durmió inquieto aquella noche.

* * *

No tuvo tiempo para ocuparse de los periódicos en los días que siguieron; pero, a menudo, el asunto volvía a sus pensamientos.

Blei, que había pasado a ser su guía y compañero durante la mayor parte de la gira, parecía más retraído que antes.

Al tercer día (medida bastante artificial para el modelo de veinticuatro horas de la Tierra), Blei, en un momento dado, se detuvo y dijo:

—Este nivel está completamente dedicado a la industria química. No es una sección importante...

Una nube cubrió su expresión demasiado rápidamente y Lamorak lo sujetó por el brazo.

—¿Cuáles son los productos de esta sección?

—Fertilizantes. Materiales orgánicos —dijo Blei en voz baja.

Lamorak le volvió la espalda y se puso a observar lo que la mirada de Blei parecía evadir. Su mirada se deslizó sobre el cercano horizonte de rocas alineadas y edificios ubicados y estratificados entre los niveles.

—¿No es eso una residencia privada? —dijo Lamorak.

Blei no miró al lugar indicado.

—Creo que es la mayor de cuantas he visto —prosiguió Lamorak—. ¿Por qué está en un nivel destinado a fábricas? —Tan sólo esto la hacía digna de atención, pues ya había advertido que los niveles de Elsevere estaban rígidamente divididos entre lo residencial, lo agrícola y lo industrial.

Entonces se volvió.

—¡Consejero Blei! —llamó.

El Consejero se estaba alejando y Lamorak fue tras él con pesadas zancadas.

—¿Algo va mal, señor? —dijo.

—Soy una persona ruda, lo sé —murmuró Blei—. Lo siento. Hay otros asuntos que me preocupan... —Continuó con su rápido paso.

—¿Algo concerniente a *sus* demandas?

Blei se detuvo en seco.

—¿Qué sabe usted acerca de eso?

—No más de lo que acabo de decir. Así lo leí en un periódico.

Blei murmuró algo para sí mismo.

—¿Ragusnik? —dijo Lamorak—. ¿Qué es eso?

—Creo que debe usted ser informado —dijo Blei—. Es humillante, profundamente embarazoso. El Consejo pensaba que el problema sería resuelto a corto plazo y que su visita no tenía por qué aplazarse ni ser molestado, o sea que usted no tenía por qué saber ni ser envuelto en ese problema. Pero nos lleva ya una semana. No sé lo que ocurrirá pero, dadas las apariencias, debe ser mejor para usted que se aleje de aquí. No hay razón para que un Visitante corra un riesgo mortal.

—¿Riesgo mortal? —El terrícola sonrió con incredulidad—. ¿En este pequeño mundo, tan pacífico y atareado? No puedo creerlo.

—Puedo explicárselo —dijo el Consejero elseveriano—. Creo que será lo mejor. —Señaló con la cabeza a su alrededor—. Como le dije, todo sobre Elsevere debe reproducirse. Usted lo comprende. —Sí.

—Lo que incluye... el... excremento humano.

—Supongo que sí —dijo Lamorak.

—El agua es recuperada por destilación y absorción. Lo que queda es convertido en fertilizante para levaduras; también se toma como fuente de elementos primarios y productos parecidos. Esas fábricas que ve se dedican a ello.

—¿Bien? —Lamorak había experimentado cierta dificultad al beber el agua por vez primera al aterrizar en Elsevere, tal vez porque de alguna manera supiera su procedencia; pero había vencido tal sentimiento con facilidad. Incluso en la Tierra misma, el agua era recuperada por proceso natural a partir de toda clase de repulsivas sustancias.

—Igor Ragusnik —dijo Blei con creciente dificultad— es el hombre que está al cargo del proceso industrial de reconversión de excrementos. El puesto ha permanecido en su familia desde que Elsevere comenzó a colonizarse. Uno de los primeros colonos fue Mikhail Ragusnik y él... él...

—Estaba al cargo de la recuperación de excrementos.

—Sí. Esa residencia que usted señaló antes es la residencia de Ragusnik; es la mejor y más primorosa del planetaide. Ragusnik posee privilegios que los demás no tenemos; aunque, después de todo... —la pasión penetró repentinamente en la voz del Consejero— no podemos *hablar* con él.

—¿Qué?

—Él pide plena igualdad social. Quiere que sus hijos se mezclen con los nuestros y que nuestras esposas visiten... ¡Oh! —Pareció presa de intolerante disgusto.

Lamorak pensó que la gacetilla del periódico no mencionaba el nombre de Ragusnik, ni siquiera hacía alusión específica a sus demandas. Dijo:

—Supongo que es un descastado a causa de su ocupación.

—Naturalmente. Excrementos humanos y... —Las palabras le fallaron a Blei. Tras una pausa, prosiguió con mayor tranquilidad—: Como terrícola, supongo que usted no comprende.

—Como sociólogo, creo que sí. —Lamorak pensó en los Intocables de la antigua India, los únicos que tocaban cadáveres. Pensó en la situación de los porquerizos de la vieja Judea.

* * *

—Conjeturo —prosiguió— que Elsevere no transigirá ante sus demandas.

—Nunca —dijo Blei con energía—. Jamás.

—¿Entonces?

—Ragusnik ha amenazado con cesar sus operaciones.

—Declararse en huelga, en otras palabras.

—Así es.

—¿Sería cosa seria?

—Tenemos bastante reserva de agua y alimentos como para mantenernos un tiempo; la reconversión no es esencial en ese sentido. Pero los excrementos se acumularían; infestarían e infectarían el planeta. Después de generaciones enteras de escrupuloso control de las enfermedades, poseemos una resistencia muy baja a los gérmenes infecciosos. Una vez se declarase una epidemia, nada más caer el primero, iríamos cayendo a cientos.

—¿Está Ragusnik al tanto de eso?

—Sí, claro.

—Entonces, ¿piensa usted que está dispuesto a cumplir su amenazas?

—Está loco. Ya ha cesado de trabajar; no ha habido reconversión de excrementos desde la víspera del aterrizaje de usted.

La bulbosa nariz de Blei olfateó disgustadamente como si ya fuera atormentada por el hedor excrementicio. Ante tal gesto, Lamorak olfateó mecánicamente, pero no olió nada.

—¿Ve ahora por qué debe ser mejor para usted que nos deje? —dijo Blei—. Es una humillación para nosotros tener que sugerírselo.

—Un momento —dijo Lamorak—, aún no. Creo que, por el contrario, éste es un asunto de gran interés para mi profesión. ¿Puedo yo hablar con Ragusnik?

—De ningún modo —dijo Blei, alarmado.

—Pero me gustaría captar la situación. Las condiciones sociológicas son únicas aquí y en ningún otro lugar podría establecerse un duplicado. En nombre de la ciencia...

—¿Qué ha querido decir con hablar? ¿Establecer una recepción entre imágenes?

—Sí.

—Lo preguntaré al Consejo —murmuró Blei.

* * *

Se sentaron inquietos en torno a Lamorak, sus austeras y dignas expresiones casando torpemente con su ansiedad. Blei, sentado en medio de ellos, observaba estudiosamente la mirada del terrícola.

El pelicano Jefe del Consejo dijo con blanda voz:

—A despecho de nuestras propias convicciones, señor, aceptaremos lo que sea si de alguna manera es usted capaz de convencerlo. Sin embargo, en ningún caso dará usted a entender que ha contado de algún modo con nuestro consentimiento.

Una cortina de gasa pendía entre el Consejo y Lamorak. Aún podía vislumbrar las siluetas de los Consejeros, pero pese a ello se inclinó atentamente ante el receptor ubicado frente a él. Brillaba ininterrumpidamente.

Una cabeza apareció en él, en colores naturales y con gran realismo. Una oscura y maciza cabeza, de poblada barba y delgados labios rojos conformados en línea horizontal.

—¿Quién es usted? —dijo la imagen con suspicacia.

—Mi nombre es Steven Lamorak; procedo de la Tierra,

—¿Un Visitante?

—Exacto. Estoy visitando Elsevere. ¿Es usted Ragusnik?

—Igor Ragusnik, para servirlo —dijo bromeando la imagen—. Sólo que no hay servicio, ni lo habrá mientras yo y mi familia no seamos tratados como seres humanos.

—¿Se da usted cuenta del peligro que corre Elsevere? —dijo Lamorak—. ¿De la posibilidad de una enfermedad epidémica?

—Si se me concede el derecho a la humanidad, la situación puede normalizarse en veinticuatro horas. Son ellos quienes tienen que remediar la situación.

—Habla usted como un hombre educado, Ragusnik.

—¿Usted cree?

—He sido informado de que usted no rechaza el confort material. Posee una vivienda y vestidos mejores que nadie en Elsevere. Sus hijos reciben la mejor educación.

—De acuerdo. Pero todo por servilismo mecánico. Las niñas sin madre nos son enviadas para recibir cuidados hasta que hayan crecido lo bastante como para ser nuestras esposas. Pero mueren jóvenes de soledad. ¿Por qué? —Había una repentina pasión en su voz—. ¿Por qué tenemos que vivir aislados como si fuéramos monstruos, inadecuados para establecer contacto con los seres humanos? ¿No somos humanos como los demás, con las mismas necesidades, deseos y sentimientos? ¿No realizamos una honorable y útil función?

* * *

Hubo un murmullo a espaldas de Lamorak. Ragusnik lo oyó y su voz se hizo más poderosa.

—Ya veo que tiene usted al Consejo a sus espaldas. Respóndanme: ¿no es una función útil y honorable? Es *su* excremento lo que se convierte en comida para *ustedes*. ¿El hombre que purifica la corrupción es peor que el que la produce? Escúchenme, Consejeros: *no* cederé. Así muera todo Elsevere a causa de las enfermedades, así muramos yo y mi hijo si es necesario, no cederé. Mejor muerta mi familia por enfermedad que viva como hasta ahora.

—Usted ha llevado esta vida desde que nació, ¿no es cierto? —interrumpió Lamorak.

—¿Y qué?

—Que seguramente se habrá acostumbrado.

—Nunca. Resignado, quizás. Mi padre se resignó y yo también me resigné durante mucho tiempo; pero he visto a mi hijo, mi único hijo, y no tiene ningún niño con quien jugar. Mi hermano y yo nos teníamos el uno al otro, pero mi hijo jamás tendrá a nadie y ya me he cansado de tanta resignación. Ya estoy harto de Elsevere y de hablar.

El receptor se apagó.

La cara del Jefe del Consejo habíase tornado de color amarillo pálido. Él y Blei fueron los únicos del grupo que permanecieron con Lamorak.

—Ese hombre está trastornado; no sé qué hacer para forzarlo.

A su lado tenía un vaso de vino; mientras se lo llevaba a los labios, derramó unas cuantas gotas que tintaron sus pantalones de manchitas purpúreas.

—¿Tan irracional es su petición? ¿Por qué no puede ser aceptado en la sociedad?

En los ojos de Blei relampagueó momentáneamente la ira.

—Un tratante en excrementos. —Luego se encogió de hombros—. Usted es terrícola.

Incongruentemente, Lamorak pensó en otro inaceptado, una de las numerosas creaciones clásicas del caricaturista medieval Al Capp.

—¿Trata realmente Ragusnik con los excrementos? —dijo—. Quiero decir si establece un contacto físico. Pues creo que todo tiene que estar manipulado por maquinaria automática.

—Pues claro —dijo el Jefe del Consejo.

—Entonces, ¿cuál es la función exacta de Ragusnik?

—Ajusta manualmente los diversos controles que aseguran el perfecto funcionamiento de la maquinaria. Conecta las unidades que permiten las reparaciones; regula la velocidad funcional de acuerdo con las necesidades del día; adecúa la producción a la demanda. —Y añadió tristemente—: Si tuviéramos espacio para hacer la maquinaria diez veces más completa, todo esto se efectuaría automáticamente; pero sería un derroche innecesario^[4].

—Incluso así —insistió Lamorak—, todo cuanto Ragusnik hace consiste en apretar botones o cerrar contactos.

—Sí.

—Entonces su trabajo no es diferente del de cualquier otro elseveriano.

—Usted no lo entiende —dijo Blei.

—¿Y para qué van a arriesgar ustedes la vida de sus hijos?

—No tenemos otra opción —dijo Blei. En su voz había la suficiente tensión como para asegurar a Lamorak que la situación era torturante para él.

—Entonces, rompamos la huelga. Forcémoslo —dijo Lamorak con disgusto.

—¿Cómo? —dijo el Jefe del Consejo—. ¿Quién se acercaría hasta él? Y si lo matamos en un forcejeo, ¿qué beneficio obtendremos con ello?

* * *

—¿Y si aprendiéramos a manejar su maquinaria? —dijo Lamorak, pensativamente.

—¿Quién? ¿Nosotros? —aulló el Jefe del Consejo poniéndose en pie.

—No me he referido a ninguno de ustedes —gritó a su vez Lamorak—. Lo he dicho de forma impersonal. ¿Podría *alguien* aprender el manejo de la maquinaria de Ragusnik?

Lentamente, la tensión desapareció del rostro del Jefe del Consejo.

—Está en los libros, estoy seguro... aunque le aseguro que jamás he tenido que ver con ello.

—Entonces, ¿podría alguien aprender el procedimiento y sustituir a Ragusnik hasta que el hombre entre en razón?

—¿Quién aceptaría hacer una cosa así? —dijo Blei—. No, bajo las circunstancias que fueren.

Lamorak pensó si los tabúes de la Tierra habían llegado a ser tan poderosos. Pensó en el canibalismo, en el incesto, en un hombre pío maldiciendo a Dios.

—Pero deben haber previsto ustedes cualquier eventualidad que ausentara a Ragusnik de su trabajo. Suponga que se muere.

—Entonces su hijo ocuparía automáticamente su puesto, o su pariente más cercano —dijo Blei.

—¿Y si no tiene parientes adultos? ¿Si su familia muere toda ella de golpe?

—Nunca ha ocurrido eso; jamás ocurrirá.

—Si existiera ese peligro —añadió el Jefe del Consejo—, nuestro deber sería, quizá, llevar un muchacho o dos junto a Ragusnik para educarlos en la profesión.

—¡Ah! ¿Y cómo elegirían a ese muchacho?

—Lo escogeríamos de entre los niños de madres que mueren al dar a luz, que es como escogemos la prometida del futuro Ragusnik.

—Pues elijan un sustituto de Ragusnik ahora, a suertes —dijo Lamorak.

—¡No! ¡Imposible! —exclamó el Jefe del Consejo—. ¿Cómo puede sugerir tal cosa? Cuando seleccionamos un muchacho, el muchacho aún no ha elegido camino en la vida; cuando crece, no sabe otra cosa. Pero ahora sería necesario escoger un adulto e injertarlo en el clan de los Ragusnik. No, doctor Lamorak, no tenemos ni monstruos ni bestias abandonadas.

«No por lo general —pensó Lamorak desesperanzado—. *No por lo general, salvo...*»

No pudo encarar ese *salvo* por más tiempo.

* * *

Aquella noche, Lamorak apenas pudo dormir. Ragusnik solicitaba tan sólo los elementos básicos de toda humanidad. Pero frente a él había treinta mil elseverianos que se jugaban la vida.

El bienestar de esos treinta mil por un lado; por el otro, las justas demandas de una familia. ¿Podía alguien decir que los treinta mil que soportaban tal injusticia merecían la muerte? Injusticia, ¿con qué patrones medida? ¿Con los de la Tierra? ¿Con los de Elsevere? ¿Y quién era Lamorak para juzgar?

¿Y Ragusnik? Él estaba dispuesto a dejar morir a los treinta mil, incluyendo hombres y mujeres que meramente aceptaban una situación que habían sido obligados a aceptar y que no podían cambiar aunque quisieran. Y niños que nada tenían que ver en el asunto.

Treinta mil por un lado; por el otro, una única familia.

Lamorak tomó su decisión con algo que se acercaba al desconsuelo ; a la mañana siguiente llamó al Jefe del Consejo.

—Señor —dijo—, si usted encuentra un sustituto, Ragusnik verá que ha perdido la oportunidad de forzar una decisión a su favor y se reincorporará al trabajo.

—No puede haber ningún sustituto —dijo el Jefe del Consejo—; ya le expliqué esta cuestión.

—Ninguno entre los elseverianos; pero yo no soy elseveriano y a mí no me importa. Yo seré el sustituto.

* * *

Estaban excitados, más excitados que el mismo Lamorak. Por una docena de veces le habían preguntado ya si había hablado en serio.

Lamorak no se había afeitado y se sentía asqueado.

—Hablo muy en serio. Y cada vez que Ragusnik haga lo mismo, podrán ustedes importar un sustituto. En ningún otro mundo coexiste tamaño tabú, de modo que si pagan bien obtendrán una buena plantilla de sustitutos temporales.

(Estaba traicionando a un hombre brutalmente explotado y no lo ignoraba. Pero se decía para sí mismo, desesperadamente: *Excepción hecha del ostracismo, está muy bien tratado. Muy bien.*)

Le dieron el libro de instrucciones y empleó seis horas leyéndolo y releuyéndolo. No había preguntas que hacer. Ninguno de los elseverianos sabía nada de tal empleo, salvo lo que se podía leer en el libro; y era poco agradable no tener puntos de referencia.

—Mantener a cero la lectura del galvanómetro A-2 todo el tiempo que dure la señal roja del silbador de empuje —leyó Lamorak—. Ahora bien, ¿qué es el silbador de empuje?

—Tiene que haber un dibujo —murmuró Blei y los elseverianos, con la boca abierta, miraban a uno y otro siguiendo con los ojos las indicaciones recorridas por los dedos.

* * *

Lo dejaron antes de que alcanzara las pequeñas habitaciones utilizadas como cuarteles generales de las generaciones de trabajadores Ragusniks al servicio de su mundo. Tenía instrucciones específicas acerca de qué vueltas dar y qué nivel alcanzar, de modo que se quedaron atrás y le dejaron proceder solo.

Atravesaba esmeradamente las habitaciones, identificando instrumentos y mandos, siguiendo los esquemáticos diagramas del libro de instrucciones.

He ahí el silbador de empuje, pensó con satisfacción. El dibujo que viera así lo indicaba al menos. Tenía una cara semicircular que aparecía hendida por diversos puntos destinados a brillar con diferentes colores. ¿Por qué «silbador» entonces?

No lo sabía.

Por doquier, pensó Lamorak, *por doquier se van acumulando los excrementos, presionando contra engranajes y salidas, tuberías y destiladeras, esperando ser manipulados de cincuenta formas distintas. Justamente ahora yacen acumulados.*

No sin temor pulsó el primer interruptor de la forma que el libro de instrucciones señalaba en el apartado de «Iniciación». Un rumor de vida que se hace a sí misma se dejó sentir a través de suelos y paredes. Giró un conmutador y se encendieron las luces.

Aunque se lo sabía de memoria, consultaba el libro de instrucciones a cada paso que daba; y a cada paso, las habitaciones crujían y los indicadores saltaban a medida que el rumor se iba haciendo más y más pesado.

En algún oscuro lugar de las factorías, los excrementos acumulados comenzaban a penetrar en los adecuados canales.

* * *

Una silbante señal sonó y sacó a Lamorak de su concentración. Era la señal de comunicación y Lamorak puso en acción su receptor.

Apareció la cabeza de Ragusnik, observando; luego, lentamente, la incredulidad fue desapareciendo de sus ojos.

—Así que *usted* es la causa.

—No soy elseveriano, Ragusnik; no me importa hacer esto.

—Pero, ¿qué le importa a usted? ¿Por qué se mete por medio?

—Estoy de su parte, Ragusnik, pero debo hacer esto.

—¿Por qué, si está de mi parte? ¿Se trata a la gente en su mundo como se me trata a mí aquí?

—No mucho mejor. Pero aun cuando tenga usted razón, hay treinta mil elseverianos que considerar.

—Habrían cedido; usted ha arruinado mi única oportunidad.

—No habrían cedido. En cierto modo ha ganado usted; ahora ya saben que está usted insatisfecho. Hasta ahora no habían ni soñado que un Ragusnik pudiera ser infeliz, que pudiera tener problemas.

—¿Y qué pasa ahora que lo saben? Todo cuanto necesitarán será contratar un Visitante de vez en cuando.

Lamorak sacudió la cabeza violentamente. Lo había estado pensando durante las últimas amargas horas.

—El hecho de que lo sepan significa que todos los elseverianos comenzarán a pensar sobre usted; algunos se preguntarán si hay derecho a tratar así a un ser humano. Y si contratan Visitantes, difundirán su problema y la opinión pública de toda la Galaxia estará a su favor.

—¿Y?

—Las cosas mejorarán. Cuando su hijo sea mayor, las cosas habrán mejorado.

—Cuando mi hijo sea mayor —dijo Ragusnik resoplando—. Tenía que haberlo conseguido ahora. Bien, he perdido. Volveré al trabajo.

Lamorak sintió que lo invadía una ola de alivio.

—Señor, puede usted reincorporarse cuando guste. Me encontrará aquí y será para mí un honor poder echarle una mano.

La cara de Ragusnik se iluminó y pareció hincharse de orgullo.

—Me llama «señor» y se ofrece a echarme una mano. Váyase por ahí, terrícola, y déjeme a mí con mi trabajo, que yo no voy a ayudarlo en el suyo.

* * *

Lamorak desanduvo el camino recorrido, ya aliviado de la crisis soportada aunque también profundamente deprimido.

Se detuvo sorprendido cuando se encontró con que una sección del pasillo estaba cerrada, de manera que no podía avanzar. Buscó otras rutas que seguir pero acto seguido una voz. resonó sobre su cabeza.

—¿Me oye, doctor Lamorak? Le habla el Consejero Blei.

Lamorak alzó la cabeza. La voz venía de algún sistema de instalación estereofónica, aunque no pudo localizar los altavoces.

—¿Algo va mal? ¿Puede oírme? —dijo gritando.

—Le escucho.

—¿Algo va mal? —repitió instintivamente—. Parece que hay aquí un bloqueo. ¿Hay alguna complicación con Ragusnik?

—Ragusnik ha ido a su trabajo —dijo la voz de Blei—. La crisis ha sido superada y usted debe prepararse para marcharse. '

—¿Marcharme?

—Marcharse de Elsevere; una nave ha sido preparada para usted.

—Espere un momento. —Lamorak estaba confundido por esta repentina

acumulación de sucesos—. Aún no he recogido todos los datos que necesitaba.

—Es igual. Usted será conducido directamente hasta la nave y sus pertenencias le serán enviadas después mediante servomecanismos. Confiamos... confiamos...

—Confían ¿en qué? —Algo comenzaba a hacerse claro para Lamorak.

—Confiamos en que usted no intentará ver ni hablar directamente a ningún elseveriano. Y, obviamente, esperamos que evitará usted confusiones no intentando regresar a Elsevere nunca más. Cualquier colega de usted será bien recibido por nosotros si necesitara cualquier dato concerniente a nuestro planetaide.

—Entiendo —dijo Lamorak sin ningún tono en la voz. Evidentemente se había convertido en un Ragusnik. Había manejado los mandos que, a su vez, habían estado en contacto con los excrementos. El ostracismo había caído sobre él. Era un manipulador de cadáveres, un porquerizo.

—Adiós —dijo.

—Antes que lo conduzcamos, doctor Lamorak... En nombre del Consejo de Elsevere, gracias por ayudarnos en esta crisis.

—De nada —dijo Lamorak agriamente.

MI HIJO, EL FÍSICO

PRESENTACIÓN

Uno de los efectos secundarios de la creciente respetabilidad de la ciencia ficción es el que comenzó a aparecer en los mercados cuando, hace apenas unos años, el Departamento de Sanidad podría haber sido llamado para retirar cuantos manuscritos se habían deslizado subrepticamente en las oficinas editoriales. Nunca podré olvidar la conmoción que agitó al mundo aficionado de ciencia ficción cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, Robert A. Heinlein rompió la barrera de «disolventes» al publicar un insoluble relato de ciencia ficción en el Saturday Evening Post.

Hoy día, en cambio, es ya rutinario toparse con escritores de ciencia ficción y relatos suyos en publicaciones de tan amplio espectro como Playboy. Sin embargo, la competencia entre mercados es tal que la pequeña especialidad de las revistas de ciencia ficción tiene tropiezos para sostener a los escritores más experimentados, lo que no compensa como debiera la recién ganada respetabilidad. Antes bien es injusto.

Pero el mercado más extraño de la ciencia ficción es, en mi opinión, el constituido por las columnas de anuncios del excelente (y para mí indispensable) periódico Scientific American. Al parecer, una compañía llamada Hoffman Electronics Corporation concibió la idea de lanzar una serie de anuncios que incluirían dos páginas (menos una columna) de relatos de ciencia ficción ilustrados: verdaderos relatos debidos a reconocidos maestros. La columna sobrante sería utilizada para promover los productos de la compañía de manera discreta. No había un compromiso directo entre relato y anuncio y el escritor podía tener carta blanca, salvo que se prestaría mayor interés a los relatos que hicieran mención de las comunicaciones de cualquier forma que fuese (dado que lo que vendía Hoffman era tecnología de las comunicaciones).

El desafío era interesante y la integridad artística quedaba a salvo, de modo que cuando se me pidió un relato para la sección acepté y escribí Mi hijo, el físico. Como podrá ver, aparecen las comunicaciones aunque no de forma comercial. Hoffman aceptó la historia sin cambiar una palabra ni una coma y la publicó no sólo en las columnas de Scientific American sino también en el Fortune.

Fue toda una experiencia, se lo aseguro, porque no parecía probable que mi relato apareciera en alguna otra publicación.

Me intranquiliza, sin embargo, el que fuera tan sobre ruedas. Tan sólo aparecieron seis anuncios, al menos por lo que sé, y luego cesaron de publicarse. Bueno, tal vez tuvieran dificultades en encontrar relatos apropiados. Por lo demás, ignoro qué pudo haber ocurrido.

Su cabello era de un luminoso verde manzana, muy aplastado, muy pasado de moda. Uno podía darse cuenta de que ella poseía mano maestra en los tejemanejes del teñido de hace treinta años, antes que los rizos y las rayas se pusieran de moda.

Poseía también una dulce sonrisa y una apariencia de calma rayana en la serenidad.

Por comparación, destacaba chillonamente en medio de la confusión que la envolvió al entrar en el gran edificio gubernamental.

Una chica pasó a su lado medio corriendo, se detuvo y se volvió hacia ella con mirada atónita.

—¿Cómo ha entrado?

—Estoy buscando a mi hijo, el físico —dijo sonriendo la mujer.

—Su hijo, el...

—Realmente es ingeniero de comunicaciones. El físico Gerard Cremona.

—Dr. Cremona. Sí, está en... ¿Dónde tiene el pase?

—Téngalo. Soy su madre.

—Bien, señora Cremona, ignoro dónde pueda estar. Tengo que... Su oficina está allí. Puede preguntar a cualquiera —dijo y se alejó corriendo.

La señora Cremona sacudió suavemente la cabeza. Algo había ocurrido, supuso. Esperaba que Gerard se encontrara bien.

Provenientes del pasillo alcanzó a escuchar unas voces y sonrió con alegría. Una de ellas era la de Gerard.

Echó a andar, penetró en una sala y dijo:

—¡Hola, Gerard!

Gerard era un hombre alto, aún con bastante cabello y ligeras manchas grisáceas que ya comenzaban a manifestarse porque rehusaba el empleo del tinte. Decía que estaba demasiado atareado. Ella se sentía muy orgullosa de él y de lo que había alcanzado.

En aquel momento se encontraba hablando con un hombre de uniforme militar. No sabía distinguir su rango, pero ella sabía que Gerard podía entenderse con él.

Gerard alzó la mirada y dijo:

—¿Qué hace usted...? ¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

—He venido a visitarte.

—¿Es jueves hoy? Oh, Señor, lo había olvidado. Siéntate, mamá, no puedo atenderte ahora. En cualquier sitio, siéntate donde puedas. Bien, general.

El general Reiner lanzó una mirada por encima de su hombro y una mano se unió con la otra donde la espalda comienza a cambiar de nombre.

—¿Su madre?

—Sí.

—¿Debería estar aquí?

—Pues realmente no, pero yo respondo por ella. No es capaz siquiera de leer un termómetro, de modo que nada de cuanto oiga tendrá el menor significado para ella.

Bien, general. Ellos están en Plutón. ¿Se da cuenta? Están allí. Las señales de radio no pueden tener un origen natural de manera que deben estar generadas por seres humanos, por hombres nuestros. Tendrá que aceptar esto. De todas las expediciones que hemos enviado más allá de la zona de planetoides, una ha tenido que hacerlo. Y alcanzado Plutón.

—Sí, entiendo lo que me dice, pero ¿no resulta un tanto imposible? Los hombres que están ahora en Plutón fueron lanzados con equipamiento incapaz de sobrevivir más allá de un año, y de ello hace ya cuatro años. Por el contrario, he aquí lo que yo entiendo: se dirigieron a Ganímedes y ahora parece que se encuentran a ocho veces la distancia que media entre Ganímedes y nosotros.

—Exactamente. Y tenemos que saber cómo y por qué. Ellos pueden... tener necesidad de ayuda.

—¿De qué clase? ¿Cómo?

Cremona movió las mandíbulas como si estuviera rezando para sí.

—General, me estoy poniendo a mí mismo en un aprieto pero es posible que esto tenga que ver con no-humanos. Con extraterrestres. Tenemos que descubrirlo. No sabemos hasta cuándo seguiremos manteniendo el contacto.

—Quiere usted decir —dijo el general, tornando su grave expresión por una semisonrisa— que pueden haber eludido la vigilancia y que pueden volver a ser capturados.

—Quizá. Quizá. El futuro de la raza humana puede depender del conocimiento exacto de aquello con lo que nos enfrentamos. Conocimiento *actual*.

—Muy bien. ¿Y qué es lo que usted quiere?

—Vamos a necesitar el computador Multivac del Ejército. Encarar los problemas es dar un paso hacia su solución y tenemos que comenzar a programar nuestro problema semántico general. Todos los ingenieros de comunicaciones que tiene usted deben dejar cuanto los tenga ocupados y pasar a nuestro servicio.

—Pero, ¿por qué? No veo la relación.

—General —interrumpió una voz—, ¿le gustaría comer un poco de fruta? He traído algunas naranjas.

—¡Mamá! —dijo Cremona—. ¡Por favor! ¡Más tarde! General, es bien sencillo. En este momento Plutón se encuentra a cuatro billones de millas. Las ondas de radio, viajando a la velocidad de la luz tardarían seis horas en llegar de aquí hasta allí. Si queremos hablar con ellos, tendremos que esperar doce horas para obtener una respuesta. Y si ellos contestan y no lo entendemos y replicamos con un «¿qué?» y se ven obligados a repetir... bueno, tardaremos un día.

—¿No hay manera de hacerlo más rápido? —dijo el general.

—Claro que no. Es la ley fundamental de las comunicaciones. Ninguna información puede ser transmitida a una velocidad mayor que la de la luz. Una conversación que apenas nos llevaría unas horas a nosotros, nos ocuparía meses enteros si la mantuviéramos con Plutón.

—Ya veo. ¿Y cree usted realmente que los extraterrestres tienen algo que ver en el asunto?

—Lo creo. Para ser sincero, no todo el mundo está de acuerdo conmigo en este lugar. Todavía seguimos estudiando minuciosamente cada partícula del asunto para estar seguros del método de concentrar la comunicación. Tenemos que ganar tiempo al tiempo y rogar por obtener lo que necesitamos antes de perder el contacto. Y es aquí donde necesitamos a Multivac y a sus hombres. Tiene que haber alguna estrategia en la comunicación que podamos usar y que reduciría el número de señales exigidas. Incluso un incremento del diez por ciento de eficiencia llegaría a significar el ahorro de una semana de tiempo.

—Qué pena, Gerard —interrumpió de nuevo la amable voz—, ¿estás intentando poner alguna conferencia?

—¡Mamá! ¡Por favor!

—Creo que no lo haces de manera correcta.

—Mamá —dijo Cremona con la voz al borde de la histeria.

—Muy bien, pero si tienes que decir algo y luego esperar doce horas para que te respondan, es que estás enfermo. No deberías hacerlo.

El general lanzó un bufido.

—Dr. Cremona, consultaremos...

—Sólo un momento, general —dijo Cremona—. ¿Qué estás tramando, mamá?

—Mientras estás esperando la respuesta —dijo la señora Cremona vivamente—, puedes mantener la transmisión y decirles que hagan lo mismo. Te pones a hablar todo el tiempo y que ellos hablen también todo el tiempo. Mientras tanto, tendrás a alguien que se esté escuchando todo cuanto se dice y que ellos hagan también lo propio. Si alguno dice algo que necesita respuesta se puede introducir al final, pues oportunidades habrá, así obtendréis lo que necesitáis sin tener que preguntar.

Los dos hombres se la quedaron mirando.

Cremona susurró:

—Claro. Conversación continua. Sólo doce horas fuera de fase, eso es todo. Dios, tenemos que hacerlo.

Se lanzó fuera de la habitación, virtualmente arrollando al general, pero regresó al instante.

—Mamá —dijo—, tendrás que perdonarme pero esto me llevará unas cuantas horas. Te enviaré algunas chicas para que hablen contigo y te entretengan. O descabeza un sueñecito, si lo prefieres.

—No te preocupes, Gerard —dijo la señora Cremona.

—Sólo una cosa, mamá, ¿cómo se te ha ocurrido eso? ¿Qué te hizo sugerir algo así?

—Pero, Gerard, si lo saben todas las mujeres. Dos mujeres cualesquiera, bien se encuentren ante el videoteléfono o cara a cara, saben que el secreto de la difusión de noticias, no importa cuáles, es *seguir siempre hablando*.

Cremona intentó sonreír. Luego, con el labio inferior tembloroso, se dio la vuelta y abandonó la sala.

La señora Cremona lo siguió con la mirada. Qué bueno era su hijo, el físico. Grande como era, importante como era, no había olvidado aún que un muchacho tiene siempre que escuchar a su madre.

Notas

[1] «Pulp magazine» en el original. Sobre el término «pulp», no incorporado a la jerga publicista española, dice Sprague de Camp en su biografía de H. P. Lovecraft: «Lovecraft y otros críticos usaban a menudo el término “pulp” para indicar la ficción de producción masiva y de baja calidad que intentaba atraer a los lectores poco ilustrados» (L. SPRAGUE DE CAMP, *Lovecraft, A biography*, Doubleday, Garden City, Nueva York, págs. 217-218). El eufemismo «popular» afecta, pues, a la planificación de tales publicaciones, sin querer por ello describir el sector de consumidores. (*N. del T.*) <<

[2] Acto I, escena I. La frase completa, según versión de Astrana Marín en OO. CC., Aguilar Ed., es: «Y así, ya que no puedo mostrarme como un amante para entretener estos bellos días de galantería, he determinado comportarme como un villano y odiar los frívolos placeres de estos tiempos.» (*N. del T.*) <<

[3] Publicada en *Los ojos hacen algo más que ver*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1977. <<

[4] Juego de palabras intraducible: *waste* es a la vez «excremento» y «derroche». (*N. del T.*) <<